BERNARDO SUBERCASEAUX

Historia del libro en Chile
(Alma y Cuerpo)



COLECCIÓN SIN NORTE

BERNARDO SUBERCASEAUX

Historia del libro en Chile
(Alma y Cuerpo)

Premio Ensayo, Municipalidad de Santiago.



LOM PALABRA DE LA LENGUA YÁMANA QUE SIGNIFICA **SOL**

Segunda Edición, corregida, aumentada y puesta al día, noviembre de 2000
Primera Edición, editorial Andrés Bello, 1993

Registro de Propiedad Intelectual Nº 85.834
I.S.B.N: 956-282-330-X

Motivo de la cubierta: Prensa traída a Chile para imprimir *La Aurora de Chile* en 1812.

Diseño, Composición y Diagramación:
Editorial LOM
Concha y Toro 23, Santiago
Fono: 688 52 73 Fax: 696 63 88

Impreso en los talleres de LOM
Maturana 9, Santiago
Fono: 672 22 36 Fax: 673 09 15

Impreso en Santiago de Chile.

Il faut plus que de l'esprit pour etre auteur

(Es necesario algo más que el espíritu para ser autor)

JEAN DE LA BRUYERE (1680)

Introducción

El texto que el lector tiene en sus manos es una historia del libro y de la industria editorial en Chile, desde fines de la Colonia hasta nuestros días.

A diferencia de la historia tradicional sobre el libro y la imprenta, el objeto de este estudio ya no es sólo el proceso mecánico de impresión y la historia de los productos impresos, sino también los paradigmas socioculturales que han permeado al libro y las características que ha tenido en el pasado la actividad editorial en todo su ciclo: producción, distribución, circulación, consumo y lectura. En cierta medida se intenta ahora revelar aspectos de la historia de la sociedad y de la cultura a través de la historia del libro.

Nuestro estudio se inscribe, por ende, en la perspectiva inaugurada –en la década del cincuenta– por el historiador francés Henri–Jean Martin, autor de *L'apparittion du livre* (1958) y *Livre, pouvoirs et société a Paris au XVII siecle* (1969). Se trata de obras que, además de un nivel descriptivo, plantean una tesis interpretativa; una tesis que vincula la historia del libro a un entorno intelectual y a un contexto histórico y social.

Son estudios que hacen nuevas preguntas y que abren temas no tratados anteriormente. En qué medida las distintas corrientes intelectuales afectaron la producción y el canon de libros impresos? ¿Quiénes leían y qué características tenía el público lector? ¿Cuánto costaban los libros? ¿Eran sólo el patrimonio de una elite o eran acaso patrimonio de toda la sociedad? ¿Qué tipo de relaciones se daban entre editores y autores, o entre estos últimos y el público lector? ¿De qué modo se manifestaron fenómenos como la independencia del país o la modernización finisecular en el campo del libro? ¿Quiénes y cómo decidían lo que se publicaba? ¿Cómo afectó la letra impresa y el libro el pensamiento y comportamiento de la sociedad en distintos períodos? ¿Qué influencia tuvieron las transformaciones económicas y tecnológicas en la industria editorial y el libro?

Se trata, en definitiva, de preguntas tras las que subyace un determinado enfoque. Un enfoque que afirma que la historia de los libros no puede

aislarse de la sociedad que los crea, del mismo modo que ninguna sociedad puede ser comprendida cabalmente sin prestar atención a los libros y a las ideas que la han afectado. Este enfoque significa concebir al libro como un fenómeno dual. Por una parte como vehículo de pensamiento, de ideas y de creatividad, vale decir, como un bien cultural, un bien que afecta y es afectado por la sociedad. Y por otra, como un producto material hecho de papel impreso, que ha sido encuadernado e ilustrado de determinada manera, un objeto concreto que se vende, se colecciona, se exporta, se importa y se consume, vale decir, como un bien económico.

Puede afirmarse entonces, metafóricamente, que el libro tiene alma y cuerpo, y que ambos componentes están interrelacionados. Una historia del libro que omita uno de estos componentes (como sucede, por lo general, con la antigua historia de la imprenta), será indefectiblemente una historia trunca.

El carácter dual del libro exige, por ende, un enfoque que tenga en cuenta tanto los paradigmas socioculturales que han permeado la realidad y la valoración social del libro, como también las características que ha tenido en el pasado la actividad editorial en su ciclo de producción, distribución, circulación y consumo.

Se trata, en síntesis, de una historia del libro y de la industria editorial en Chile, que intenta desentrañar las complejas relaciones que se han dado entre el libro, la cultura y la sociedad, desde fines de la Colonia hasta nuestros días.

I. La emancipación política, la matriz ilustrada y el libro

1. El libro a fines de la Colonia

Apenas unos meses después de la instalación de la primera Junta de Gobierno (18 de septiembre de 1810), Manuel de Salas hacía el siguiente diagnóstico de la herencia cultural de la Colonia:

«Nos han mantenido –decía– en la oscuridad y miseria. Los buenos pensamientos que leíamos en los pocos escritos útiles que dejaban, por descuido, pasar a nuestras manos, los tachaban de quimeras y cuentos, o los llamaban proyectos solo buenos para libros, como si los libros no enseñasen lo mismo que se hace en todo el mundo. Estoy cansado y podrido –agregaba– de oír decir, a boca llena y arqueando las cejas: **«esto no es adaptable; no lo permiten las circunstancias locales»**[1].

Tal como Camilo Henríquez y Juan Egaña, Manuel de Salas (1754–1841) estudio en Lima, titulándose en 1774 de abogado. Allí entró en contacto con algunos pensadores imbuidos del enciclopedismo europeo. Posteriormente estuvo en España donde conoció a Pablo de Olavide y se empapó en el pensamiento ilustrado español, particularmente en las ideas sobre educación de Jovellanos y en los planteamientos económico-sociales de Campomanes y Floridablanca. De regreso a Chile creó el curso de matemáticas en la Universidad de San Felipe[2] y fundó, en 1797, la Academia de San Luis y el primer gabinete de física y de historia natural. Atento a las necesidades agrícolas e industriales del país, el fomento de la educación, con espíritu práctico y de progreso, fue hasta su muerte la nota constante de su actividad.

---

1 Fragmento de un texto de 1811, Manuel de Salas *Escritos de Manuel de Salas*, Santiago, 1914. El subrayado y algunos cambios en la puntuación y la ortografía son nuestros. Haremos otro tanto a lo largo de todo el libro.

2 La Universidad de San Felipe se inauguró en 1747. Se enseñaba Derecho Canónico; Filosofía y Moral (según Santo Tomás de Aquino y Francisco Suárez) y Teología, a la que se consideraba «la primera de las ciencias y la única necesaria». También rudimentos de medicina y matemáticas. José M. Muñoz, *Historia elemental de la pedagogía chilena*, Santiago, 1918.

Podría pensarse, entonces, que el diagnóstico de «oscuridad» que hizo Manuel de Salas y su crítica al escolasticismo vacío de la enseñanza colonial, respondían, más que a una descripción objetiva del período, a la matriz ilustrada, y a un empeño preconcebido por juzgar negativamente al «ancien régime» español. Así como hay evidencias de que el régimen colonial, sobre todo en su etapa borbónica, no tuvo el grado de oscurantismo que le atribuyó la leyenda negra, también hay, empero, múltiples testimonios y documentos que respaldan las opiniones de Manuel de Salas; y que evidencian que en la Capitanía General de Chile predominó una valoración social más bien adversa a la cultura ilustrada y al libro, clima que incluso se prolongó hasta después de la Independencia.

A comienzos del siglo XVII, el Rector del Convictorio de los Jesuitas de Santiago, daba cuenta de la marcha de ese establecimiento a su Superior, en términos que dejan entrever que, en 1610, el propósito de la educación era, en gran medida, infundir en los educandos una actitud piadosa.

«A mi ver –decía el Rector– uno de los mayores frutos y más señalados servicios que han hecho los hijos de la Compañía a la Majestad de Nuestro Señor, es el que coge este Colegio, pues de él depende el bien de toda la tierra, en criarles sus hijos con el recogimiento como si fueran religiosos, de que no es ligera muestra el hablar en sus conversaciones de Dios con la facilidad que si lo fueran; hacer sus mortificaciones en el refectorio; pedir les oigan sus faltas; besar los pies; comer debajo de las mesas; oír la lección espiritual que se les lee mientras comen; frecuentar los sacramentos; no oírse entre ellos juramentos, murmuraciones ni palabra ofensiva; no salir sino raras veces y eso solo a casa de sus padres; y otras cosas de mucha edificación y consuelo, que aunque he visto colegios y seminarios en varias partes, ninguno hace ventaja a éste»[3].

Durante la Colonia la enseñanza de las primeras letras fue, en términos cuantitativos, escasa e insuficiente, y en cuanto a contenido: más bien rígida, eclesiástica y proselitista. Las escuelas estaban por lo general a cargo de párrocos, sotacuras, sacristanes o regulares de las comunidades religiosas. A comienzos del siglo XIX, cuando Santiago era una ciudad de alrededor de 25.000 habitantes[4], había sólo nueve escuelas de «minoristas», a las que asistían con «mediana regularidad» un total de no más de 500 alumnos. La

---

3 Citado por Jorge Hunneus Gana, *Cuadro histórico de la producción intelectual de Chile*, Santiago, 1910.

4 Las cifras sobre población urbana de Santiago en la época son inciertas y van (según los historiadores) de 20.000 a 50.000. Nos inclinamos por 25.000, cifra más congruente con el dato de dos mil casas y casi mil ranchos que tenía la ciudad en 1802.

enseñanza era extremadamente formal, disciplinaria y conventual, y los libros sumamente escasos.

En las pocas escuelas llamadas «mayoristas», o en la misma Universidad de San Felipe, la situación no era mucho más estimulante. Aunque se enseñaba medicina y matemáticas, se hacía énfasis en temas religiosos. Entre su creación (1747) y 1839, fecha de su término, la Universidad de San Felipe entregó 620 grados en filosofía, 569 en teología, 526 en leyes, 40 en matemáticas y 33 en medicina. En los años en que se fundó, carecía casi de libros y tampoco podía adquirirlos en forma autónoma, pues los pocos ejemplares que llegaban a Chile debían tener el sello de los fiscales encargados de registrarlos: «se permitía» únicamente «la introducción de libros relacionados con las doctrinas religiosas y políticas sustentadas por la Corona en España: obras místicas, folletos piadosos, tratados teológicos, disquisiciones filosóficas y manuales de latín sobre Jurisprudencia»[5]. Después de 1767, como consecuencia de la expulsión de los Jesuitas, la Universidad de San Felipe «heredó» los libros que tenía la Compañía; los mismos, sin embargo, estuvieron guardados, en una situación más bien de «depósito» que de «uso».

En este contexto la producción de pensamiento o de discurso intelectual, amén de escasa, fue irrelevante y en muchos casos permanece, por lo mismo, hasta el día de hoy, inédita[6]. Algunas de las disquisiciones realizadas en el seno de la Universidad de San Felipe, miradas con ojos contemporáneos, son sintomáticas respecto a las preocupaciones intelectuales y morales de la época. Un «catedrático» de esa Universidad escribió, por ejemplo, un tratado sobre los vestidos de cola, con el propósito de demostrar que su uso debía imputarse a pecado mortal. Y el Rector escribió otro sobre el mismo tema, para demostrar –con argumentos basados en la opinión de los Santos Padres– que el uso de los vestidos de cola no podía imputarse a pecado mortal: pues Santa Rosa los había usado y en la Corte Celestial tenían por Santo Patrono a un San Bernardino de Siena que también los había usado.

Algunos historiadores, como Jaime Eyzaguirre, han dado una visión de la cultura Colonial y particularmente del siglo XVIII, que contradice o por lo menos relativiza la opinión de Manuel de Salas. Según Eyzaguirre, la baja de intensidad en la Guerra de Arauco, el desarrollo del comercio y la fundación de ciudades, constituyen indicios de que durante ese período se produjo en Chile un tránsito de la vida rural a la vida urbana. Señala también la

5 José M. Muñoz, op. cit.
6 Por lo demás, hasta 1812, no había en la Capitanía General de Chile imprenta capaz de reproducirlos.

influencia de algunas ideas reformistas e ilustradas provenientes de la metrópoli, el afianzamiento de una aristocracia local y el rol cada vez más destacado de los criollos en la burocracia de la Colonia[7].

Comparando el siglo XVIII con el siglo XVII hay ciertamente algunas evidencias que podrían concurrir al juicio de Eyzaguirre. Efectivamente durante el último período de la Colonia el comercio aumentó, efectivamente se fundaron ciudades y efectivamente algunos gobernadores se preocuparon por hacer productivas las «tierras muertas» del clero, o promovieron obras públicas como el Puente de Cal y Canto (1790) y el Palacio de Moneda (1799). Estas transformaciones obedecieron, empero, más bien, al impacto (controlado) de cambios en la península y no afectaron los rasgos predominantes de la vida cultural de la época. Vida cultural que seguía siendo –en el Chile de fines de la Colonia– recelosa del racionalismo y de todas las ideas o manifestaciones artísticas que pudieran estimular la conciencia de los criollos. Una cultura que puede ser descrita, en suma, como restrictiva y disciplinaria, particularmente en lo que concierne a los espacios públicos y la educación.

De partida durante los tres siglos de la Colonia no hubo en Chile ni actividad editora ni imprenta que operara de modo continuo y que pudiera en propiedad ser considerada como tal. El primer diario (*La aurora de Chile*,1812) y el primer libro (*Carta de un americano al español*, 1812) fueron impresos sólo después de la emancipación política y como consecuencia más o menos directa de la misma. Durante la Colonia las cartillas de educación y los (pocos) libros que llegaban a Chile provenían de Lima. En Santiago, antes de 1810, funcionaron únicamente algunos talleres de impresión muy rudimentarios que sólo podían estampar unas cuantas hojas[8].

El taller de la Universidad de San Felipe tenía –según Benjamín Vicuña Mackenna– moldes de palo. En este tipo de talleres se confeccionaban esquelas de circunstancia, pólizas de aduanas, anuncios de exequias, invitaciones a actos públicos o a ceremonias religiosas. El hecho que para operar la primera imprenta de gobierno (1812) se hayan tenido que «importar» tres tipógrafos de Boston, indica claramente que el país carecía casi por completo de tradición en esta actividad.

---

7 Jaime Eyzaguirre, *Historia de Chile*, 1964.

8 Los historiadores de la imprenta señalan la existencia de un taller traído en 1748 por los Jesuitas, taller que (al parecer) no funcionó y fue enviado de regreso a Córdoba. También de un pequeño taller dependiente de la Universidad de San Felipe. Medina habla de «ensayos en el arte de estampar». José Toribio Medina, *Bibliografía de la Imprenta en Santiago de Chile, desde sus orígenes hasta febrero de 1817*, Santiago, 1960, edición de G. Feliú Cruz.

Ahora bien, ¿por qué no hubo imprenta durante la Colonia? ¿Es que acaso no se la necesitaba? José Toribio Medina ha documentado el hecho de que en 1803 el Cabildo de Santiago tuvo que mandar (en circunstancias en que estos encargos se hacían a caballo o en mula), tuvo que mandar –decíamos– a imprimir a Buenos Aires una cuestión tan mínima como el *Reglamento del Hospicio de Pobres de la Ciudad*. No cabe duda, entonces, que la imprenta era una necesidad de primer orden para la marcha administrativa del país. Según Juan Egaña (1769–1836) la solicitud del Cabildo de Santiago para instalar una imprenta en esa ciudad fue retenida por la Audiencia de Chile, la que tampoco cursó el informe respectivo solicitado por el Rey (vía Consejo de Indias)[9]. Responsabiliza, por ende, por la carencia de imprenta, a la burocracia Colonial y al control que ésta ejerció. ¿Pero por qué este control? ¿A qué se temía?

Son conocidas la multitud de trabas y restricciones de toda especie que impuso la Colonia a los autores que en sus dominios pretendían publicar sus obras[10]. Restricciones y trabas que eran todavía mayores tratándose de la circulación de obras europeas que se referían a la Corona o a la administración hispana. El caso del inglés William Roberston y su *History of America* (1777) es significativo. La obra de Roberston es una historia que se concentra –con una perspectiva más bien descriptiva– en el período de la Conquista y en los primeros siglos de la Colonia. Su narración es contraria a la «leyenda negra» de la Conquista, y sus críticas, casi siempre fundadas, apuntan de preferencia a los vicios de la administración posterior a la misma. Fue una obra altamente admirada en su tiempo, incluso en España, donde Roberston fue invitado a incorporarse a la Academia de la Historia, y el Conde Campomanes encomendó la traducción al castellano de su obra. Sin embargo, cuando esta traducción se encontraba ya en proceso, en diciembre de 1778, la Corona prohibió su edición, y además la circulación de la obra en inglés o francés. Medida que fue aplicada con especial celo en las Colonias.

Respecto a la internación de libros a Chile resulta interesante el testimonio de José Antonio de Rojas (1732– 1817), cuñado de Manuel de Salas y precursor de la Independencia. Rojas estudió en la Universidad de San Felipe, manifestando desde su juventud interés por las matemáticas y por las ciencias. Viajó posteriormente a Perú (1761) y a España, donde permaneció

---

9 Guillermo Feliú Cruz, «La imprenta durante el gobierno de O'Higgins», en *Gazeta de Santiago de Chile, 1817*, Santiago,1952.

10 Véase, entre otros, José Toribio Medina *Historia de la imprenta en los antiguos dominios españoles de América y Oceanía*, Santiago, 1958; José Torre Revello, *El libro, la imprenta y el periodismo*, Buenos Aires, 1940.

por varios años (1772–1778). Allí se impregnó de las ideas ilustradas e incluso tuvo correspondencia y colaboró –dando respuesta a un extenso cuestionario– con el inglés Roberston. En Europa, Rojas adquirió una cantidad importante de libros que embarcó en una docena de cajas a Valparaíso. En esas arcas llegaron por primera vez al país, entre otros, la *Enciclopedia* de Diderot y D'Alambert, obras de Rousseau, de Montesquieu, de Voltaire, de Robertson y de Holbach.

¿Cómo hizo Antonio de Rojas para ingresar a fines de la Colonia estos «perversísimos libros» a Chile? ¿Cómo los internó en la península? En primer lugar, tuvo que ordenar los títulos que le interesaban a París, y solicitarle a un agente que los comprase allí (pues no todos circulaban en España). En segundo lugar, tuvo que idear una complicada estrategia para ingresar los libros que estaban prohibidos: «en la nota de libros cuya compra encargo a usted –escribía Rojas, desde Madrid, en 1775, a Mr. P. Monneron, su agente en París– señalo al margen con una cruz los que están prohibidos por la Santa Inquisición, para que usted no los incluya en el cajón que irá a Cádiz, porque éste ha de sufrir en aquel puerto un prolijo y escrupuloso escrutinio, en que ciertamente lo pasarían muy mal aquellos pobres libros.... y así, todos estos que llaman **libros perversos** será menester hacerlos venir a Bayona, de donde con su aviso los iré a recoger»[11].

En tercer lugar, Rojas tuvo que recurrir a un agente en Roma, quien gracias a una larga gestión y a un pago de dinero, consiguió una licencia del Papa para que su cliente pudiera «tener y leer algunos libros prohibidos». En cuarto lugar tuvo que mantener los cajones por un tiempo largo en una casa particular de Cádiz, esperando la ocasión propicia para embarcar la «mercadería ilícita» hacia Valparaíso. Y finalmente tuvo que montar, con la debida anticipación, todo un operativo en base a familiares y amigos que estaban en Chile para que éstos se ocuparan de desembarcar los libros, evitando la apertura de las cajas. «Remito a usted –decía en carta a su padre– todos mis libros y algunos otros trastos. Diez cajones de libros van puestos a nombre de don Manuel Toro, a quien escribo para que haga las diligencias correspondientes a fin de que entren en casa sin que los abran, porque son libros extranjeros, poco comunes; y no será bien que los vean. Algunos hay prohibidos, pero tengo licencia del Papa para tenerlos y leerlos. Así los he presentado a la Inquisición, y ha expedido una provisión para que vayan cerrados y sellados

11 Cartas y documentos reproducidos en Miguel Luis Amunátegui, *La crónica de 1810*, Tomo II, Santiago, 1876.

con el sello del Santo Oficio hasta esa ciudad, la que incluiré a Toro para que facilite su ingreso».

En carta a Manuel Toro, el destinatario, Rojas le decía «incluyo a usted copia autorizada de la licencia que tengo de su Santidad... para que usted se defienda con ella de las molestias y tonterías que se suelen levantar en los países de ignorancia; pero, no llegado este caso, como pienso que será –porque este negocio está al cuidado de usted– guarde dicha licencia de modo que no se trasluzca que yo la tengo»[12]. De la correspondencia de Rojas se desprende claramente que la solicitud de una licencia al Papa, no la hizo Rojas para tranquilizar los escrúpulos de su propia conciencia, sino para evitar las murmuraciones de particulares y sobre todo para evitarse problemas con los funcionarios del régimen[13].

En suma, en las últimas décadas de la Colonia, tal como revela el testimonio anterior, el espacio público y cultural estuvo –por razones políticas y religiosas– **controlado**. Y el retraso de la instalación de la imprenta en la Capitanía General de Chile fue, en gran medida, una consecuencia directa de ese control. «Nos han mantenido –decía Manuel de Salas, en 1811– en la obscuridad y la miseria». Combinando el control político y religioso se promovió incluso un espacio con cierta carga antiintelectual: «los buenos pensamientos que leíamos en los pocos escritos útiles que dejaban por descuido pasar a nuestras manos, los tachaban de quimeras y cuentos, o los llamaban proyectos sólo buenos para libros».

El control que se ejerció sobre el espacio público fue internalizado por la elite criolla y por la sociedad de la época, y por ende, el mismo no desapareció con el solo advenimiento de la Independencia. La valoración negativa de la cultura ilustrada y del libro persistió, entonces, más allá de esa fecha. A partir de la emancipación política y la apropiación del pensamiento ilustrado se genera, sin embargo, una nueva dinámica; una dinámica que poco a poco va a ir superando las condiciones restrictivas propias de ese espacio. De modo que las que en 1810 eran ideas o valores de excepción, sostenidas únicamente por unos pocos criollos (por Manuel de Salas, José Antonio de Rojas, Juan Egaña y Camilo Henríquez, entre otros) lograrían, hacia 1840, como resultado de esa dinámica –y a través de la acción de por lo menos dos generaciones– lograrían, decíamos, una amplia aceptación social.

La persistencia, aun después de la Independencia, de algunos rasgos propios de la cultura colonial, explica el testimonio negativo de extranjeros

12 Carta reproducida en Miguel Luis Amunátegui, op. cit. (La modernización del lenguaje es nuestra).
13 Véase al respecto Miguel Luis Amunátegui, op. cit.

que visitaron o vivieron en Chile con posterioridad a 1810. En una carta de 1814, el tipógrafo norteamericano Samuel B. Johnston decía «el estado de las letras en este país es muy mísero, estando casi todo el saber relegado a los eclesiásticos»[14].

El inglés John Miers (1789–1879), que estuvo en Chile varios años a partir de 1818 (llevando a cabo proyectos mineros), escribió, en 1826, refiriéndose a la educación, lo siguiente: «los chilenos son ignorantes, y proclaman con cierto orgullo que no requieren del conocimiento de los libros. Tienen además muy pocos y los pocos que tienen no los leen. Recuerdo que el Presidente del Senado, que era visto por sus conciudadanos como una gran autoridad, se vanagloriaba de que no había leído un sólo libro durante los últimos 30 años»[15]. «He encontrado –dice Miers– ignorancia por todas partes, incluso entre los letrados o entre aquellos que administran o conocen las leyes. La falta de educación que existe en el país es notoria».

Miers explica claramente a qué se refiere cuando habla de «ignorancia». «Son muy pocos –dice– los que tienen nociones, aunque sean generales, de geografía, la mayoría incluso desconoce los rasgos geográficos y la topografía de su propio país. Desconocen también la situación de los otros países de la América Hispana y peor aún la del resto del mundo. Varios de los ciudadanos supuestamente mejor informados de Chile me han preguntado si Inglaterra está en Londres, o si Londres está en Inglaterra, o si ambas están en la India».

Sobre los libros el ingeniero inglés una y otra vez dice que eran escasísimos. Señala que «el General O'Higgins consiguió con dificultad imponer al Senado un decreto que permitía la libre importación de libros al país. Sin embargo, –agrega– cuando asumió el gobierno Freire, y el Obispo local fue restaurado en sus funciones, el decreto de libre importación fue rescindido. No se podía ahora ingresar libro alguno, sin antes someterlo al más estricto escrutinio. Se trataba así de prevenir la difusión de ideas y pensamientos herejes».

Miers se refiere específicamente a la valoración negativa que se tenía de los libros en la sociedad culta de Santiago. La censura que se aplicaba a los libros sólo afectaba –dice– a los extranjeros, «pues los chilenos no manifestaban ningún interés por la lectura. Por eso no era negocio traer libros al país». Refiriéndose luego a la Biblioteca Nacional, (fundada en 1813, en base a la antigua biblioteca de los jesuitas) dice que la misma «es rica en obras religiosas, pero también en obras de carácter polémico o general»; sin embargo, añade, «los libros yacen allí amontonados y olvidados. Varias veces intenté ingresar

---

14 Samuel B.Johnston, *Cartas de un tipógrafo yanqui*, Buenos Aires, 1967.

15 John Miers, *Travels in Chile and La Plata*, Londres, 1826. (La traducción es nuestra).

para consultarlos, conseguí incluso con ese objeto una orden del Director Supremo, pero nunca, en las varias veces que acudí, encontré ni siquiera a una persona que pudiera abrirme la puerta.» «En 1823, Ms. Mary Graham obsequió a la Biblioteca Nacional un número importante de libros de historia y arte. Como ella dejó el país yo fui comisionado para entregarlos y así lo hice: el Director de la Biblioteca ni siquiera le hizo llegar una nota de agradecimiento a la generosa donante»[16].

Alexander Caldcleugh, viajero inglés que estuvo en Chile en la misma época que Miers, ratifica –con tintas más moderadas– algunas de sus observaciones. Cuenta por ejemplo de una visita a la biblioteca del monasterio de los padres agustinos, y señala que esa biblioteca (que también había heredado parte de los libros de los jesuitas) estaba en completo desorden, y que tuvo que acudir varias veces para poder ingresar y observar los libros[17]. Menciona, también, es verdad, algunas bibliotecas particulares importantes, entre otras,

América Hispana: Introducción Imprenta y Primeros Periódicos[18]

Lugar	Instalación	Primeros periódicos o gacetas
México	1540	1722
Lima	1581	1700
Guatemala	1660	1729
La Habana	1701	1790
Paraguay	1705	
Bogotá	1738	1791
Quito	1760	
Buenos Aires	1780	1801
Montevideo	1807	
Caracas	1808	1808
Santiago	1812	1812

16 John Miers, op. cit. Traducción nuestra.

17 Alexander Caldcleuhg, *Travels in South America during the years 1819, 1820, 1821*, London, 1825.

18 Cuadro confeccionado en base a J. Toribio Medina, *Historia de la imprenta en los antiguos dominios españoles de América y Oceanía*, Santiago, 1958; Pedro Grases, *El primer libro impreso en Venezuela*, Caracas, 1952; J. L. Martínez *El libro en Hispanoamérica*, 1984 y Yolanda Argudin, *Historia del periodismo en México*, México, 1987.

la de Manuel de Salas. La mayor parte de los testimonios indican, sin embargo, que en Chile, durante las dos primeras décadas del siglo diecinueve, el aprecio y la valoración de los libros eran sumamente escasos.

La opinión de los viajeros, con todo lo que pueda tener de subjetiva, es digna de tomarse en cuenta, pues siempre incluye una instancia de comparación con otros países, sobre todo con Perú, el Río de la Plata y México. Los datos que se conservan confirman, por otra parte, que a fines de la Colonia se daba en Chile una situación de retraso y de gran diferencia con respecto a los otros dominios españoles, particularmente los Virreinatos de Nueva España y Perú.

Con respecto a México hay antecedentes de que ya antes de 1600 funcionaba una biblioteca vinculada a un centro educativo. Se estima que la biblioteca privada de Sor Juana Inés de la Cruz, tenía (en 1693) entre 1.500 y 4.000 libros, incluyendo un número significativo de «libros profanos» y científicos. Son muchos los testimonios que dan cuenta de la inclinación y amor por los libros que desde niña tuvo Juana de Asbaje, y los padecimientos que ello le ocasionó. En el Virreinato de Nueva España, antes de la Independencia, funcionaron de modo intermitente varios periódicos o gacetas, entre otros la *Gaceta de México* (1722; 1728–42; 1784–1809); el *Mercurio de México* (1741–42); y el *Diario Literario de México* (1768).

En los catálogos de la antigua biblioteca Turriana[19], establecida por el Chantre de la Catedral de México en la segunda mitad del siglo XVIII, se encuentran algunas indicaciones en latín para el uso y manejo de los libros[20], indicaciones que merecen ser citadas en extenso, pues revelan una valoración social de la lectura y del libro muy diferente a la que existió en la Capitanía General de Chile. Refiriéndose al libro, estas normas dicen:

«I. No lo tengas por esclavo, pues es libre. Por lo tanto no lo señales con ninguna marca. II. No lo hieras ni de corte ni de punta. No es un enemigo. III. Abstente de trazar rayas en cualquier dirección. Ni por dentro ni por fuera. IV. No pliegues ni dobles las hojas. Ni dejes que se arruguen. V. Guárdate de garabatear en las márgenes. VI. Retira la tinta a más de una milla. Prefiere morir a mancharse. VII. No intercales sino hojas de limpio papiro. VIII. No se lo prestes a otros ni oculta ni manifiestamente. IX. Aleja de él los ratones, la polilla, las moscas y los ladronzuelos. X. Apártalo del agua, del aceite, del

19 Llamada así por Luis de Torres, chantre de la Catedral de México, que con sus sobrinos formó una biblioteca privada que donaron en 1788 a la Catedral, y que después de la Independencia pasó a formar parte de la Biblioteca Nacional de México.

20 Citadas y reproducidas en español por José Luis Martínez, op. cit.

fuego, del moho y de toda suciedad. XI. Usa, no abuses de él. XII. Te es lícito leerlo y hacer los extractos que quieras. XIII. Una vez leído no lo retengas indefinidamente. XIV. Devuélvelo como le recibiste, sin maltratarlo ni menoscabo alguno. XV. Quién obrare así, aunque sea desconocido, estará en el álbum de los amigos. Quién obrare de otra manera, será borrado».

Más que cualquier estadística estas «normas» de trato al libro, revelan –con humor y extraordinario sentido persuasivo– una valoración social entusiasta del libro; y revelan también que la Biblioteca de la Catedral de México fue, a fines de la Colonia, una biblioteca abierta a la consideración de los libros como medio de conocimiento e ilustración, una biblioteca que de hecho funcionaba y que tuvo (al parecer) considerable demanda.

Cuando a fines de la Colonia Alexander Humbold visitó los dominios españoles (1799–1804) quedó sorprendido por la riqueza de la vida intelectual mexicana, particularmente la universitaria. Se estima que en México, durante la Colonia, se confeccionaron mas de 12.000 impresos, y en toda América Hispana alrededor de 30.000[21]. Aun cuando esta última cifra nos merece dudas (pues los datos bibliográficos con que se cuenta son poco confiables), ella resulta altamente significativa, si se piensa que durante todo ese lapso no se imprimió en Chile ni un solo libro y ni un solo periódico.

Durante el siglo XVIII el intenso contacto entre España y América permitió una rápida difusión –sobre todo en México y Lima– de autores como Feijoo, Campomanes, y Jovellanos, y también del jansenismo, de los sistemas filosóficos post–cartesianos y de las llamadas «ciencias útiles» (física, química, mineralogía, botánica e historia natural)[22]. En los Virreinatos de Nueva España y del Perú las ideas ilustradas tomaron cuerpo y fueron cultivadas en el seno mismo de la iglesia. Puede hablarse, para esos virreinatos, de un sector del clero abierto a las reformas sociales y educativas, de la presencia de un «catolicismo ilustrado», frente al cual se ubicó otro sector que en nombre del dogma y de la vida piadosa se oponía a las nuevas ideas. En la Capitanía General de Chile predominó el sector ultramontano y escolástico, mientras en México y Perú prevaleció más bien el primero[23].

21 J. L. Martínez , op. cit.

22 Mario Góngora, «Estudios sobre el Galicanismo y la Ilustración Católica en la América Española», *Revista_Chilena de Historia y Geografía,* 125, Santiago, 1957.

23 La expulsión de los Jesuitas en 1767 fue, sin duda, una pérdida para la presencia del Catolicismo Ilustrado en Chile. Los jesuitas Juan Ignacio Molina y Manuel Lacunza –cuya obra fue publicada fuera del país– fueron, tal vez, los intelectuales católicos «chilenos» de mayor significación en el siglo dieciocho.

No es casual que los tres más importantes difusores de la cultura ilustrada en el Chile de fines de la Colonia, hayan estudiado en Lima. Juan Egaña (1768–1836) nació y vivió allí hasta su traslado definitivo a Chile (1789). Estudió en el Seminario de Santo Toribio de Lima y en la Universidad de San Marcos, en medio de un ambiente intelectual impregnado de ideas reformistas e ilustradas[24]. Manuel de Salas (1754–1841), como Egaña, se tituló de abogado en la Universidad de San Marcos (1774) y estuvo además un tiempo en España. Fray Camilo Henríquez (1769–1825), que había nacido en Valdivia, ingresó a un convento limeño en 1783 y estuvo por más de dos décadas en esa ciudad.

Allí entró en contacto con el padre Isidoro de Celis, espíritu liberal imbuido del enciclopedismo del siglo XVIII[25]. Camilo Henríquez llegó incluso a tener problemas con la inquisición limeña (1802) por su afición a libros «franceses» prohibidos.

Durante la época en que estos «forjadores de la Independencia» vivieron en Perú, se imprimían allí libros y periódicos, y circulaban las obras de Feijoo o Campomanes, y también periódicos españoles como el *Semanario erudito* o el *Espíritu de los mejores diarios*. Nada o casi nada de esto sucedía en la Capitanía General de Chile.

Basándose en testimonios, datos y antecedentes múltiples puede, entonces, afirmarse que la situación de la cultura ilustrada y del libro en Chile fue –a fines de la Colonia– muy diferente a la que se dio en otros dominios españoles. Sobre todo en relación a las cabeceras políticas de esas posesiones: los virreinatos de Nueva España y Perú. Esa diferencia y desfase forman sin duda parte del diagnóstico de Manuel de Salas: «nos han mantenido en la obscuridad y en la miseria».

Queda, sin embargo, todavía un aspecto importante por despejar. En páginas anteriores explicábamos la carencia de imprenta y la comparativamente escasa presencia de la cultura ilustrada en Chile, y decíamos que ello fue consecuencia del control del espacio público y cultural que se ejerció durante esa época. Cabe, empero, preguntarse: ¿es que ese control no se dio acaso en las otras posesiones ultramarinas? Y si se dio –como de hecho se dio– ¿cómo explicar la diferencia entre la Capitanía General de Chile y las otras Colonias?

A la respuesta concurren dos tipos de argumentos. Por una parte el hecho de que durante toda la Colonia la Capitanía General de Chile estuvo

24 Walter Hanisch, *La filosofía de Don Juan Egaña*, Santiago, 1964.

25 Guillermo Feliu Cruz, «Camilo Henríquez, mentor de la Revolución», *Anales de la Universidad de Chile,* 16, Santiago, 1934.

marcada por la guerra con los mapuches (ya sea frontal o fronteriza). La militarización –como ha mostrado Mario Góngora– ejerció un rol fundamental en el perfil que adquirió la sociedad colonial Chilena. La nación misma fue el resultado de esa tradición guerrera que se prolongó más allá de la Independencia[26]. Fue una sociedad que, frente a la dicotomía renacentista de «las armas y las letras», se perfiló, entonces, más bien en la primera de estas direcciones.

El otro argumento tiene que ver con la situación limítrofe que tuvo la Capitanía General de Chile, con el hecho de que fue «provincia» de una «provincia», y de que por lo tanto su vida comercial, política y cultural estuvo prácticamente durante todo ese período mediada por el Virreinato del Perú. Por analogía con otros momentos de la historia, sabemos que el control y el disciplinamiento que opera en las regiones periféricas o fronterizas suele ser más riguroso y arbitrario que el que se da en el centro o en el sub–centro del país. «Estoy cansado –decía Manuel de Salas– de oír decir a boca llena y arqueando las cejas: esto no es adaptable; no lo permiten las circunstancias locales».

2. La máquina de la felicidad

A fines de 1811 llegó a Valparaíso «una imprenta con sus aperos», venía por barco desde Nueva York y había sido encargada por la Junta de Gobierno, que presidía entonces José Miguel Carrera. Junto con la imprenta llegaron, desde Boston, tres tipógrafos norteamericanos que se encargarían de montarla y hacerla funcionar.

De esa imprenta saldrían el primer periódico y el primer libro impresos en Chile, y también los primeros decretos sobre libertad de prensa expedidos en el país. Mucho antes de que esa máquina arribara a puerto, ella estaba, sin embargo, prefigurada, en la medida en que se tenía determinada visión de su rol y de su significación.

Esta configuración imaginaria y simbólica de la imprenta, que precedió a su llegada, resultará a la postre tanto o más importante que los aspectos económicos o comerciales de la misma. Puede incluso decirse que la imprenta tuvo una existencia ideal (en la mente de unos pocos criollos ilustrados) que antecedió y en cierta medida determinó su existencia y su función concreta. Vale la

[26] Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Santiago, 1891.

pena detenernos en este aspecto, pues él deja, como veremos más adelante, una huella profunda y de largas consecuencias en el campo del libro y de la industria editorial.

En 1804, con ocasión de la *Oración Inaugural de la Universidad de San Felipe*, Juan Egaña pronunció una pieza oratoria en que puso de relieve la virtualidad utópica del país. En su discurso Egaña percibía a Chile como una región incomparablemente dotada para llevar a cabo la utopía ilustrada. «La idea –dice– de una ciudad formada para la sabiduría y habitada solamente de sabios (que era el sueño lisonjero de algunos filósofos) si fuese capaz de realizarse, en ningún punto de la tierra podría colocarse mejor que en Chile». Por su naturaleza y su clima percibía al país como un laboratorio, como una región privilegiada para «la astronomía, la geografía, la náutica y la física, como un suelo fertilísimo para las artes y la industria». «¿Cuáles serán –se preguntaba– los objetos del infatigable y curioso investigador que no se encuentren depositados en este riquísimo almacén que forman sus cordilleras, sus valles y sus mares?».

Señalaba luego que se vivía un momento propicio para implementar las posibilidades que ofrecía el país; ya están pasando –decía– «los siglos de la ignorancia y del abatimiento del entendimiento humano, hemos salido de aquella triste época donde aun los ministros del santuario eran reputados por doctos si conocían las fórmulas de los sacramentos y el tono de los himnos». Nombra enseguida a una serie de «sabios europeos», (Galileo, Newton, Linneo, Laplace, entre otros), «tales son –señala– los modelos de nuestros días». Pero para avanzar en este camino debemos –decía– «desligarnos de ese extremo en que son **los libros el bien menos interesante**». También señalaba la necesidad de rectificar e impulsar la educación. El discurso finalizaba con una pregunta o invocación (que debe haber sido hondamente sentida por los escasos alumnos de la más o menos monacal Universidad de San Felipe) : «Deseo de saber, pasión la más pura y celestial del hombre, ¿por qué no fijas tu mansión en un suelo destinado para cultivarte?».

La **Oración Inaugural** de Egaña muestra la apropiación del pensamiento ilustrado europeo por sectores de la elite criolla local, ya a fines de la Colonia. Hablamos de «apropiación» porque no se trata de un simple reflejo o imitación, sino de la adaptación creativa de un determinado cuerpo de ideas al contexto chileno de la época. Es notable, por ejemplo, cómo Juan Egaña disimula u omite las extrapolaciones político–conflictivas del pensamiento ilustrado, y cómo su discurso opera al interior de los límites establecidos por

un espacio intelectual controlado, erosionándolo y construyendo otro espacio desde adentro, al modo de las termitas[1].

¿Cuáles son –cabe preguntarse– los alcances del pensamiento y la utopía social que expone Egaña? El calificativo de «ilustrado» aplicado a su discurso debe entenderse no como adjetivo sino como sustantivo. No como sinónimo de «sabio» o «aficionado al saber» sino como sinónimo de un modelo más o menos coherente de comprensión del mundo. Un modelo que consta por lo menos de tres concepciones o ideas–fuerzas interconectadas. La primera es la idea de **razón** y la atribución de universalidad a lo racional. La concepción de la razón como una facultad fundamental que está presente en todos los seres humanos, y que lo está del mismo modo que otros órganos o funciones fisiológicas. Debido, sin embargo, a determinadas condiciones político–institucionales, sociales o culturales no propicias para el desarrollo de la razón, el funcionamiento normal de esta facultad puede adormecerse o atrofiarse. De ello se desprende la necesidad de cambiar esas condiciones para lograr un medio o contexto que sea favorable a su funcionamiento. Ello conlleva también la creencia en la maleabilidad de los seres humanos y en la posibilidad de una especie de ingeniería sociocultural de los mismos.

La segunda idea–fuerza corresponde a una concepción de la **naturaleza** como paradigma del desarrollo histórico. La naturaleza es la plasmación de la belleza y el bien. Ella es cumulativa, cíclica y progresiva y, en cierta medida, debido a estos rasgos, constituye un metarrelato que anticipa el curso de la historia. Lo supranatural y lo artificial serían, en esta perspectiva, valores negativos. Precisamente es dentro de este esquema que Juan Egaña prefigura una correspondencia futura (pero todavía no realizada) entre el clima y la naturaleza del país por una parte, y el desarrollo del conocimiento y la razón por otra. Con esta idea–fuerza se vincula también la visión utópica de América, la idea de que en lugar de la vieja Europa era América el continente donde se podrían desenvolver al máximo las posibilidades del género humano. «Es sin duda el Nuevo Mundo –decía Voltaire, por boca de Cándido– el que es el mejor de los mundos posibles».

El tercer vértice del esquema ilustrado es la idea de **progreso**, la fe en que el presente será siempre superior al pasado. La idea de que el progreso es una suerte de sustrato inherente al desarrollo histórico, idea que encuentra su confirmación en el avance ininterrumpido del conocimiento, de la ciencia y de la técnica. Es dentro de este ámbito de significación que se inscribe el

1 Insecto que se alimenta y construye espacios al interior de la madera, al mismo tiempo va erosionando su consistencia. Desde el exterior el efecto de destrucción resulta imposible de percibir.

discurso de Egaña, y a él hay que referir el uso, con cierto tono altisonante, de términos como «felicidad», «sabiduría», «regeneración» o «ciencias útiles», y también la fe casi religiosa –y pletórica de optimismo– de la invocación final: «Deseo de saber, pasión la más pura y celestial del hombre, ¿por qué no fijas tu mansión en un suelo destinado para cultivarte?».

En la *Encyclopedie ou Dictionnaire Raisonne des Sciences, des Arts et des Metiers* (1747–1781), paradigma del espíritu ilustrado[2], se define al libro como «un escrito compuesto por una persona inteligente sobre algún punto de interés científico, con el propósito de instruir al lector». Y a la imprenta como «el arte más favorable al avance de las ciencias –las que se irán perfeccionando a medida que se multipliquen los conocimientos– arte que fue descubierto a mediados del siglo XV». El artículo de la *Encyclopedie* destaca la función trascendente de la imprenta, sosteniendo que esta máquina inmortaliza el pensamiento humano y lo convierte de perenne en eterno. A las obras producidas por la imprenta (y a la propia imprenta) se las compara con el **sol**, tanto por la «luz» que emiten, como por su capacidad para alimentar el pensamiento hasta el fin de los siglos[3].

Razón (conocimiento), naturaleza y progreso: en el contexto de esta tríada hay que situar la prefiguración de la imprenta como una máquina destinada a sacar del letargo a la razón, y a perfeccionar al hombre. Así la percibían –desde antes que ella desembarcara– los «patriotas ilustrados». Para José Antonio de Rojas, Juan Egaña, Manuel de Salas y Camilo Henríquez, entre otros, se trataba de una «máquina» que vendría a restablecer la función más propia del género humano, una función que se encontraba atrofiada por el peso de la larga noche colonial. La imprenta era un instrumento para la educación y «regeneración de los pueblos»: una «máquina para la felicidad». Esta concepción trascendente y filantrópica de la imprenta –en desmedro de los aspectos económicos e industriales de la misma– («máquina para la felicidad» y no «máquina para la producción en serie de impresos»), va a tener larga vigencia en la vida cultural del país.

Pero esta concepción trascendente de la imprenta no sólo se dio entre aquellos que la historiografía califica de «patriotas ilustrados» –y que pueden

---

[2] Editada en París por Denis Diderot y Jean Le Rond D' Alembert. En sus 35 volúmenes colaboraron, entre otros, Voltaire, Rousseau, Montesquieu, Turgot, Holbach y Francois Quesnay. Su éxito fue visto en la época como signo del triunfo de las fuerzas del pensamiento racionalista y científico por sobre el tradicionalismo y el dogma religioso.

[3] «La imprenta contribuye a transmitir el pensamiento de los hombres hasta el fin de los siglos, más allá de sus cuerpos que se confunden con la materia y más allá de sus almas que se esfuman en el espíritu».

en realidad considerarse casi como «intelectuales orgánicos de la emancipación– ella también permeó la acción y el discurso en el nivel político. En efecto, ya durante la primera Independencia, en 1810, Juan Egaña le señaló a Mateo de Toro y Zambrano –que entonces presidía la Junta de Gobierno– la conveniencia de «costear una imprenta aunque sea del fondo más sagrado», argumentando que en las «críticas circunstancias» que se vivían se corría el peligro de que a un «pueblo sin luces» lo sedujera el que tuviera «más verbosidad y arrojo»[4]. Esta misma perspectiva es la que llevó al Gobierno de Carrera, en 1811, a adquirir la primera imprenta de tipos móviles que funcionó en el país.

La máquina que llegó a Valparaíso a fines de 1811, era, además de máquina, una institución. Una institución que vino a ocupar el espacio que le había abierto el discurso ilustrado criollo y la emancipación política. Un espacio y una acción de gran trascendencia, al servicio de la «felicidad de los pueblos». Esta fue una situación peculiar de Chile, pues, como vimos en la primera parte de este capítulo, durante toda la Colonia el país careció de una imprenta que pudiera realmente calificarse de tal.

El campo metafórico del discurso ilustrado y el carácter inaugural de la imprenta de 1811, confluyen en el propio título de su primer producto: *La Aurora de Chile*. Mentor y director de *La Aurora* fue Fray Camilo Henríquez. Se trata del primer periódico que circuló en el país (aparecía los jueves y tuvo una duración de un poco más de un año, desde el 13 de febrero de 1812 hasta el 1 de abril de 1813)[5]. El artículo con que Camilo Henríquez inaugura las páginas de la *Aurora*, proclama lo siguiente:

«Está ya en nuestro poder –dice– el grande, el precioso instrumento de la Ilustración Universal, la Imprenta. Los sanos principios, el conocimiento de nuestros eternos derechos, las verdades sólidas y útiles van a difundirse entre todas las clases del Estado... empezará a desaparecer nuestra nulidad política; se irá sintiendo nuestra existencia civil; se admirarán los esfuerzos de una administración sagaz y activa y las maravillas de nuestra regeneración. La voz de la razón y de la verdad se oirán entre nosotros después del triste e insufrible silencio de tres siglos...».

«¡Venid, pues, oh sabios de Chile!, –dice la invocación de Camilo Henríquez– venid, ayudad, sostened con vuestras luces, meditaciones, libros y papeles, nuestros débiles esfuerzos y trabajos. La patria os invoca. Toda la

---

4 Citado por Franklin Otero, *Nuestra legislación sobre imprenta*, Santiago, 1903.

5 José Toribio Medina, *Bibliografía de la Imprenta en Santiago de Chile, desde sus orígenes hasta febrero de 1817*, Santiago 1960. Guillermo Feliú Cruz, que tuvo a su cargo la edición, llama a Camilo Henríquez «racionalista vestido de fraile».

América espera algo bueno de nosotros. Procuremos honrar la patria que nos ha sostenido. Dejemos a la posteridad algún vestigio de nuestra existencia. Todo se reúne para excitar vuestro celo patriótico. La sublime idea de la libertad civil, los esfuerzos de una administración bienhechora, la sabiduría de sus miras, la presencia de la Imprenta, de esta fiel conservadora del pensamiento...».

No cabe duda que el léxico, la fuerza expresiva y el mismo tono de este escrito están directamente vinculados al campo semántico que hemos perfilado. También lo están el lema en latín que sirvió de epígrafe al periódico («Con su luz hará feliz a los pueblos y ahuyentará los sueños y las sombras»)[6] y la mayoría de los artículos. Ya los mismos títulos de estos artículos son, en este sentido, significativos: «De la influencia de los escritos luminosos sobre la suerte de la humanidad»; «Nociones fundamentales sobre los derechos de los pueblos»; «Educación» («la raíz y fundamento de todas las ciencias –dice este artículo– es el leer, escribir y contar»); «Idea del gran objeto de la Sociedad y la Administración».

La imprenta formó parte de una industria más vasta: la industria de la felicidad, de una maquinaria que tuvo también entre sus engranajes a la creación de la Biblioteca Nacional, del Instituto Nacional y la traída de instrumentos, libros y «sabios europeos». Todo ello en la perspectiva del afianzamiento político–institucional (ilustrado) de la Independencia y de la naciente república.

La Biblioteca y el Instituto Nacional fueron creados en agosto de 1813. Mariano Egaña –hijo de Juan Egaña– que ejercía como secretario de la Junta de Gobierno, proclamó en su inauguración que «el primer paso que dan los Pueblos para ser sabios, es proporcionarse grandes bibliotecas. Por esto el Gobierno no omite gasto ni recursos para la Biblioteca Nacional». La Biblioteca se creó sobre la base de los libros que habían pertenecido a la Compañía de Jesús y que estaban bajo el resguardo de la Universidad de San Felipe. Con el objeto de aumentar el fondo bibliográfico se abrió una «suscripción patriótica de libros»[7].

El mentor de la creación del Instituto Nacional fue Juan Egaña, quien contó con el apoyo y participación de Manuel de Salas y Camilo Henríquez. El Instituto se formó con la fusión de cuatro instituciones educativas de fines de la Colonia: la Academia de San Luis, el Convictorio Carolino, el Seminario

[6] Uno de los grabados más famosos de Goya (1746–1828) se titula «El sueño de la razón produce monstruos».

[7] Sergio Martínez Baeza, *El libro en Chile*, Santiago, 1982.

de Santiago y la Universidad de San Felipe. Representó el primer intento de establecer un ordenamiento de la educación[8].

Una proclama de la Junta de Gobierno, titulada «El gobierno a los pueblos», fechada en 1813 y suscrita por varios «patriotas ilustrados», da cuenta de que el gobierno envió «un diputado al extranjero» –Francisco Antonio Pinto– «con recursos suficientes para traernos químicos, mineralogistas, libros, toda clase de instrumentos de ciencias y artes; y una colonia de fabricantes y artesanos... En medio de los esfuerzos y gastos excesivos de la presente guerra, se ha reservado un caudal para destinarlo a los objetos más preciosos: comparad los procedimientos de un gobierno liberal con los de la antigua metrópoli...». La fe en la educación, la creencia de que era posible reformar la sociedad reformando e instruyendo las conciencias y la concepción teleológica de la historia, fueron posturas que en el momento de la Independencia ejercieron cierta atracción en la elite cultural, puesto que encarnaban algunos intereses concretos de la sociedad criolla, restringida hasta entonces por su subordinación a la metrópoli.

El imaginario ilustrado y la máquina de la felicidad formaban por lo tanto parte de una contienda política, de la pugna entre patriotas y realistas, de una batalla que hacia 1813 no estaba todavía decidida y que se llevaba a cabo tanto en el terreno de las armas como en el de las ideas. La conexión norteamericana jugó un rol fundamental en esta contienda. De partida, el representante diplomático de Estados Unidos, Joel R. Poinsett (1779–1851), fue mucho más que un diplomático, pues abrazó abiertamente la causa de la emancipación, y del sector carrerista (en las pugnas internas). Amigo personal y consejero de José Miguel Carrera, fue, entre 1810 y 1814, uno de los ejes de la política local, realizando todo tipo de gestiones, incluso armadas, a favor de la consolidación del poder carrerista y de la causa patriótica[9].

El Jefe de la misión norteamericana tuvo también cierto rol en la presencia de la primera imprenta, pues incorporó como funcionario de dicha misión al agente comercial que la había traído al país. Mateo Arnoldo Hoevel (1773–1819), ciudadano sueco, naturalizado norteamericano y nombrado Vice–Cónsul por Poinsett, fue quien se encargó de adquirir la imprenta en Nueva York, y también de arreglar la venida a Chile de los tres tipógrafos bostonianos (Samuel B.Johnston, Simón Garrison y Guillermo H. Burbidge) que la hicieron funcionar. Siendo redactor de *La Aurora*, Camilo Henríquez se dedicó

---

8 Iván Jaksic, *Academic Rebels in Chile*, New York, 1988.

9 Demócrata progresista de tradición jeffersoniana, Poinsett fue senador y primer Embajador de Estados Unidos en México (1825), desempeñó además altos cargos ministeriales.

al estudio intensivo del inglés, y tal como lo señala una noticia de ese diario «en menos de un mes» se puso «en estado de traducir por sí mismo los periódicos de Estados Unidos e Inglaterra» con el objeto de insertar noticias de esos países en la prensa chilena (9 de abril, 1812).

En un artículo sobre «el progreso asombroso de los Estados Unidos después de su Independencia», Fray Camilo Henríquez escribía lo siguiente: «la educación, ese gran principio de la prosperidad pública, no se ha puesto en olvido. Todos saben leer y escribir. En casi todos los Estados se han establecido escuelas públicas, de modo que el más pobre no pasa por el dolor de ver a sus hijos criarse en la ignorancia. En todas las casas, aun las más pobres, se encuentran libros y gacetas. Todos leen, todos piensan y todos hablan con libertad. El hombre industrioso, a la vuelta de su trabajo, lee, se ilustra, y compara su feliz estado con el de los pueblos que lloran bajo el despotismo oriental.» En Estados Unidos «han encontrado asilo inviolable grandes almas. Allí se han refugiado muchos de nuestros hermanos peninsulares, huyendo del vandalismo francés. ¡Oh... florezca, viva glorioso a la sombra de perpetua paz el pueblo recomendable por su hospitalidad y caridad! No se extienda hasta sus respetables umbrales el torrente de injusticias, usurpaciones y atentados que inundan la tierra. Haya en el mundo, a lo menos, un asilo abierto a la libertad, a los atentos, a las virtudes pacíficas»[10].

Para los criollos ilustrados Estados Unidos era, en esa época, un modelo de país «**industrioso y culto**», en circunstancias que la Francia de Napoleón se había convertido en un imperio invasor que dominaba casi toda Europa. Las doctrinas políticas del pacto social de Rousseau, la crítica a la dominación española y el elogio de los Estados Unidos fueron temas recurrentes de la *Aurora*. Con el afán de efectuar la propaganda de estas ideas, Camilo Henríquez llegó a olvidar que en la «nación modelo de libertad» existía –en el momento de su artículo– no menos de 1.150.000 esclavos negros, cifra superior a toda la población de Chile.

Estados Unidos era, por entonces, como se desprende de una recepción oficial realizada el 4 de Julio de 1812, un modelo a nivel del afianzamiento político–institucional del país. La recepción tuvo lugar en el Palacio de Gobierno, «al frente del edificio se levantaba el templo de la libertad, con una Fama que glorificaba a Chile y una leyenda que presentaba la revolución de

10 Texto reproducido por Roberto Hernández *Camilo Henríquez y la publicación de la Aurora en Chile*, Valparaíso 1930. La referencia al «vandalismo francés» apunta a la invasión y ocupación de España por las fuerzas napoleónicas (1808–1814).

los Estados Unidos como ejemplo digno de ser imitado»[11]. Según *La Aurora*, (9 de julio, 1812) «el gobierno tomo en la celebridad de ese día todo el interés imaginable. Preparó los ánimos para este grande objeto dando la orden a todos los cuerpos militares y empleados de llevar la escarapela tricolor. El ramillete en que se veía el pabellón de los Estados Unidos con el estandarte tricolor, los brindis, las expresiones y alegría de todas las personas ilustres que asistieron al lucido ambigú, todo inspiraba ideas de libertad».

Lo que la *Aurora* tampoco registró fue el hecho que «el lucido ambigú» terminó en una gresca descomunal, pues debido a los brindis algunos norteamericanos, y particularmente los tres tipógrafos de Boston, se embriagaron, insultando a los comensales y al propio Poinsett. A raíz de ello, los tipógrafos fueron expulsados de la fiesta y, cuando intentaron regresar, un piquete de soldados quiso impedirles el paso; los bostonenses empezaron a disparar y los soldados respondieron, resultando ocho americanos heridos y uno muerto. Como consecuencia de este hecho Burbidge fue encarcelado y separado definitivamente de su trabajo, mientras Garrison y Johnston, después de pasar algunos días en la cárcel, regresaron a la imprenta[12].

Más allá de estos hechos bochornosos –que de alguna manera involucraban a la «máquina de la felicidad», pues los responsables eran nada menos que los encargados de hacerla funcionar– para los criollos ilustrados lo importante era preservar el modelo de Estados Unidos como una república «industriosa y culta». Y hasta cierto punto se comprende que ello fuera así, pues los patriotas se encontraban en medio de una contienda que todavía no estaba resuelta ni en el plano político ni en el militar.

---

11 Samuel B. Johnston, *Cartas de un tipógrafo yanqui*, Buenos Aires, 1967. Según Johnston la recepción tuvo por motivo celebrar la instalación de la Junta de Gobierno encabezada por José Miguel Carrera; según William Miller y Guillermo Feliú Cruz ,op. cit., la recepción se llevó a cabo en el palacio del «Tribunal del Consulado» y no en La Moneda, y tuvo por objeto conmemorar la Independencia de los Estados Unidos.

12 En carta del 6 de julio, dirigida al General José Miguel Carrera, Poinsett se excusó ante el gobierno. Decía, en parte, «en la invitación del 4 fui engañado por mis compatriotas en quienes creía ver distinción y recato, a más de habérseme observado la calidad de gente de honrado vivir. Si, por desgracia ello no fue así y resultaron individuos de condición viciosa y desmesurada, es, en parte culpa de este amigo Hoevel que no acertó en una prudente elección. Le manifesté mi desagrado y la irritación que el atropello del 4 significa a la grandiosa nación del reino, y pido a Ud., mi apreciadísimo amigo, obtenga la sanción que corresponde para el castigo que se han hecho acreedores. Debe ser ejemplar el castigo especialmente para William Burbidge que amotinó gente contra los soldados produciéndose en el golpe armado de esa noche muchos heridos y también un muerto». Fragmento tomado de William Miller y Guillermo Feliú Cruz, op.cit.

Hasta tal punto no estaba resuelta que el ejército criollo fue derrotado en 1814 y se restauró en el país el régimen colonial. Se inaugura así un período que la historiografía llama «Reconquista», período que se prolonga hasta febrero de l817, cuando con la batalla de Chacabuco se pone término definitivo al gobierno español en Chile. Durante los tres años que duró la **reconquista** el espacio público volvió a ser controlado, incluso con más rigor que antes. Las fuerzas realistas hicieron todos los esfuerzos posibles por invertir el campo semántico del discurso ilustrado criollo. En lugar de «máquina de la felicidad», la imprenta fue descrita como «máquina de mentiras», como una máquina que por primera vez iba a «hablar verdades». Los «sabios» o «patriotas ilustrados» se convirtieron en «revoltosos», «caudillos» y «tiranos» y sus escritos en «papeles sediciosos» que propiciaban «conductas delincuentes»[13].

La «República Bostonesa» –así se referían los realistas a Estados Unidos– pasó a ser percibida como el antimodelo. José Antonio de Rojas (que en 1814 tenía más de 70 años), Juan Egaña, Manuel de Salas, Mateo Arnaldo Hoevel y José Antonio Irisarri fueron conducidos en barco –junto con otros prominentes criollos– en calidad de prisioneros a la Isla de Juan Fernández. A varios se les confiscaron todos sus bienes y tuvieron que permanecer recluidos en la isla que inmortalizó Defoe durante los tres años que duró la Reconquista, soportando miserables condiciones de vivienda, higiene y alimentación.

Camilo Henríquez, que era Senador en el momento de la batalla de Rancagua (1814), se vio obligado a emigrar a Buenos Aires. La imprenta de gobierno, la misma que había traído Mateo Arnoldo Hoevel, se dedicaba ahora a imprimir textos como *Viva el Rey. Gaceta de Gobierno de Chile.* Las autoridades españolas se desinteresaron por las instituciones educativas creadas por los patriotas. El Instituto Nacional fue clausurado y los esfuerzos por acrecentar el fondo bibliográfico de la Biblioteca Nacional, suspendidos. Los libros que habían sido recolectados por «suscripción patriótica» quedaron arrumbados en dos salas de la Real Universidad de San Felipe.

En suma, todo lo que entre 1810 y 1814 se avanzó en términos de institucionalización educativa y difusión de ideas fue desactivado o permaneció en estado de hibernación. Sin embargo, en 1817, en la batalla de Chacabuco, los patriotas, con Bernardo O'Higgins (1778–1842) a la cabeza, derrotaron a

13 Todas las expresiones mencionadas se encuentran en documentos realistas del período 1814–1817 y también en Melchor Martínez, *Memoria Histórica sobre la Revolución de Chile,* Valparaíso, 1847.

las fuerzas realistas, poniendo término definitivo al gobierno español en Chile. Lo que estaba congelado volvió entonces a descongelarse, y en el espacio público la imprenta volvió a ser, al menos en el imaginario colectivo de los patriotas ilustrados, la «máquina de la felicidad».

En enero de 1822, como Director Supremo del Gobierno, Bernardo O'Higgins firmó un decreto para crear una sociedad destinada a impulsar el sistema de educación Lancaster (o de ayuda mutua). El decreto decía lo siguiente: «siendo el medio probado y seguro de fijar la felicidad en los pueblos, el hacerlos ilustrados y laboriosos y habiendo llegado el término de los obstáculos que sofocaban en Chile la aptitud de sus naturales, para entrar al goce de los bienes que con menos proporciones logran las naciones que lo precedieron en la libertad de cultivar las letras y las artes; es necesario hacer los últimos esfuerzos para recuperar el tiempo del ocio y tinieblas, empezando por franquear a todos, sin excepción de calidad, fortuna, sexo o edad, la entrada a las luces[14]». Entre los directivos de la nueva sociedad, el Director Supremo nombró «al Capellán del Estado Mayor General ciudadano Camilo Henríquez, al Dr. D. Mariano Egaña y a D. Manuel de Salas».

La presencia reiterada de este tipo de discurso en el espacio público e institucional posterior a la emancipación plantea una interrogante. ¿Las significaciones de este tipo de lenguaje eran acaso compartidas por la sociedad de entonces? ¿Había acaso una relación orgánica entre ellas y las experiencias de vida cotidianas? ¿El sentido de la imprenta como «máquina de la felicidad» estaba realmente integrado en el imaginario colectivo de la mayoría de los habitantes del país? ¿La visión del mundo ilustrada fue parte integral de la cultura operante de la época? ¿O se trató más bien sólo de un desideratum, de un discurso externo de significaciones proyectivas sostenido por unos pocos individuos? Joaquín Campino, en una carta de 1830, refiriéndose al momento de la Independencia, le escribía a Manuel de Salas lo siguiente:

«sería un cálculo exagerado suponer que en cada cien mil almas hubiese en el principio una que tuviese idea de las teorías de gobierno representativo, igualdad, garantías, derechos del pueblo, etc... yo me figuro nuestra población como estas rocas de capas que los geólogos llaman «strata», y las nuevas ideas como un líquido, que así como las penetra las pone en fermento. La primera capa que se hallaba saturada por la lectura de libros extranjeros, empezó la revolución; pero de éstos, unos han muerto, otros se han cansado, y retirado, otros han perdido su opinión, y el espíritu ha penetrado a otras

14 *Gaceta Ministerial de Chile*, número 28, Santiago, 19 de enero de 1822.

capas y las ha puesto en fermento. Y durarán estas explosiones y la dificultad de establecer algo sólido, hasta que toda la roca esté completamente saturada[15] ».

La coexistencia de «nuevas ideas» con «ideas del pasado» se dio también en las instituciones recién creadas. Al año siguiente de instalarse la imprenta y de la publicación de *La Aurora*, por presión de la Iglesia, se estableció el cargo de censor de libros y censor de teatros. En el Instituto Nacional, los mismos estudiantes y profesores que se interesaban por las ideas enciclopedistas debían asistir diariamente a misa; todavía en la década del veinte el Instituto era manejado por religiosos. Un profesor como Juan Egaña, del que puede decirse que fue un paradigma de polígrafo ilustrado, publicó como texto de enseñanza de filosofía y lógica un libro en latín con título de sabor medieval: *Tractatus de Re Logica, Metaphisica et Morali* (1827). De esta mezcla –a menudo contradictoria– entre tradición y futuro, entre lo antiguo y lo moderno, estuvo hecha la realidad social y cultural de la época.

En la tensión de esta polaridad entre lo que se había sido, lo que se era y lo que se podía ser, se educaron los jóvenes que asistieron al Instituto Nacional en la década de 1830, los jóvenes de la generación de José Victorino Lastarria (1817–1888). Jóvenes que crecieron y se formaron en una sociedad que si bien desde el punto de vista político estaba desvinculada de la metrópoli, se encontraba todavía sin embargo en un proceso de transición: a medio camino entre la ortodoxia y la tolerancia, entre el «ancien régime» y el mundo moderno, entre el Reino de Chile y la República Independiente.

En cuanto al lugar semántico de la imprenta (o más bien del discurso sobre la imprenta) en esta polaridad, aun en una crónica realista, como la de Fray Melchor Martínez sobre el período 1810–14, se la presenta con mezcla de futuro e ironía. Escrita durante la Reconquista, la crónica decía lo siguiente: «los infinitos papeles sediciosos, llenos de errores y principios falsos, que esparcían las Gacetas de Filadelfia y Baltimore, se acumulaban y recibían con tal aplauso y entusiasmo, que ya todos eran sabios en los medios de sostener una revolución. Sólo faltaba poner en ejercicio la nueva imprenta para saciar de algún modo la extremada curiosidad, y esto se realizó el día 13 de febrero saliendo al público la primera Gaceta con el título de *Aurora de Chile*, periódico ministerial y político. No se puede encarecer con palabras el gozo que causó este establecimiento: corrían los hombres por las calles con una *Aurora* en la mano, y deteniendo a cuantos encontraban, leían y volvían a leer su contenido, dándose los parabienes de tanta felicidad, prometiéndose que por este medio pronto se desterraría la ignorancia y ceguedad en que, hasta ahora habían

15 Manuel de Salas, *Escritos*, Santiago, 1914.

vivido, sucediendo a estas la ilustración y la cultura que transformaría a Chile en un Reino Sabio»[16].

Con respecto a la concepción de la imprenta, donde el pasado era únicamente un vacío, primó entonces, sin contrapeso, lo que se podía ser: **la máquina de la felicidad**. Una máquina que por lo mismo estuvo por muchos años a cargo de quien se esperaba sería el gran protector y distribuidor de felicidad: el Gobierno, o mejor dicho, el Estado.

3. Pocos libros y pocos lectores

Conviene comparar la visión trascendente –propia de la matriz ilustrada– de la imprenta y el libro, a que nos referíamos, con lo que efectivamente ocurrió en este campo. Para ello examinaremos las características de la producción y circulación de libros en el período que va desde 1811, fecha de instalación de la imprenta, hasta el comienzo del decenio de Bulnes, en 1840.

Período 1811–1830

La imprenta que llegó a Valparaíso a fines de 1811 era –desde el punto de vista técnico– una máquina rudimentaria, que en cuanto a aspecto casi no se diferenciaba de la que Gutenberg había usado a mediados del siglo XV en Alemania[1].

La imprenta de 1811 sirvió de taller oficial del gobierno hasta 1852. Durante ese período se la identificó, indistintamente, como «Imprenta del Gobierno», «Imprenta Nacional» o «Imprenta del Estado». En ella se imprimieron los periódicos *La Aurora de Chile* (1812–1813); *Semanario Republicano de Chile* (1813) y *El Monitor Araucano* (1814) y, durante la reconquista, el periódico realista *Viva el Rey, Gaceta del Supremo Gobierno* (1814–1817). Entre 1811 y 1814 se publicaron también dos libros y varios folletos de carácter político–administrativo[2].

---

16 Fray Melchor Martínez, op. cit.

1 En 1800, en Inglaterra, Lord Stanhope ya había inventado una máquina de acero, primer paso para el uso de cilindros en lugar de tablas horizontales.

2 Guillermo Feliú Cruz, «La imprenta durante el gobierno de O'Higgins», en *Gazeta de Santiago de Chile,* Santiago, 1952. Los primeros libros impresos en el país fueron *Carta de un Americano al Español,* 1812 (74 págs.) y *Proyecto de una Constitución para el Estado de Chile,* 1813 (93 págs.).

Hasta 1820, fecha en que se instaló el taller de Esteban Valles, no hubo en el país ninguna imprenta particular.

Desde esa fecha –y durante toda la década– se fueron instalando pequeños talleres e imprentas privadas en Santiago (1821), La Serena (1822), Concepción (1822) y Valparaíso (1825). De esa época datan también los primeros trabajos litográficos[3]. En 1829 había en Santiago cuatro talleres, de los cuales tres eran privados. En Valparaíso se instaló una imprenta particular de cierta importancia, propiedad del político liberal Pedro Félix Vicuña. Posteriormente Félix Vicuña (padre de Benjamín Vicuña Mackenna) se asoció con el tipógrafo norteamericano Tomás G. Wells creando *El Mercurio de Valparaíso* (1827). En ese puerto se instaló también la imprenta Comercio (1829).

A esta instalación de talleres se debió seguramente el interés del comerciante Mateo Chesi por establecer una fábrica de papel. En efecto, el 22 de mayo de 1823, Manuel de Salas presentó al Consulado de Comercio un escrito apoyando la petición que hiciera este comerciante, y solicitando además que se le concediera un régimen de protección y privilegio (prudente) por 10 años, para defenderse del dumping que harían contra él los importadores de papel. Manuel de Salas sostiene que el gobierno debe utilizar «el termómetro de la Aduana» para fomentar la producción nacional. Destaca la importancia del papel en la enseñanza de las primeras letras y el dibujo y también para la imprenta «que difunde las luces, la civilización y el espíritu público». La petición no tuvo, sin embargo, acogida. Aun cuando en el país abundaban la materia prima y la mano de obra para la fabricación de papel, sólo se empieza a fabricar ese insumo –como veremos más adelante– a fines del siglo diecinueve.

Debido a que este modesto aumento de talleres impresores se canalizó fundamentalmente en la publicación de hojas periódicas de índole comercial o política[4], el mismo tuvo escasa significación en cuanto a la producción de libros. En lo que dice relación a la imprenta de gobierno, esta, además de imprimir documentos político–administrativos, prestaba algunos servicios editando noticias y periódicos de interés público[5]. Tales actividades se veían

---

[3] La litografía fue introducida a Chile en 1820 por Lord T. Cochrane.

[4] En Valparaíso, por ejemplo, se editaron los periódicos *El Telégrafo Mercantil y Político (1826); El Mercurio de Valparaíso* (1827); *El vigía* (1828); *El avisador de Valparaíso* (1829); *El crisol* (1829) y *El azote de la mentira* (1830). Véase Roberto Hernández, *Los primeros pasos del arte tipográfico en Chile y especialmente en Valparaíso*, Valparaíso, 1930.

[5] Según Jaime Eyzaguirre, el Ejército de los Andes trajo a Chile una nueva imprenta. Además, el gobierno de O'Higgins encargó a Buenos Aires y Estados Unidos nuevos tipos para la imprenta del Estado, véase *Historia de Chile*, Santiago, 1973.

empero interrumpidas por urgencias de gobierno. En 1822, por ejemplo, la imprenta del Estado repartió una esquela señalando lo siguiente: «el encargado de la imprenta avisa al público que por algún tiempo no saldrán a luz los periódicos, por hallarse ocupadas las prensas exclusivamente con la Constitución y Reglamento de Comercio, que ha mandado imprimir el Supremo Gobierno. Pero si ocurriesen noticias de importancia se publicarán por alcances de corta extensión; no permitiendo otra cosa lo reducido de la imprenta».

La década 1820–30 fue en Chile una etapa de agudos conflictos políticos y de lucha por el control y organización del Estado, pugnas entre caudillos del ejército, entre liberales y conservadores (pipiolos y pelucones), y entre las provincias y la capital. En 1823 se produce la abdicación del Director Supremo, Bernardo O'Higgins; en 1827, la rebelión de algunas provincias contra el gobierno central, y en 1829–30, la confrontación entre liberales adictos al gobierno de F. A. Pinto y conservadores. El encuentro entre estos dos sectores finalizó con el triunfo conservador en la batalla de Lircay (1830), y la instalación del régimen portaliano. El propósito de O'Higgins de fomentar el sistema de educación de Lancaster (los alumnos más destacados debían enseñar a sus compañeros) careció de continuidad y no alcanzó a ponerse efectivamente en práctica. Los intentos del gobierno de Francisco Antonio Pinto (1827–30) por modernizar la educación (la contratación de José Joaquín de Mora y la creación del Liceo de Chile) se vieron en gran medida frustrados por la contienda política y la derrota de los liberales.

José Joaquín de Mora, había llegado a Chile en febrero de 1828, venía precedido de una aureola de liberal español en el exilio. Al día siguiente de desembarcar fue nombrado oficial auxiliar del Gobierno. Escribió artículos periodísticos abogando por la expansión de la instrucción y las reformas liberales, participó en los debates sobre la constitución liberal de 1828 y fue uno de sus redactores. Bajo su orientación se formó también un grupo de lectores y de intercambio de libros; por otra parte, su esposa, fundó el primer colegio femenino del país, y el propio Mora, en enero de 1829, gracias al apoyo y patrocinio del Presidente Pinto, creó el Liceo de Chile. Después del triunfo conservador, el gobierno de Portales arrestó a Mora y lo expulsó del país. En la década 1820–30 se vivió, en suma, un clima poco apto para la producción de libros nacionales.

En cuanto a la importación y circulación de libros extranjeros, aun cuando no hay datos que permitan formarse un cuadro más o menos exacto de la situación, existen sí algunos antecedentes aislados y sobre todo opiniones o recuerdos que permiten una visión aproximada. Según Sergio Martínez Baeza, la primera importación de libros por parte de un particular, la llevó a cabo

Silvestre Fernández de Valdivieso, quien a mediados del siglo XVIII ingresó «por la cordillera 35 cajas y dos petacas de impresos para la venta en el reino»[6] destinadas al clero o al público en tiendas de abarrote.

Con respecto al período posterior a la Independencia y a la escasez de libros de contenido laico o no religioso, el memorialista José Zapiola señala, como síntoma de esta escasez, el hecho de que en 1813, cuando se abrió el Convictorio de San Carlos –preludio del Instituto Nacional– el gobierno ofreció a los padres de familia la mediación de personeros oficiales para todos aquellos padres que quisieran adquirir a través de esa vía «libros e instrumentos científicos en Buenos Aires o Europa»[7].

Un escrito de 1819, de Manuel de Salas, da una idea del tipo de libros que se importaban entonces. En calidad de Director de la Biblioteca Nacional, Manuel de Salas solicitó a O'Higgins permiso para disponer «de dos cajones de libros que desde hace años estaban en la aduana sin que los reclame dueño o persona alguna». «Los libros son –dice el escrito– *Breviarios Romanos*, 4 tomos de *Breviarios Dominicos, Cuadernos de Santos Agustinos, Doctrina Cristiana* (impreso en Lima) y otros tantos, casi la totalidad libros religiosos, de propagación y difusión católica»[8].

Entre 1820 y 1830, los regímenes de orientación liberal llevaron a cabo algunas medidas que si bien no tuvieron efectos sorprendentes en la producción y comercio de libros, contribuyeron sí a divulgar y fomentar el interés por ciertas lecturas, sobre todo entre los jóvenes de la elite ilustrada. El gobierno de O'Higgins (1817–23) promulgó en 1818 un decreto que liberaba de gravámenes a los impresos importados y disponía el transporte gratuito de los mismos dentro del país. El periódico *El liberal* (1825–27), promovió como lecturas benéficas –frente a las lecturas teológicas– a Montesquieu, Rosseau, Voltaire, Moñino y Campomanes. En 1827, con el advenimiento del régimen liberal de Pinto, el gobierno se encargó de fomentar la lectura de los títulos que contenían las «nuevas ideas». En 1828, en la entrega de premios del Instituto Nacional, el Presidente Pinto obsequió a un alumno las *Obras Completas* de Voltaire. Al gobierno de Pinto se deben también las gestiones para la venida de profesores extranjeros al país (Antonio Gorbea y Andrés Bello, entre otros)[9].

---

6 Sergio Martínez Baeza, *El libro en Chile*, Santiago, 1982.

7 José Zapiola, *Recuerdos de treinta años (1810–1840)*, Santiago, 1872.

8 Manuel de Salas, *Escritos*, Santiago, 1914.

9 Andrés Bello (1781–1865) llegó al país en 1829, contratado por el gobierno como Oficial Mayor del Ministerio de Relaciones. Permaneció en Chile hasta su muerte.

Refiriéndose a los libros de estudio en la década 1820–30, José Zapiola recuerda que «cada uno se ejercitaba para la lectura en él que podía proporcionarse. Generalmente eran –dice– libros piadosos. Los impíos e inmorales no empezaron a circular en Chile hasta después del año 20 y a muy alto precio. *Las Ruinas de Palmira* se vendía en 30 pesos. Vivo está un condiscípulo nuestro que lo vendía en su tienda más tarde, con una gran rebaja, a onza de oro. El *Contrato Social* lo compramos y vendimos, después de leerlo, en 4 pesos. Con un Oficial de ese tiempo, que ahora es General, nos arreglamos para comprar *El origen de los cultos* en 12 pesos, dando cada uno la mitad». *La profesión de fe del Vicario de Saboya* y el *Contrato Social* se negociaban, «Rousseau era –dice Zapiola– nuestro hombre»[10].

Joaquín Campino, en carta a Manuel de Salas, escrita en 1830, refiriéndose a los libros educativos, le decía lo siguiente: «no tenemos todavía libros populares útiles en ningún género, debiendo reducirse la lectura a periódicos necios o apasionados, que no hacen más que corromper y pervertir, hasta que todos los gobiernos se convengan en formar una cosa parecida a la Sociedad Bíblica para reimprimir o traducir al español libros útiles y de entretenimiento, que puedan venderse baratos y aun darse gratis»[11]. El alto precio que alcanzaron los libros laicos puede considerarse como indicio del interés que existía en algunos círculos por tales libros, pero también como señal de su escasez o de una situación en que la demanda (que era reducida) superaba con creces a la oferta. Recuérdese también, al respecto, la opinión de viajeros ingleses como John Miers en relación a la carencia y desinterés por los libros de cultura general en Chile.

Período 1830 – 40

Después de la batalla de Lircay (1829), durante el régimen portaliano (1830–37), se vivió un clima de cierta hostilidad frente a las ideas liberales. En el campo de la enseñanza el régimen promovió la educación privada y la fundación de escuelas por parte de los conventos (aun cuando incluyó el derecho a la educación en la Carta de 1833). Hay datos reveladores respecto a la atmósfera intelectual que se respiraba en algunos círculos ultramontanos, que apoyaban a Portales: cuando en 1835 se preparaba la representación del drama *Le fanatisme ou Mahomet le prophete* (estrenada en Europa en 1742, dedicado

10 José Zapiola, op. cit.

11 Carta del 28 de Mayo de 1830, Manuel de Salas, *Escritos*, 1914.

al Papa Benedicto XIV y aprobado por él), apareció en *El Araucano* 253, 10 julio, 1835 (periódico oficial del gobierno) la siguiente inserción:

«He sabido que va a representarse la tragedia de Voltaire titulada *El Fanatismo*. La persona que me lo ha dicho me ha asegurado haber visto en mano de unos de los cómicos el papel que se le ha dado para estudio; y como presumo que esta pieza no haya sido revisada porque no puede ser aprobada, me apresuro a denunciar su representación antes de que se efectúe, para que la impida o prohíba el señor juez de teatro, pues no debe representarse no habiendo obtenido la aprobación de los señores examinadores encargados de la revisión... Firmado: Un Eclesiástico».

Paralelamente, en la Constitución de 1833, como señalábamos, quedó consignada la idea de que «la educación pública» debía ser «atención preferente del gobierno», y en 1837 se creó el Ministerio de Instrucción Pública, repartición que hasta esa fecha había estado anexa a la cartera de Interior. En el Instituto Nacional y en las instancias más avanzadas de la educación, gracias a la acción mediadora de Andrés Bello, se consiguió mantener –durante la etapa de intolerancia política– una especie de isla cultural, por no decir liberal. No es extraño, entonces, que en el Instituto Nacional se hayan gestado revueltas estudiantiles y que algunos alumnos hayan sido relegados a la isla de Juan Fernández. Durante esos años, por otra parte, debido a la atmósfera de control político, la conciencia liberal de los jóvenes que se habían formado con José Joaquín de Mora fue encontrando en el terreno literario y en los estudios el medio más adecuado para canalizar sus intereses[12]. Fue en este contexto que se educaron José Victorino Lastarria y los jóvenes que se agruparían en el movimiento de 1842.

Durante el período 1830–40 el número de talleres y pequeñas imprentas artesanales tuvo un leve aumento. En Santiago funcionaban a fines de la década por lo menos cinco talleres, y en Valparaíso, cuatro. Los datos más confiables corresponden a esta última ciudad, en la cual se ha documentado el funcionamiento de las imprentas de *El Mercurio* (desde 1827), *El Comercio* (desde 1829), *El Cosmopolita* (1833) y *El Liberal* (1839), y también la instalación de un taller litográfico, la Litografía Porter (1840). Tal como en la década anterior estos talleres se ocuparon, fundamentalmente, de imprimir periódicos u hojas comerciales y políticas[13].

---

12 Bernardo Subercaseaux, *Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX. Lastarria, ideología y literatura*, Santiago, 1982.

13 Véase Roberto Hernández, op. cit.

En cuanto a la publicación de libros esta se mantuvo casi en los mismos niveles que en la etapa anterior. La bibliografía de traducciones de obras extranjeras publicadas en Chile (que llevó a cabo José Toribio Medina) indica que mientras en la década 1820–30 se publicaron sólo dos traducciones, en la siguiente se editaron cuatro[14].

En julio de 1835 el periódico *El Araucano* publicó un aviso informando que la imprenta *La Opinión* había editado recientemente varios libros: Andrés Bello *Tratado de Ortología y Métrica*, S. Ballarma *Tratado de Aritmética, Catecismo de Geografía; Compendio de Gramática Castellana* y José Ignacio Cienfuegos *El Catón cristiano–político*. Corresponden a textos para la educación, probablemente los únicos libros que se editaron en el país durante ese año. Se conserva un inventario de los libros que poseía José Victorino Lastarria en 1838, cuando todavía era estudiante. La «lista de los libros que poseo» incluye cerca de 70 autores diferentes, la mayoría de los cuales son autores franceses o europeos publicados en el extranjero. Sólo dos o tres corresponden a títulos editados en el país[15].

De todo lo que hemos señalado se puede concluir que hasta 1840, hubo un leve aumento de la capacidad de impresión; capacidad instalada que se concentró, sin embargo, casi exclusivamente en la producción de publicaciones periódicas o de hojas vinculadas al comercio, la administración y la Iglesia. La producción de libros nacionales estuvo prácticamente limitada a libros de carácter funcional, o a algunos impresos encargados por el gobierno. La producción de libros para el comercio fue por ende casi inexistente. La mayoría de los libros en circulación (que no eran muchos) provenían, entonces, del extranjero y habían ingresado al país por la vía de la importación.

En relación a los títulos foráneos que circulaban en Chile sabemos algo sobre el tipo de libros y sobre el modo en que los mismos se comercializaban. Un aviso en el periódico *El Araucano*, julio de 1835, señalaba que «en la tienda de don Fermín Barril, calle de Ahumada, se venden las siguientes obras recientemente llegadas al país: *Instituciones de Derecho Real de España, Práctica Forense, Manual de Particiones, Defensa del Cristianismo, Motivo de la Oración, La nueva recopilación de Leyes, Vocabulario de Nebrija*. También *Teología Moral y Tertulianos de Predica*». Textos provenientes de España, funcionales al estudio del derecho o a la difusión de temas religiosos.

---

14 José Toribio Medina, «Biblioteca Chilena de traductores» en *Anales de la Universidad de Chile*, Santiago, 1925, 1926 y 1927.

15 «Papeles inéditos de J. V. L.», *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 25, Santiago, 1917.

A fines de la década, en 1839, Andrés Bello, confirmando la tendencia anterior, hacía un balance del comercio de libros en los siguientes términos: «una muestra de que los adelantamientos en el cultivo de las letras van a la par de los que experimenta el país en su prosperidad industrial, es el incremento que ha tomado en estos últimos años el comercio de libros. Como no está grabada con ningún impuesto su introducción no es posible dar una noticia exacta de las cantidades que anualmente se importan; pero basta echar una ojeada por las tiendas para que se perciba que el surtido de libros en venta excede en el día el de cualquiera de las épocas anteriores».

Enseguida emite, sin embargo, un juicio más bien negativo sobre el tipo de libros que se estaban importando, «una parte considerable –dice– se compone de devocionarios anticuados, y de hagiógrafos escritas con poca crítica; obras más a propósito para dar pábulo a una superstición civil, que para nutrir la verdadera piedad con el alimento sustancioso de la moral evangélica»[16]. Bello se refiere además «a otra clase de libros», también importados, que empiezan a tener demanda y cuyo consumo el espera que vaya en aumento: se trata, dice, de «libros de política y jurisprudencia» y de «obras elementales de literatura y de ciencia», casi todas –dice– traducidas del francés.

A pesar del aumento en el comercio de libros que diagnostica Bello, éste no debe haber sido muy significativo, como se desprende del hecho de que no existía todavía ni una sola librería en el país. ¿Dónde se vendían, entonces, los libros? «casi todas las tiendas (de Santiago) –observaba en 1831 un viajero– tienen unos cuantos libros sobre sus estantes, que por lo general son obras eclesiásticas o traducciones del francés. En toda la ciudad no hay una sola librería; la colección más grande de libros en venta se encuentra en medio de la cuchillería y ferretería de un almacén». «No pude conseguir –se queja un viajero– el *Quijote*, a pesar de ser tan popular»[17]

Benjamín Vicuña Mackenna (1831–86) percibía esta carencia de librerías como un lastre del oscurantismo colonial. Señala que «los diarios se publicaban sólo los sábados, es decir el día que los lectores se afeitaban y cambiaban de camisa, y se vendían a medio el número en la esquina de Ramos, junto con el polvillo y la chancaca, y cuando no se vendían, servían para envolver la última, lo que era más usual y más sabroso».

Según Vicuña Mackenna los libros corrían igual o peor suerte que los periódicos. «Capetillo tenía en su angosto tendejón de la calle Ahumada unos

---

16 *El Araucano*, 8 de febrero, 1839.

17 Rauschenberger, «Aspecto de Santiago, 1831», *Imágenes de Chile*, selección y notas de M. Picón Salas y Guillermo Feliú Cruz, Santiago, 1937.

cuantos braceros de cobre llenos de *Despertadores Eucarísticos*; don Ventura Soto vendía en la plazuela de Santo Domingo algunas ediciones de Salva, que, cuando era necesario, le servían para devanar su famosa seda, y por último, Ortiz Alcalde, un alegre hijo del Plata», se deshacía en su negocio de los libros «a través de un sistema de rifas por boleto».

En su crónica, titulada «La ley del Progreso» Vicuña Mackenna se queja, con ironía, del trato que recibían los libros; para la mentalidad ilustrada constituía una irreverencia que los mismos fuesen comercializados por tenderos en medio de géneros y alimentos. Si bien es cierto que la carencia de un comercio especializado en libros puede considerarse como un síntoma del escaso desarrollo de la educación y del espíritu ilustrado, no es menos cierto que el hecho de que los libros se vendieran en negocios de otra índole, permitía que tuvieran un contacto (visual) con ellos personas o sectores de la población que de otro modo no lo hubieran tenido.

Durante el período 1830–40 la libre circulación de libros se vio también afectada por la censura y por un clima de hostilidad hacia la cultura ilustrada. En una nota publicada en *El Araucano* (21 de abril, 1832) Andrés Bello se refiere a algunos libros que han sido prohibidos por la Aduana por peligrosos, se trata, entre otros, de *Delfina*, novela de Madame de Stael y *El diablo cojuelo* de Luis Vélez de Guevara. «Es sabido que se ha colocado gran número de libros en el expurgatorio por las opiniones políticas que contienen». «¿Toleraremos que esta prohibición subsista?» –preguntaba Bello– «¿No es ya tiempo de alzar el entredicho que nos priva de tantos libros útiles y necesarios..?» «Otro gran número de libros –agregaba– están prohibidos porque en ellos se han defendido las regalías de los soberanos contra la usurpación de la Curia Romana: usurpaciones que todos los católicos juiciosos condenan y deploran, pero que pertenecen ya a la historia».

En otra nota, publicada en el mismo periódico una semana más tarde (*El Araucano*, 28 de abril,1832) Bello condenaba abiertamente la censura de libros: «comprimir la conciencia –decía– y someter el entendimiento y la razón a la voluntad de un calificador arbitrario; condenar a las llamas trabajos mentales que descubren verdades porque se oponen a conciencias privadas; obligar a juzgar del modo que se manda, sin permitir que se piense, privar al hombre del ejercicio de todas las facultades intelectuales dejándolo reducido al estado de un bruto domesticado, son cosas que el tiempo hará increíbles». Afirmaba además que la censura es contraproducente porque estimula el interés por lo prohibido. «Creemos» –dice– que en el futuro «la verdadera filosofía decretará el triunfo a la libertad de toda clase de libros». Producto tal vez de estos artículos, Bello fue nombrado, en diciembre de 1832, **Censor de**

libros. Ejerció esta labor (junto con Mariano Egaña y Ventura Marín) con extraordinaria moderación, utilizando el cargo para mitigar las intransigencias del clero y de los espíritus ultramontanos, y manteniendo respecto a los libros de ideas avanzadas una actitud abierta, ajena a todo fanatismo[18].

A pesar de la acción de Bello hay antecedentes que indican que si bien la obstrucción a la libre circulación de libros por parte del Estado aminoró, la misma persistió en algunos sectores de la sociedad civil. *El Philopolita*, (1, Santiago) periódico liberal, denuncia en 1835 una quema de libros en San Felipe. Señala que en esa ciudad un eclesiástico predicó reiteradamente contra el teatro y los libros, tratando de «réprobos» a Voltaire y Rousseau. También que cerca de 500 volúmenes fueron quemados en una pira pública. «Los inquisidores se glorían –dice– de que la quemazón fue hecha sin orden de autoridad competente ...en aquella ciudad apenas ha quedado un libro». Según un artículo del mismo periódico los santiaguinos no asisten ni al teatro, ni a las sociedades de lectura ni a la Biblioteca Nacional, las imprentas –dice– están inactivas ...nuestros conciudadanos gustan poco de los placeres intelectuales», prefieren, en cambio, «las nefandas chinganas»[19].

Otro espacio público de circulación de libros estuvo constituido por las bibliotecas. Durante el período que estamos analizando las mismas permanecieron más bien en una situación de estancamiento. En Santiago funcionaban sólo dos bibliotecas públicas. Una era la Biblioteca Nacional, institución que en 1830 contaba con 12.000 volúmenes, lo que no es mucho si se piensa que al consolidarse la Independencia la misma tenía casi 9000 títulos. La otra era la Biblioteca del Instituto Nacional, la que a juzgar por el reglamento del Instituto tenía en esa época un horario sumanente restringido: atendía sólo los días jueves durante 3 horas.

De todo lo dicho y considerando el ciclo completo del libro –desde su fabricación o importación hasta la lectura– puede concluirse que entre 1811 y 1840, la producción, circulación y consumo de libros tuvo en Chile un crecimiento lento y escaso. Si bien es cierto que hubo algunos avances en comparación con el período final de la Colonia (sobre todo en términos de talleres de impresión y de circulación de libros extranjeros) no es menos cierto que a fines del período que estamos considerando la actividad en torno al libro carecía todavía de perfil, y que a pesar de que los gobiernos de O'Higgins y Pinto tomaron algunas medidas tributarias de protección al libro, no hubo,

18 Guillermo Feliú Cruz, *Historia de las Fuentes de la Bibliografía Chilena*, Santiago, 1956.

19 Se trata de un motivo de queja recurrente en el siglo XIX en sectores de la elite ilustrada de orientación liberal.

sin embargo, esfuerzos sostenidos en pro de su fomento, ni como actividad productiva ni como actividad cultural.

La situación de estancamiento se hace más evidente todavía si se contrasta con la valoración del libro y de la imprenta propias del discurso ilustrado. La «máquina de la felicidad» que trajo Hoevel fue instalada en el Congreso, ocupó por ende un lugar de honor; mientras que la actividad impresora estuvo en términos concretos muy lejos de ocupar ese sitial. Este desfase entre la valoración intelectual e imaginaria de la actividad y las condiciones reales en que ella operó, se proyecta incluso, como veremos más adelante, hasta el siglo veinte.

En 1840 la situación del libro en otros países tenía, en cambio, un perfil bien definido y había evolucionado desde una actividad artesanal a una industrial. En 1800 en Alemania, ya se editaban cerca de 3.300 títulos anuales; en 1825 se constituyó la Asociación Central de Libreros, síntoma de que el comercio de libros se había extendido a todo el país. En Estados Unidos, a fines del siglo dieciocho se había dictado una ley de propiedad intelectual, y en algunos lugares del país, como Boston, operaba ya la distinción moderna entre **editor e impresor.** En 1830 se habían formado Asociaciones de Tipógrafos y hacia 1840 se utilizaba la tipografía electrónica, que permitía reimprimir a costos muy bajos. Los libros se leían, pero también se utilizaban como adorno, un mismo libro se ofrecía en el comercio con distintos tipos de tapa. Incluso en países latinoamericanos como México, había ya un comercio especializado en libros y numerosas librerías.

Es cierto que el desarrollo de la industria editora no era en estos países un compartimiento aislado, sino que formaba parte integral de procesos más generales de desarrollo económico y social; el avance en el sector del libro no podía por lo tanto «ser importado a Chile» como quien importa una máquina. No deja de ser curioso, sin embargo, que la elite ilustrada se haya apropiado con tanta vehemencia de la visión de la «máquina de la felicidad» (proveniente de la revolución francesa y del iluminismo) y no se haya apropiado con el mismo entusiasmo, por lo menos como aspiración, de las máquinas y los procesos productivos reales (de la revolución industrial) que estaban por entonces transformando la producción, circulación y consumo de libros en Europa y Estados Unidos.

Ahora bien, de todo lo señalado, no debe colegirse –respecto al período 1811-1840– que estamos ante una cultura oral; todo lo contrario, en términos de organización cultural de la sociedad, con la Independencia y la matriz ilustrada –a pesar de los pocos libros y los pocos lectores– se refuerza la cultura

de la palabra, o más bien, la impronta republicana de la ciudad letrada[20]. Esa ciudad que necesita instaurar –a través de la educación y la lucha contra el analfabetismo– la legitimidad del Estado, pues es necesario que todos sepan leer para que el poder pueda decir: nadie está reputado como ignorante de la ley.

---

20 Ángel Rama, *La ciudad letrada*, Hannover, USA, 1984.

II. Cultura liberal: Formación de una sociedad lectora

1. «Cruzados» y «artífices» de la civilización

Desde 1840 se perfila un proceso de desarrollo gradual de la educación y de la cultura, que en términos cuantitativos y cualitativos se distingue claramente del período anterior. Se trata de un proceso que en realidad continúa la vertiente ilustrada de la emancipación política pero que, como veremos más adelante, fue percibido por sus propios actores como un momento fundacional nuevo, de rasgos diferentes. En los primeros años de la década del cuarenta se inicia, entonces, una etapa clave en la historia de Chile, una etapa a partir de la cual se expresan e institucionalizan un conjunto de ideas y aspiraciones que en el transcurso de las próximas décadas van a permear todos los niveles de la sociedad.

Estas aspiraciones son en el plano jurídico la soberanía del individuo y la libertad como eje del sistema (libertad de imprenta, de culto, de prensa, de industria, electoral y de creación); en el ámbito político la forma republicana de gobierno y la separación e independencia de los poderes del Estado; en la historiografía el relato de una nación que se inscribe en la ley del progreso y que se constituye como negación del pasado colonial; en las letras el afán de una literatura que exprese a la sociedad de la época y que emancipe a los espíritus de los valores del pasado; en el plano institucional, la separación entre Iglesia y Estado; en la educación, el predominio del laicismo racionalista; y en la vida social y en las costumbres: el afrancesamiento y la apropiación constante de modelos europeos.

A partir de 1840 y durante lo que resta del siglo todas estas aspiraciones e ideas–fuerza se canalizan con extraordinaria vehemencia a través de diarios, revistas, obras históricas, tratados de jurisprudencia, discursos políticos, leyes, agrupaciones sociales, clubes de reforma, partidos políticos, logias masónicas, instituciones educativas, novelas, piezas de teatro, expresiones gráficas y hasta modas y actitudes vitales. Es a todo este conjunto, con sus

agentes y circuitos, a lo que llamamos cultura liberal republicana. La paulatina hegemonía que esta cultura ejerce sobre la sociedad chilena, y la tensión con la visión ultramontana y conservadora, dominan casi todo el espacio político-intelectual del siglo XIX.

La educación y el libro fueron sin duda medios fundamentales en la difusión e institucionalización de la cultura liberal republicana. Y por ende instancias que se fueron, ellas mismas, perfilando a través de este proceso. De allí que resulte imposible entender la historia del libro –o para el caso, de la educación– si no se les vincula con algunos aspectos y problemas de la cultura liberal. Nos interesa, por el momento, centrarnos en quienes contribuyeron a la cristalización de esta cultura. Nos referimos, por una parte, al grupo de intelectuales que empieza a difundir estas aspiraciones a partir de 1840, y por otra, a los tipógrafos: aquellos que confeccionaron con sus propias manos los libros y periódicos de la época.

A comienzos de la década del cuarenta «se había iniciado –según J. V. Lastarria– un movimiento intelectual desconocido hasta entonces. La juventud distinguida que poco antes estaba reducida al estrecho círculo...de la oligarquía dominante, había recibido –dice– un refuerzo numeroso con la nueva generación que se había educado en otros principios y distintas aspiraciones, y que sentía estimulada su actividad con el roce de la ilustrada y bulliciosa emigración argentina...el teatro, las tertulias, los paseos cobraban animación, y en todas partes, principalmente en las reuniones privadas ...y en algunos salones particulares se hablaba de letras, de política y de progresos industriales»[1].

Lastarria se está refiriendo al decenio de Bulnes (1840–50), cuando, luego del triunfo sobre la Confederación Perú–boliviana, el país alcanza cierto relieve entre las nuevas naciones hispanoamericanas. Cuando la vida político–intelectual, sobre todo durante el primer quinquenio, se caracteriza –en comparación con los años de Portales– por un clima de distensión y apertura. «El movimiento político del año 1841 –dice el memorialista– fue un verdadero despertar», que «marcó en nuestra historia el momento en que acabó una época y comenzó otra».

Se trata de un decenio en que se estabilizan las instituciones republicanas y en que jóvenes como el propio Lastarria son elegidos diputados. Santiago, con alrededor de 60.000 habitantes, tiene ya un ambiente intelectual de cierta efervescencia: llegan el pintor francés Raimundo Monvoisin y el bávaro Mauricio Rugendas, están también el peruano Felipe Pardo y Aliaga, los venezolanos Andrés Bello y Simón Rodríguez y sobre todo las cabezas más

---

[1] J. V. Lastarria, *Recuerdos Literarios*, 1885.

destacadas de lo que Juan Bautista Alberdi llamó «la provincia argentina flotante de la emigración liberal»: Sarmiento, el mismo Alberdi, Bartolomé Mitre, Juan María Gutiérrez y Vicente Fidel López. Conservadores y liberales coinciden en que la política es un campo reservado a los hombres cultos, los extranjeros, en consecuencia, se incorporan rápidamente a la vida pública y ocupan cargos de primera importancia. En medio de esta conjunción de inteligencias se crea la primera escuela nacional de preceptores, se inaugura la Universidad de Chile, y se multiplican los periódicos y las polémicas[2].

En Valparaíso, la segunda ciudad del país en población –y la primera desde el punto de vista del comercio– se instalan los impresores españoles Tornero (1840) y Rivadeneira (1841). Regularizada la carrera de vapores del Pacífico, se regulariza también la llegada de ideas y modas transatlánticas. Aun cuando el gobierno de Bulnes era de tinte conservador, Sarmiento y Vicente Fidel López no se cansan de contrastar el clima de libertad que existe en Chile con el terror que reina en la Argentina de Rosas. «Oh el asilo contra la opresión», dice la Canción Nacional, en un verso inspirado en los acontecimientos de esa época.

Entre los intelectuales que contribuyen a este clima se cuentan, en primer lugar, el propio José Victorino Lastarria (1817–88), maestro y cronista de su propia generación; también Antonio García Reyes (1817–55); Jacinto Chacón (1820–95) Francisco Bilbao (1823–65); Eusebio Lillo (1826–1910) y Manuel Antonio Matta (1826–92); además algunos discípulos de los anteriores que empiezan a participar en la vida pública a fines del decenio de Bulnes: Miguel Luis Amunátegui(1828–88); Manuel Bilbao (1828–95); Guillermo Matta (1829–99); Diego Barros Arana (1830–1907); Gregorio Victor Amunátegui (1830–98); Benjamín Vicuña Mackenna (1831–86) y Joaquín Blest Gana (1832–1880).

Los datos biográficos de todos ellos –con algunas excepciones– son coincidentes y darían pie para una biografía colectiva. Una prosopografía cuyo itinerario sería el siguiente: hijos de funcionarios o militares sin fortuna, o en algunos casos de padres recién enriquecidos; estudios en Santiago en el Instituto Nacional y luego Leyes; desempeñan desde muy jóvenes cargos en el aparato del Estado; ejercen también intermitentemente funciones diplomáticas y judiciales; participan en círculos y sociedades literarias; fundan y escriben revistas y periódicos; son diaristas, literatos e historiadores, amen de publicistas de las ideas liberales. Tienen también desde muy jóvenes una vida política activa en el partido liberal o radical; por sus ideas o por su participación en el

2 Para una descripción más detallada del clima intelectual y literario del decenio véase Bernardo Subercaseaux, *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*, Santiago, 1997.

movimiento de 1851 se ven obligados a ausentarse del país, y a vivir en el exilio por un lapso breve de tiempo.

Un factor que contribuyó decididamente al nuevo clima intelectual fue también, como enfatiza Lastarria, la presencia de los emigrados argentinos de la época de Rosas, sobre todo de Domingo Faustino Sarmiento (1811–88), que vivió en Chile o estuvo al servicio del gobierno durante sus años más fecundos (1840–55); de Juan Bautista Alberdi (1810–84) que estuvo en Chile entre 1843 y 1846; de Vicente Fidel López (1815–1903) que estuvo entre 1840 y 1847 y de Bartolomé Mitre (1821–1906) que llegó a fines del decenio (1850–52). Todos ellos escribieron en periódicos, ocuparon cargos de gobierno y tuvieron una activa interlocución con la nueva generación de intelectuales.

Nos interesa, sin embargo, más que los datos biográficos externos de los mismos, aproximarnos al pensamiento y a la percepción que ellos tuvieron de la responsabilidad y labor que les competía. Un discurso de Benjamín Vicuña Mackenna, pronunciado en 1856, resulta, en esta perspectiva altamente significativo. En un homenaje al Abate Molina, Vicuña Mackenna expresó lo siguiente:

«Hagamos empero, señores, una distinción ...la Independencia y la Civilización son épocas, principios y generaciones distintas. La Independencia acabó ya su rol. Cerróse esa era grandiosa, cuando roto el cetro de España, nuestra ley fue reconocida por sus reyes. Esa fue la obra iniciada en 1810, cifra de glorias y de bendiciones de la que en estos días debiéramos hablar sólo de rodillas...Pero lo repetimos, señores, esa era está cerrada; no nos quedemos más tiempo dentro de este círculo que no es para nosotros sino una arena vacía donde nuestras fuerzas están ociosas y donde sólo pisamos el polvo de una gloria que no es del todo nuestra porque sólo es heredada; cerremos ese templo y echemos los cimientos de un nuevo altar; dejemos la lira de la alabanza y tomemos la plana de la acción; harto hemos cantado ya esa edad de prodigios, trabajemos a nuestro turno; creemos, organicemos, impulsemos, dominemos el pedestal que nos ha sido dado, levantemos la cúspide que falta al monumento aun no concluido, cerremos el pasado, consumemos el presente, iniciemos el porvenir. ¡Señores...esta ceremonia es un adiós y un bautizo! La era de la Independencia queda cerrada. La era de la Civilización está, pues, desde hoy abierta...Y entremos en ella, señores. Ocupemos cada uno nuestro puesto: la tarea es harto menos ingrata y tanto más grande que la ya concluida...Las grandes familias del coloniaje se rebelaron contra la monarquía española. Tócanos ahora a nosotros pronunciarnos en abierta rebelión contra el error, las supersticiones, la monarquía del vicio, el coloniaje del pueblo. El pueblo se ha emancipado de hecho del coloniaje, pero el espíritu del coloniaje palpita todavía vivo y potente en su alma y en su frente; arranquémoslo

ahora con mano firme, busquemos el bien en el bien mismo, aspiremos a la libertad en la libertad misma; realicemos la civilización en la civilización, esto es, en el pueblo que es la mayoría, que es la unanimidad porque todos somos el pueblo, y si hay un poco de civilización aquí y allí y barbarie en todas partes, hay peligro, hay lucha, hay mal; no hay civilización, sino barbarie. Pero la Providencia, señores, que asigna su puesto a cada criatura y encadena los siglos, las épocas y las generaciones en su inescrutable mente de infinito porvenir, da también a cada siglo un espíritu, a cada época una misión, a cada generación un rol. Al siglo dieciocho llamósele de la razón; apellidose Independencia la era que le sirvió de desenlace y la generación que realizó ésta tuvo por real el pelear entre sables y cañones. Nuestro siglo, a su vez, ha sido llamado del progreso; nuestra época es la Civilización y nuestro rol ¿cuál es? ¿dónde está nuestra palanca de acción? ¿nuestro ejército de combate dónde se encuentra? Aquí lo tenéis, señores; somos nosotros todos, los soldados de la INSTRUCCIÓN PRIMARIA...!»

Cuando Vicuña Mackenna pronuncia este discurso tiene 25 años. Acaba de regresar de Estados Unidos, país en el que estuvo un tiempo luego de su participación en la refriega de 1851. Se trata de una pieza oratoria en que se encuentran las mismas ideas y el mismo tono vital del discurso pronunciado por Lastarria al incorporarse a la Sociedad Literaria en 1842. El mismo plan de «emancipación» y «regeneración» de los espíritus; el mismo sentido misionero con respecto a la educación; idéntica percepción de sí mismos como conciencia intelectual del país y como precursores de un mundo por edificar; la misma concepción teleológica de la historia que sitúa a Chile en la senda del progreso y de la perfección.

No deja de ser curioso cierto desfase entre la retórica y la bandera del discurso; entre el tono rimbombante y casi religioso que presagia grandes y descomunales proezas y la convocatoria final, la que simplemente llama a ser «soldados de la INSTRUCCIÓN PRIMARIA». Resulta también revelador que en este tipo de discursos se recurra siempre a metáforas del campo militar. Importa tanto lo que se dice como el modo en que se dice; las ideas como el temple de ánimo. Es precisamente ese temple de ánimo el que nos conecta con la altura vital característica de los jóvenes liberales de 1842 y con la percepción de sí mismos como **cruzados de la civilización.** Las palabras de Vicuña Mackenna revelan, en síntesis, un optimismo histórico y un estilo intelectual que es compartido por casi todos los autores mencionados, sobre todo entre 1840 y 1860[3].

[3] Los jóvenes de 1842 estaban imbuidos de la «doctrina del progreso» y de las ideas de Segur, Fleury, Michelet, Cousin y Herder. Véase Bernardo Subercaseaux, *Cultura y Sociedad Liberal en el Siglo XIX*, op. cit.

Ahora bien, este tipo de discurso no se queda sólo en palabras, sino que ya desde el comienzo del gobierno de Bulnes va más allá, traduciéndose en una acción permanente y múltiple. Es en esa perspectiva, que hablábamos, al comienzo del capítulo, de promotores y artífices («publicistas» en términos decimonónicos) de la cultura liberal. Sobre todo en el plano de la educación y de la difusión de ideas, lo que apunta, como trasfondo, al libro (o a ciertos libros europeos) como fuerza de cambio. La mayor parte de estos intelectuales fueron miembros activos de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Universidad que desde su fundación en 1842 hasta la década del 70, fue una especie de superintendencia de educación, ejerciendo labores de promoción, organización y control del sistema de educación[4]. Desde el núcleo de la Facultad de Filosofía y Humanidades, se creo entonces un sistema nacional de educación; un sistema que ubicó bajo la tutela del Estado –de un Estado laico– a todo el ciclo, desde la educación primaria hasta la superior.

Fue ejemplar la labor educativa que llevó a cabo Sarmiento. Recién llegado al país analizó las cartillas, silabarios y métodos de lectura que se utilizaban, dando a conocer los resultados en 1842. Luego él mismo desarrolló un método gradual para enseñar a leer y propuso una simplificación de la ortografía. En 1842 el gobierno de Bulnes le encargó la creación de la Escuela Nacional de Preceptores, una de las primeras de su tipo en América Latina. Desde ese cargo llevó a cabo una campaña en pro de la instrucción, del libro y de las bibliotecas. A imitación de Benjamín Franklin y Laboulaye, fomentó las sociedades de lecturas y creó **Bibliotecas Populares**. Polemizó con Andrés Bello, promoviendo –frente al clasicismo– la libertad en el arte y la lectura y difundió novelas y folletines europeos. Desde 1843 fue miembro de la Universidad de Chile. Y en 1844 creo el periódico *El Progreso*, a través del cual difundió sus ideas sobre educación.

En 1845 el Ministro Montt lo comisionó para estudiar métodos e instituciones educativas en Europa y Estados Unidos, donde permanece hasta 1848. A su regreso difundió e intentó poner en práctica lo que había aprendido. En 1849 publicó *Educación popular* y en 1855 presentó a la Universidad de Chile una memoria con el título de *Educación común*. «La escuela y el libro o más bien la biblioteca, son dos cosas que se suponen –dice allí– la una a la otra. Los libros piden escuelas, las escuelas piden libros». Luego de su regreso a Argentina continuó promoviendo la educación, hasta su muerte en 1888.

---

[4] Veáse al respecto Iván Jaksic y Sol Serrano, «In the service of the Nation: the Establishment and consolidation of the U. de Chile, 1842-1879», *HAHR*, 70, 1. Duke, USA, 1990.

La escuela y la educación son los caminos para derrotar a la barbarie y al espíritu retrógrado de la Colonia. El grupo de intelectuales que hemos mencionado participa activamente y en distintos grados de esta cruzada. Los resultados no se hacen esperar: en 1831 en todo el país estudiaban apenas 5.700 alumnos, en 1855 en el sistema nacional de educación había ya cerca de 36.000 educandos y en 1885, alrededor de 95.000[5].

Los cruzados perciben a la educación como eje para integrar y construir la nación. Como el agente básico en la creación de una mentalidad moderna. Comparten también algunas posturas, por ejemplo aquella que percibe la inmigración europea como el mecanismo más edecuado para incentivar la industria y la civilización. Dentro de este esquema de pensamiento liberal la escuela y el libro desempeñan un rol clave. Se trata también de un esquema de pensamiento que proviene, paradójicamente, de la lectura de libros (europeos). **El libro está por ende en el origen y en el terminal de la empresa que se han propuesto**.

«Quien dice instrucción dice libros. Solo los pueblos salvajes se transmiten su historia y sus conocimientos, costumbres y preocupaciones por la palabra de los ancianos...¿De qué sirve enseñar a leer a nuestros niños si nos se les proporcionan facilidades para adquirir libros? ¿Las llaves de los conocimientos (que proporciona la escuela) son inútiles para quien no tiene a su alcance el libro que ha de abrir con ellas?». En estas palabras, publicadas en un periódico a mediados del decenio de Montt, subyace una valoración del libro como vehículo insustituible de pensamiento, de ideas, de conocimientos, como el instrumento único y por excelencia para educar no sólo a los niños, sino a los pueblos y a los países. Mientras en la época de la emancipación el foco estaba en la imprenta como «máquina de la felicidad», ahora se traslada al libro como «llave del conocimiento».

Esta valoración del libro como un bien socio–cultural en función de la civilización («libros útiles» o «morales» se decía en la época) va acompañada también por una valoración del libro como un fin en sí, como una instancia que confería identidad y existencia intelectual, y que permitía por ende que los autores (muchas veces faltos de pergaminos aristocráticos) inscribieran sus nombres en los cenáculos de la élite nacional.

Hay documentos que atestiguan el nerviosismo y la preocupación de Lastarria o Sarmiento cuando esperaban la publicación de sus primeros artículos de periódicos o libros. También del rol que desempeñan artículos o libros en la promoción de hechos políticos, económicos y sociales; e incluso para

5 Fernando Campos Harriet, *Desarrollo educacional 1810–1960*, Santiago, 1960.

conseguir un cargo en el Estado, como fue el caso, por ejemplo, de Antonio García Reyes. Para los intelectuales de 1840 el libro fue entonces no sólo un arma de combate, sino también un trofeo, un logro que confería el más alto de los rangos y que legitimaba el rol que cada uno ocupaba en la batalla de la civilización.

También tienen un rol en esta batalla quienes confeccionaban los periódicos y libros: los tipógrafos. Según el censo de 1845, ese año, había en el país 221 tipógrafos; en 1865 éstos llegaban a 380 y en 1875, a alrededor de 700[6]. Un artículo titulado «Aprendices de imprenta» (*La crónica*, 4-2-1849, Santiago) señala algunas de las características que debían cumplir quienes se dedicaban a este oficio:

«Apenas hay un arte, si es que hay alguno, que requiera mayor instrucción y capacidad de parte del obrero que el de la imprenta. El cajista debe saber no solo la ortografía de su idioma, sino la gramática, las locuciones y ser conocedor de la lengua, de la lógica, para descifrar el material manuscrito que cambia en páginas impresas. Su ignorancia la paga en dinero sonante, pues no se le abonan las horas de trabajo que invierte en corregir las pruebas. En la imprenta real de París, los alumnos para ser admitidos deben rendir examen de francés, griego y latín, y aprender el idioma oriental en que han de componer. En las imprentas comunes, el cajista debe entregar corregido su trabajo y descifrar él su manuscrito».

En el mismo periódico *La crónica* se da el aviso de que la Imprenta Belin busca seis jóvenes aprendices para iniciarlos en la profesión de tipógrafos y cajistas. Los requisitos son: «mediana instrucción en ortografía, escritura y gramática, conducta irreprensible, familia conocida y persona que abone al aspirante, una fianza de cien o ciento cincuenta pesos, como seguridad de la contrata». Se ofrece a cambio: enseñar el arte tipográfico en cuatro años a los menores; en tres a los púberes y en dos a los adolescentes, pagando al aprendiz «un cuarto, después una mitad de salario a medida que avance y en épocas convenidas». El oficio de tipógrafo no era por lo tanto un trabajo cualquiera, se le consideraba «profesión», y una profesión con «pedigree»: el periódico avisaba los puestos de la imprenta Belin como «la profesión de Benjamín Franklin, de Michelet, de Beranger, de Rivadeneyra».

Otro artículo informa que se ha «organizado en Santiago una asociación de obreros tipógrafos» con el objeto de que sus socios se ayuden mutuamente y «contribuyan a mejorar la condición de este gremio de artes». «Como se sabe –señala el periódico– el oficio de impresor es el que más se

6 Censos 1845, 1865 y 1875. Oficina de Estadísticas, Santiago, Chile.

toca con la inteligencia. **Su materia prima son las ideas, tal como en una fábrica de paño la lana**». Luego indica que se han propuesto instruirse e incluso organizar entre ellos la enseñanza del francés. (*El Monitor*, Santiago, 15–IV–1854)[7]. Es significativo que se diga que la materia prima de los tipógrafos son no el papel o los tipos metálicos sino «las ideas».

Hay numerosos documentos de la época que testifican que la visión que tenían los tipógrafos de sí mismos está teñida por una valoración del libro afín al esquema de pensamiento liberal. En las Memorias de las asociaciones de tipógrafos se habla constantemente del «arte de la tipografía» y se usa para los tipógrafos, sobre todo para los cajistas, epítetos rimbombantes como el de «gloriosos galardones del progreso y la publicidad». «El tipógrafo –decía Pedro Pablo Figueroa– es un agente poderoso de civilización universal, más todavía: en su azarosa existencia, es –nada menos que– el intérprete del genio universal»[8].

Los archivos de la Sociedad Tipográfica de Valparaíso (fundada en 1855) indican que esta sociedad constaba en 1880 con cerca de 100 socios: 59 cajistas, 12 prensistas, 14 encuadernadores, 2 rayadores, 3 litógrafos, 4 escritores políticos (entre ellos Benjamín Vicuña Mackenna) y un par de impresores[9]. Algunos tipógrafos, como Román Vial, llegaron a ser editores y redactores de los periódicos más importantes de la época. Cuando a comienzos de la década del 80, el ex Presidente de Argentina Bartolomé Mitre visitó Valparaíso, los antiguos tipógrafos que habían trabajado con él en *El Comercio* le hicieron llegar una carta recordando los tiempo en que Mitre dirigía ese diario (1850–52). El ex Presidente les respondió al día siguiente con una nota en que señalaba que luego de dejar su cargo de primer mandatario «me honré en volver a tomar (el puesto) de tipógrafo, con que ustedes me conocieron y con el cual me honro, imitando el ejemplo de Franklin, el padre y el Numen de los tipógrafos del Nuevo Mundo que manejan conscientemente los tipos de imprenta»[10].

Conocida es también la relación entre Vicuña Mackenna y los tipógrafos. Él mismo llevaba sus originales a las imprentas, a pesar de su letra endiablada («especie de escritura taquigráfica de pequeños puntos, rayas y curvas») y de los problemas que esto causaba a los tipógrafos, los mismos lo querían entrañablemente. Era su gremio favorito, y ellos –al parecer– le

7 Subrayado es nuestro.

8 *Miscelánea Biográfica Americana*, Santiago, 1888.

9 *Sociedad tipográfica de Valparaíso. Homenaje a los 80 años*. Valparaíso, 1935.

10 Roberto Hernández, *Los primeros pasos del Arte tipográfico en Chile y especialmente en Valparaíso*, Valparaíso, 1930.

devolvían ampliamente su predilección. «En algunas imprentas hubo cajistas destinados especialmente a componer originales de don B. Vicuña Mackenna; y estaban, al fin, tan habituados a sus jeroglíficos» que ya no cometían errores[11].

No cabe duda que esta afinidad y fluidez entre intelectuales y tipógrafos se sustenta en la visión del libro propia del esquema de pensamiento liberal, una visión que privilegia la dimensión educativa del libro (de cuño ilustrado) en desmedro de su dimensión económica y material; una visión que hermana a intelectuales y tipógrafos, a «cruzados» y «artífices», en la «más noble de las tareas»: en la «batalla de la civilización».

2. Bien social y bien económico

En Chile, en el período que estamos tratando, la contradicción entre el libro como bien social y como bien económico se hizo patente a través de una serie de tensiones, las que fueron percibidas y analizadas con extraordinaria lucidez por Domingo Faustino Sarmiento. Sarmiento, como señalábamos, fue uno de los ejes de la batalla por la civilización en el sentidó liberal. Se trata, sin embargo, de una personalidad liberal sui–géneris, que se diferencio del conjunto. En gran medida un intelectual autodidacto, cuyos modelos fueron más bien Benjamín Franklin y el mundo del practicismo anglosajón que el del jacobinismo o liberalismo francés. Comparado con Lastarria, por ejemplo, aun cuando ambos compartían una orientación liberal, Sarmiento fue menos ideológico y menos principista.

Su perspectiva pragmática –sumada al hecho de ser un extranjero en Chile– le llevó a colaborar en el campo de la educación con gobiernos de orientación conservadora como los de Bulnes y Montt. Cuestión ésta que para los liberales intransigentes resultaba, particularmente después de las revueltas de 1849, algo inaceptable, próximo a la traición. Frente a un espíritu liberal apegado a la lógica de las ideas abstractas, que se esforzaba por mantener la pureza doctrinaria[1], Sarmiento se inclinaba más bien por cursos de acción que

---

11 Roberto Hernández, op. cit.

1 Jose V. Lastarria en 1880 fustigaba la política «de la madre rusa», de esa madre que sorprendida en las estepas por una manada de lobos fue arrojando a sus pequeños, unos tras otro, tratando inútilmente de saciar a los lobos, hasta que cayó ella misma devorada. «Esa –decía Lastarria– es la política de los sacrificios inútiles...no debemos abandonar nunca la lógica y la integridad de las doctrinas. Las reformas a medias, incompletas, truncas, comprometen y desprestigian más de lo que sirven... Yo sé lo que significa aquello de que 'es necesario adaptarse a las circunstancias', y todas esas frases vacías, con que se esconde la cobardía de unos, el egoísmo de otros y la debilidad de todos». Véase Bernardo Subercaseaux, *Historia de las ideas y la cultura en Chile*, Tomo I, Universitaria, Santiago, Chile, 1997.

permitieran afectar la realidad, sin preocuparse de las alianzas que hubiese que establecer para ello. Fue sin duda esta personalidad intelectual menos sistémica y más prágmatica, la que lo llevó a prestar atención a la «cocinería» de las grandes ideas y al «patio interior» de la batalla por la civilización.

Una de las tensiones que Sarmiento vislumbró, ya en el decenio de Bulnes, fue aquella entre «libros útiles o morales» y «libros que se venden» o, si se quiere, entre «consideraciones morales» (o liberales) y «consideraciones prácticas» (o económicas) referidas a la producción y mercado de libros. En un artículo publicado en *La crónica*, Santiago, 16–XII–1849, Sarmiento se preguntaba «¿Cuáles son los libros que más circulan entre nosotros?» a lo que respondía en los siguientes términos:

«Se dividen, decía, en varias clases: 1.–los tratados elementales de educación, y debemos decirlo en honor del país, en ninguna de las colonias españolas, son más numerosos que aquí ni abrazan mayor número de ramos, si bien el progreso mismo hace notar varios vacíos deplorables; 2.–las novelas que se colectan de los folletines...de las cuales circulan ya en el país millones de ejemplares y... 3.–las obras serias que se imprimen bajo la protección del gobierno, y que pocos leen; y uno que otro libro original, que viene ya por serlo, desfavorecido en los ánimos»[2].

Posteriormente agregaba una cuarta clase de libros: «los que trae el comercio europeo». Señalaba, sin embargo, que estas obras llegan en pocos ejemplares, casi siempre en idioma extranjero y por ende son patrimonio sólo de unas pocas personas. Entre los libros que trae el comercio europeo se refiere también a los libros traducidos al castellano, de los cuales dice que «adolecen de los mismos defectos que los nuestros, porque el librero de París o de Barcelona, consulta en la impresión la seguridad de vender sus productos, por lo que allá como aquí huyen las imprentas de dar a luz obra seria ninguna. Treinta ediciones se han hecho en español de los *Misterios de París*[3], y no sabemos que se haya hecho una sola de la *De democracia* de Tocqueville, o de la *Historia de la civilización* de Guizot».

«¿Cuáles son –se preguntaba Sarmiento– los libros que forman el caudal de los conocimientos, los que difunden las ideas y nivelan... el sentir de una gran mayoría?» ¿Cuáles son los libros útiles o morales que se difunden en Chile? Su respuesta es más bien negativa: no hay tales libros o si los hay son sólo el patrimonio de unas pocas personas. Los libros que circulan en el

[2] La cantidad de «millones de ejemplares» atribuida a las novelas–folletines es completamente exagerada, aun si se considera aquellas que circulaban segmentadas en periódicos.

[3] Novela–folletín de Eugenio Sue (1804–57), publicada en París 1842–43.

país son fundamentalmente las novelas–folletines, sean estas impresas en Chile o importadas, son los únicos libros que circulan y se venden, aun cuando no son ni «útiles» ni «morales» en un sentido liberal.

Sarmiento, sin embargo, se da perfectamente cuenta de los mecanismos que operan en esta carencia de «libros útiles», y de la contradicción entre el libro como objeto de comercio y el libro como necesidad social. En América «no se imprimen –escribía en 1854– sino novelas», y en París y en España no se imprimen para nosotros sino «novelas y devocionarios...»; a pesar de lo grande que es la América del Sur «estamos a merced de los cálculos comerciales de éste o aquél librero de París, Madrid, Nueva York o Bruselas, no de los que más nos convendría, sino de lo que más salida tiene»[4].

«Un libro –dice– es un producto fabril y la perfección de la obra y la calidad de los materiales empleados, dependerá del estado general de la industria en el país que lo produce y del número de consumidores que el artículo encuentre». Sarmiento tiene claro que la demanda determina la apariencia y la calidad de los libros. Como prueba de esta sencilla verdad económica cita el caso de los devocionarios o de los libros de oír misa:

«Como éstos –dice– se imprimen en París donde el arte del encuadernador y del impresor están muy adelantados, y la fabricación del papel y la preparación de las pieles ha llegado a su apogeo; y como por otra parte las mujeres que oyen misa en América constituyen un vastísimo mercado para esta clase de libros, las más triviales nociones de economía indicarán que el devocionario ha de estar bien impreso, en buen papel y encuadernado con elegancia y lujo»[5].

«Un libro escrito en Chile, por ejemplo, tiene –dice Sarmiento– por lectores (potenciales), con pocas excepciones, sólo a los habitantes del país; y aunque estos sean dos millones[6] los libreros saben que una edición no encuentra colocación entre nosotros (salvo los libros de educación) por más de 500 ejemplares»; ahora bien, «dado lo subido de la mano de obra, la imperfección del arte de imprimir y la necesidad de importar los materiales, las imprentas editoras no podrán en muchos años producir libros baratos, en buen papel, con encuadernación adecuada y con láminas», tal como lo requieren los libros de texto y la necesidad de atraer al lector. El reducido tamaño del

---

4 «Libros para bibliotecas populares», prólogo a la traducción que realizó Sarmiento del libro de Figuier *Exposición e historia de los descubrimientos modernos*, Santiago, 1854.

5 «Bibliotecas populares», 1866; incluido en *Obras Completas*, Tomo XXX, Buenos Aires, 1913.

6 «Instrucciones sobre educación» escrito probablemente en 1869, publicado en folleto en 1874; *Obras completas*, Tomo XXX, Buenos Aires, 1913.

mercado es entonces un factor determinante en la no circulación de libros «útiles»; y no sólo eso: al reducido tamaño del mercado se debe también la mala calidad y el alto costo de los libros que se publican.

La comprensión del funcionamiento económico del objeto libro, distancia a Sarmiento de cualquier consideración voluntarista respecto a la difusión de libros «útiles». Recordando las más de cuarenta Bibliotecas Populares cuya creación promovió en 1845 –con el apoyo del Ministro Montt– constata, veinte años después, el fracaso de las mismas. «Nadie leyó los libros –dice– las Bibliotecas se han desparpajado...y el Gobierno las ha reducido a once, poniéndolas al cuidado no ya de los maestros de las Escuelas, sino de los Rectores de Liceos Provinciales». ¿Pero, por qué fracasaron estas Bibliotecas Populares? «los libros aquellos –recuerda– eran escogidos, serios, morales, generalmente bien escritos, útiles...con todas estas recomendaciones (y mucho nos tememos que a causa de ellas) nadie se tomó la molestia de leerlos, y se perdieron».

«Se pueden suministrar al pueblo libros morales, religiosos, modelos de pureza de lenguaje», «útiles» y buenos, sin embargo, a ese «pueblo no puede llevarse(le)» por la fuerza y «maniatado a la biblioteca, a leer lo que nada le mueve a leer. ¿Es moral el libro, es serio, es útil? Razón de más para no leerlo. El pueblo, es decir, el que no tiene el hábito de leer, comienza a leer uno de esos libros tan recomendados y principia por bostezar y acaba por dormirse[7]».

Todo indica que en 1845, cuando se crearon estas Bibliotecas Populares, Sarmiento era partidario de incluir en ellas tanto diarios como novelas–folletines. Entre 1842 y 1845 publicó varios artículos en defensa de este género, burlándose de la *Revista Católica* que calificaba a los folletines de «inmorales», y presionaba al gobierno para que tomara cartas en el asunto. Las columnas del diario *El progreso*, que fundó en 1844, incluían un folletín diario. En «Nuestro pecado de los folletines» (*El Progreso*, 30–VIII–1845), Sarmiendo señala que *El Mercurio*, que empezó a intercalar folletines tímidamente en 1841, publicó después *Los Misterios de Londres*, y también, separados, como libros, *Los Misterios de París* y *El Judío Errante*. Otro periódico, *La Gaceta del Comercio* difundió, a modo de folletín, *Causa célebre seguida en España en averiguación de los milagros que se atribuían a Sor Patrocinio, monja.* El diario *El Tiempo* publicó un folletín inglés de Bulwer; incluso los periódicos de provincia terminaron por incorporar folletines, por ejemplo *El Alfa*, de Talca que publicó *La Maraña* de Balzac. En definitiva, pese a la *Revista Católica* y a los espíritus ultramontanos, Sarmiento constata, con ironía, que «el vicio

7 «Bibliotecas Populares» 1866, op. cit.

cundió» y que hacia 1845 la novela–folletín se había ya impuesto en los periódicos del país.

Ahora bien, la defensa que Sarmiento hace del folletín, la lleva a cabo precisamente desde el punto de vista de «la batalla de la civilización». Se trata para él de un género que excita la curiosidad e induce a leer:

«Aprender a leer –dice– es obra larga y penosa. Por no mascar las palabras, por ahorrarse la mortificación que cuesta seguir el sentido... millares no leen. Sólo la novela–folletín ayuda a vencer esta dificultad y la vence... La novela y los diarios han cumplido esa función...Soulié, Dumas, Balzac, han estado enseñando a leer a la América del Sur, que para leer sus novelas–folletines se ha convertido en una vasta escuela. Dios se los tenga en cuenta, mal que les pese a los moralistas, que no saben qué 'pero' ponerles aun a las buenas novelas. **Las novelas corrompen las costumbres; exaltan las pasiones**... y la demás retahíla que todo el mundo sabe de memoria, a fuerza de oirla en el púlpito y aun en la sociedad laica... Yo –en cambio– absuelvo de toda culpa (a las novelas) hasta a las malas pues ellas nos han enseñado a leer y han sido, en consecuencia útiles y serviciales al cultivo de la inteligencia»[8].

En Sarmiento priman las consideraciones prácticas sobre las ideológicas o morales. En otro de sus escritos –y a pesar de haber sido un espíritu laico y «comecuras»– señala que hasta los propios devocionarios y libros de misa son útiles en la medida que enseñan a leer o mantienen el hábito de la lectura. El pensador argentino reconoce el carácter dual del libro, y las tensiones entre el libro como bien económico y como bien social, o entre el libro–entretención y el libro de carácter formativo («útil o moral»).

Por el tono de sus escritos no cabe duda que Sarmiento pensaba a contracorriente, incluso en relación al pensamiento laico y liberal de esos años. En efecto, el núcleo más jacobino del pensamiento liberal, por su rigidez ideológica, tuvo dificultades para situarse en el ángulo de las tensiones que hemos recorrido. Sarmiento en cambio percibió los mecanismos que regían al libro en toda su complejidad, o a través de un pensamiento de proyección práctica, pero sin perder por ello de vista el ideal –compartido con los demás– de la batalla por la civilización.

Otro aspecto vinculado al libro, que en más de una ocasión Sarmiento examinó, es la relación entre el Estado y el sector privado, o si se quiere, entre la subvención estatal y el mercado. Durante el decenio de Bulnes, el pensador argentino elaboró una propuesta de financiamiento para costear la instrucción primaria en Chile y expandirla. Proponía que los municipios se hicieran

[8] «Bibliotecas Populares», 1866, op. cit.

cargos de las escuelas y que los padres o ciudadanos pudientes de cada municipio pagaran –de acuerdo con sus rentas– un impuesto destinado al funcionamiento de las mismas. Uno de los aspectos centrales del proyecto era terminar con una situación que Sarmiento consideraba abusiva: el hecho de que la educación de los hijos de padres con recursos fuese financiada con rentas del erario nacional, con rentas que en la práctica provenían de impuestos pagados por todos. Se trataba de cambiar este sistema para disponer de mayores fondos y garantizar así la educación de aquellos que sin el auxilio del Estado no podían obtenerla[9].

El proyecto de Sarmiento fue, sin embargo, rechazado por un Congreso con fuerte presencia liberal, por padres que –de haberse aprobado la ley– habrían tenido que pagar por la educación que hasta entonces sus hijos recibían gratis. Cuando algunos años más tarde el educador reflexionó sobre el tema, se refirió a cierta «caridad estatal» mal entendida, que aun cuando pudiera tener buenas intenciones resultaba a la postre contraproducente. En esta perspectiva, citó como ejemplo el caso de los libros de educación:

«Por decreto de Diciembre de 1853 –recordaba– el Estado (Chileno) deseoso de impulsar la difusión de la enseñanza, se encargó de la venta de los libros que servían de textos, poniéndolos él en los lugares donde su consumo era requerido a precios de fábrica, sin utilidad de comercio, y sin reembolso de fletes, ni comisión que debían imputarse al capital. Los pobres debían recibirlos gratis, mediante un boleto, y los pudientes obtenerlos a precios ínfimos»[10].

Sarmiento aplaude el exceso de celo y la preocupación del Estado por la educación, pero también constata que los resultados de la medida tuvieron consecuencias negativas que no se hicieron esperar:

«Como los libros que así vendía (el Estado) a precios de fábrica, quedaban por el hecho declarados de utilidad pública, la imprenta que los producía –que había sido montada con grandes capitales, máquinas y material adecuado, precisamente para hacer bajar los libros a esos precios ínfimos en que los compraba el Estado– se quedó sin compradores de sus productos, sustraídos ya a la especulación del comercio, y desde entonces hubo **una fábrica** en Chile y un **comprador único**, y comprador privilegiado que no necesita productos

9 En 1856, cuando Sarmiento reflexionaba sobre este tema, recibían educación en el país sólo alrededor de 37.000 niños de 7 a 15 años, de un total de 179.000. *Educación Común*, Santiago, 1856, en *Obras Completas*, Tomo XII, Buenos Aires, 1913.

10 «Sistema que convenga adoptar para procurarse rentas con que costear la instrucción primaria», *Educación Común*, 1856, op. cit.

sino cada dos años, ni tenía la obligación de tomarlos de quién le suministró los primeros. Hubo, pues, una (imprenta) arruinada y una necesidad mal servida»[11].

Sarmiento señala luego que la medida protectora del Estado consiguió en pocos años llevar a la quiebra a la imprenta (se trataba de la imprenta Belin). Dice que quien la había formado había provisto de libros indispensables a la educación primaria, y había hecho venir de Francia a un tipógrafo–librero «a fin de montar la industria y abaratar los libros, persuadido de que el medio de difundir la instrucción era hacerla barata en sus costos». «Aun no había logrado reponerse de los quebrantos causados» por las refriegas de 1851 «cuando la mano protectora del Estado vino a hacerse sentir sobre sus débiles hombros», consiguiendo con sus medidas que la más importante imprenta del país se paralizara casi por completo.

Para Sarmiento la protección Estatal, cuando coarta el aporte de los particulares y del sector privado, es «un sistema deplorable,... un error económico que mata todo cuanto toca, y mata precisamente al objeto de su predilección». Lo compara con la madre «que por preservar la salud de su hijo lo mantiene a la sombra, lo envuelve en ropas abrigadas, y le impide los juegos que vigorizarían sus fuerzas, darían energía a sus pulmones y curtirían su cutis»[12].

Sarmiento, sin embargo, no fue apriori ni Estatista ni anti–estatista, más bien, con respecto al libro, analizaba cada situación en su contexto y en su mérito específico. Lo que sí lo diferencia de otros intelectuales liberales –y que es una constante en su pensamiento– es la atención que le presta a la dimensión económica de los fenómenos que examina. Desde esta perspectiva tuvo claro que el éxito o el fracaso de una imprenta o del comercio del libros eran factores que podían dinamizar o retardar la producción y el mercado de los mismos.

En los casi quince años que permaneció en Chile, Sarmiento no se limitó sólo a diagnosticar los problemas de la educación y el libro. También avanzó una serie de propuestas concretas para el desarrollo del sector. Ya en 1844 planteó varias medidas: por ejemplo, con respecto a los libros provenientes de Europa reparó que la mayoría venían empastados y no en rústica, lo que encarecía el precio. En Europa –decía– la impresión y la encuadernación son dos procesos distintos, y por ende los comerciantes que despachan libros a Chile tienen que

[11] *Educación Común*, op. cit.

[12] «Sistema que convenga adoptar para procurarse rentas con que costear la instrucción primaria», *Educación Común*, 1856, op. cit.

primeramente comprarlos en las imprentas y luego llevarlos a las «encuadernadoras o librerías propiamente dichas», donde son empastados para la exportación.

Mientras allá los lectores sólo empastaban los libros después de haberlos leídos, y si su situación económica se lo permitía, en Chile, en cambio, llegaban casi al doble de su valor y sin la posibilidad de adquirirlos en rústica.

Frente a esta situación propuso subir los derechos de importación a los libros empastados, como un mecanismo para fomentar la encuadernación y estimular la importación de obras en rústica[13]. Propuso también una protección por algunos años a la industria de la imprenta, pues se trata –decía– de una maquinaria relativamente sencilla de manejar y por ende fácil de aclimatar, aun en un país que carece de espíritu industrial, como Chile. Argumentaba que en la medida que ingresaran máquinas de imprentas al país, bajarían los costos y aumentaría la producción. Mientras los libros importados apenas llegan a una docena por título, «una edición chilena –decía– pone en circulación por lo menos a 600 ejemplares» de cada obra. En esta perspectiva propuso una serie de medidas destinadas a proteger la producción nacional:

«–Las obras originales de autores chilenos o extranjeros impresas en el país, no podrán ser importadas del exterior.

–Las traducciones hechas en el país y publicadas en Chile, serán protegidas, cargando derechos de internación sobre las extranjeras, como artículos de lujo.

–Las reimpresiones de autores españoles hechas por nuestras prensas serán protegidas por un derecho moderado impuesto a las extranjeras.

–La edición que una imprenta haga de obras que no reconocen autor privilegiado, no podrá ser repetida por otra imprenta en un plazo de 5 años... sin constituir un monopolio en favor de una imprenta y sólo con el objeto de darle tiempo de despachar sus ediciones, pues nuestro mercado de libros es limitado y circunscrito»[14].

Hasta donde tenemos conocimiento la legislación propuesta por Sarmiento no prosperó. Resulta revelador, en todo caso, su temprano afán por el desarrollo de una industria del libro en Chile. Doce años más tarde, en 1856, el autor de *Facundo* constató que por falta de apoyo –o porque se les dio protección en un sentido equivocado– casi «todas las tentativas de fundar imprentas en Chile habían sido abortivas», habiendo fracasado en Valparaíso y Santiago más de diez en los últimos años. «La que se fundó hace poco en

---

13 «Legislación sobre imprenta como industria», *El progreso*, Santiago, 16, 19, 20 noviembre 1844.
14 «Legislación sobre imprenta como industria», op. cit.

Santiago para fabricar libros, no ha podido» –decía– «dar un paso», como consecuencia de las medidas que el gobierno tomó respecto a los textos de instrucción primaria[15].

Sarmiento también pensaba que el Estado debía colaborar para ampliar el mercado del libro. Conocía muy bien la experiencia de la Biblioteca de Autores Españoles. Se trataba de una colección destinada al mercado hispanoamericano, iniciada en España por Manuel Rivadeneyra (editor, tipógrafo y librero español que había vivido en Chile). En 1849 –cuando para la mayoría de los liberales «desespañolizarse» equivalía a «progresar»– Sarmiento escribió un artículo alabando la empresa de Rivadeneyra «por tratarse de un don precioso para los americanos, que... necesitaban tener a la mano una colección de autores españoles para consultarlos como antecedentes necesarios de su idioma, y como correctivo indispensable de los vicios de lenguaje»[16].

En 1866 volvió a referirse a la colección del editor español, para ejemplificar los problemas del mercado del libro hispanoparlante:

«Presentaremos ahora –decía– un testimonio irrecusable y al caso, cual es el del editor español de la colección de todos los clásicos de lengua castellana, comprendidos ya en 56 volúmenes. Aquellas obras son los modelos del buen decir de nuestra lengua; y en 20 años y más ha que se está publicando tan preciosa y útil colección, tiempo sobrado había para que el empresario hubiese recogido el fruto de su laboriosa tarea. 3.000 ejemplares de un libro, al decir de los libreros editores norteamericanos, bastarían para hacer remunerativa una publicación; y en cuarenta millones de hombres que hablan la lengua castellana en ambos mundos (España 20 millones y América otros 20) es fácil persuadirse que 3.000 ejemplares... hallarían pronta colocación... sin embargo... no obstante la baratura y excelente edición; no obstante los ejemplares que demandan las Bibliotecas extranjeras en veinte años, la empresa no ha pagado el trabajo empleado, ni aun el capital» y ha «conseguido llevar a la ruina al único hombre capaz de idearla y llevarla a cabo»[17].

Teniendo en cuenta el fracaso comercial de la empresa de Rivadeneyra y el reducido tamaño del mercado del libro en castellano, Sarmiento propuso en dos oportunidades la realización de una Biblioteca Americana. En una ocasión como empresa nacional y en otra a nivel de Hispanoamérica. En 1849, planteó la creación en Chile de una colección compuesta por «los mejores libros europeos de historia, geografía, viajes, artes caseras, agricultura, política,

---

15 *Educación Común*, op. cit.

16 «Biblioteca de autores españoles, publicada por D. M. Rivadeneira», *Crónica*, Santiago, 25–III–1849.

17 «Bibliotecas populares», 1866–67, *Obras Completas*, tomo XXX, Bs. Aires, 1913.

literatura etc». La idea era imprimir un título por mes, a razón de dos mil ejemplares. La empresa la llevaría a cabo una sociedad formada por suscriptores, quienes pagarían una cuota anual para costear las ediciones. Se trataba de popularizar los clásicos, además de «libros útiles, nociones exactas y conocimientos variados». Sarmiento calculaba que los 2.000 ejemplares de cada título tendrían 20.000 lectores, «y 20.000 lectores en Chile son –decía– una palanca de progreso superior a la resistencia de la inercia». Esperaba, por ende, que la empresa contara con la colaboración del Gobierno, de las Muncipalidades y de la Sociedad de Agricultura.

Desde Argentina, volvió a intentar la misma idea pero a nivel continental. «Una sola República Americana –escribía en 1866– no es capaz de consumir la edición de un libro útil en el número de ejemplares que se requiere para hacerlo a precio cómodo. De aquí viene la necesidad de asociar el pensamiento e interés de toda la América para la edición de libros útiles, legibles y necesarios»[18]. Se trataba de lograr, con el aporte de los gobiernos, una cuota de 5.000 suscriptores en las catorce Repúblicas, y asegurar así un mercado para una Biblioteca Americana de 5.000 ejemplares por título. La idea era llevar a cabo una empresa mixta, con participación de los distintos gobiernos, del sector privado y de las Sociedades de Unión Americana, formadas en 1866 a raíz de la guerra con España. Ninguna de las dos propuestas, ni la nacional ni la internacional, tuvo acogida y quedaron, por ende, sólo en el papel.

Vale la pena recapitular y de paso justificar el recorrido que hemos hecho. Sarmiento, como ningún otro pensador del período 1840–80, percibió el carácter dual del libro y las complejas relaciones entre su valor de uso y su valor de cambio; entre su dimensión sociocultural (como vehículo de conocimiento, de ideas y educación,) y su dimensión económica (como objeto que se fabrica, se vende, se exporta, se importa y se consume). Las ideas y preocupaciones que compartió Sarmiento sobre estos temas aportan valiosos datos relativos a la producción, circulación y lectura de libros en la época. Sus enfoques, a más de 150 años, resultan, además, extraordinariamente modernos, precursores de preocupaciones y «discursos» que perduran hasta el día de hoy. Por último, su pensamiento, a contracorriente de los liberales de la década, revela, por refracción, un aspecto no poco importante de la cultura liberal chilena: el desfase entre lo político–ideológico y lo económico; la incapacidad para vincular las concepciones abstractas propias del proyecto liberal con los mecanismos reales de la vida económica y social de entonces[19].

18 «Bibliotecas populares» , 1866, op. cit.

19 Véase al respecto Bernardo Subercaseaux, *Cultura y Sociedad Liberal en el Siglo XIX*, Santiago, 1982.

3. Bases de la industria impresora

Entre 1840 y 1880 se crean las bases para la industria impresora. Por «industria impresora» nos estamos refiriendo al ciclo completo, que abarca aspectos de impresión o producción, circulación, comercio y lectura. La cultura liberal de matriz ilustrada, a pesar de su idealismo –y en parte también debido a él– fue en gran medida la fuerza motriz de este proceso. La instancia que dinamizó la lucha de ideas, el diarismo, el interés por la novela, la educación y el mercado para periódicos y libros. A la elite liberal se debe también la apropiación constante de corrientes estéticas e ideas europeas, y la perspectivización –en el imaginario colectivo– de un mundo moderno y laico como aspiración creciente para la vida nacional. No es casual que los primeros cambios más o menos significativos de la industria impresora coincidan, entonces, con el despertar intelectual y político a que nos referíamos al comienzo de este capítulo.

Nos interesa demostrar la afirmación inicial, aquello de que entre 1840 y 1880 se establecieron las bases de la industria impresora en Chile. Resulta necesario –en esta perspectiva– revisar un conjunto de datos y antecedentes sobre la producción (insumo, parque impresor, editores, tipógrafos); el producto (libros, diarios); la circulación (importación, comercio y mercado,) y la lectura (educación y bibliotecas).

a) Infraestructura y condiciones de producción:

La estadística comercial muestra un aumento constante en la importación de insumos para imprenta (papel y tintas); de prensas litográficas e impresoras y de tipos de metal[1]. Comparando las décadas de 1840 y 1870 se constata una mayor importación de papel de casi un 2000% (cuadro 2). Este incremento se corresponde con datos de importación de tintas y de máquinas de imprimir. También con el aumento en la cantidad de periódicos, los que en la década del ochenta alcanzan un promedio de 150 por año.

---

1 **Las estadísticas del siglo XIX, sobre, todo entre 1840 y 1880, deben ser tomadas, en términos de exactitud, con cautela. La importación de papel, tinta y tipos, por ejemplo, se consignaba indistintamente en libras, cajones, resmas, kilos, bultos y cajas.**

Cuadro 2: **Importación de papel**

Década	Resmas	Bultos y cajones (sin especificar peso)
1840–50	23.306	370
1850–60	50.714	
1860–70	77.225	1.629
1870–80	1.274.641	

Fuente: Estadística Comercial Anual. Oficina Nacional de Estadística.

La totalidad del papel para imprimir que se usaba en el país era importado. De allí la preocupación constante por fabricarlo. En 1844 Juan Pulle y Cía. instaló una fábrica pero sólo llegó a producir pequeñas cantidades de papel para envolver. A comienzos de la década del setenta, Recaredo S. Tornero –de la familia de imprenteros y editores españoles– instaló una fábrica de papel en Limache. Trajo maquinaria y calderas de Francia y técnicos y empleados de Bélgica. La empresa –llamada Fábrica Nacional de Papel– utilizaría como materia prima paja, trapos y carbón, más algunos productos químicos, para los que Tornero solicitaba al gobierno derecho a importarlos sin gravamen, tal como se importaba el papel[2].

La fábrica –con un proyecto que revela la distribución de la demanda– se proponía producir 400 toneladas anuales de papel para periódico, 80 toneladas de papel oficio, 60 de papel satinado, 30 de papel carta y 30 de papel para envolver. En 1872–73 las Memorias del Directorio de la Fábrica, dan cuenta de lo avanzado de las instalaciones, de la presencia de técnicos y empleados belgas. Una y otra vez se insiste, sin embargo, en solicitar nuevos aportes de fondos debido a que faltan calderas, a que algunas máquinas no han llegado y a otras no se las ha podido hacer funcionar. En definitiva el proyecto fracasó y la fábrica posteriormente fue vendida.

«La industria del papel, que desde hace tiempo lucha por echar raíces en nuestro país, debería ser –escribía Roman Espech en 1883– uno de nuestros mayores triunfos industriales. Para un país como el nuestro, que importa anualmente 2.300.000 kilos (de papel) teniendo todas las materias primas en

2 *Fábrica Nacional de Papel. Memoria del Directorio*, Valparaíso, agosto 1872 y julio 1873.

abundancia, habría suficiente trabajo para varias fábricas de primer orden»[3]. En 1889, la Sociedad de Fomento Fabril señalaba lo siguiente: «sabido es que la fabricación de papel no ha podido desarrollarse entre nosotros por muy distintas causas, entre las cuales puede colocarse (como fundamental) el escaso campo que le deja la competencia extranjera»[4].

En la década de 1840 ya funcionaban alrededor de nueve imprentas en Valparaíso y otras tantas en Santiago[5], la mayoría de ellas dedicadas a impresos periódicos. Según el censo industrial, en 1867, había en todo el país treinta y ocho imprentas; en 1871, cuarenta y nueve; y, en 1875, sesenta y seis, y alrededor de ochenta en 1880[6].

Cuadro 3: **Importación de maquinaria**

Década	Máquinas de Imprenta	Prensas Litográficas	Bultos con máquinas (sin especificar unidades)
1840–50	23	3	69
1850–60	13	4	
1860–70	22	15	13
1870–80	63	8	
Total	**121**	**30**	**82**

Fuente: Estadística comercial anual. Oficina Nacional de Estadística.

Durante 1840–80 se importaron por lo menos 121 máquinas para imprimir y 30 prensas litográficas. ¿Cómo se explica la diferencia entre las 121 imprentas importadas y las 80 imprentas existentes en el país en 1880? Seguramente algunos establecimientos tenían más de una máquina impresora; además, entre 1850 y 1880 hubo imprentas que quebraron, viéndose obligadas a paralizar sus actividades. En Valparaíso, por ejemplo, en 1849 funcionan

[3] Roman Espech, *La industria fabril en Chile*, Santiago, 1883. Informe para el Ministerio de Hacienda realizado en base a datos de 1881.

[4] Sofofa, Boletín Nº 7, Santiago, 1889.

[5] Según el *Almanaque popular de la República de Chile*, Valparaíso, 1845, en el puerto funcionaban las imprentas Independencia, Opinión, Araucano, Progreso, Siglo, Tribunales, Chilena y Oposición; a las que habría que agregar la de *El Mercurio*.

[6] *Dirección General de estadística. Chile: Censo industrial y comercial*, año 1937

9 imprentas, mientras que en 1875 funcionaban sólo cinco[7]. El número de imprentas aumentó, no en Santiago y Valparaíso, sino a lo largo del país. En 1845 había imprentas en sólo seis provincias (Santiago, Valparaíso, Concepción, Talca, Coquimbo, Atacama), mientras que en 1875 las había en quince (Valdivia, Arauco, Biobío, Ñuble, Maule, Linares, Curicó, Colchagua, Aconcagua, además de las anteriores)[8].

No tenemos datos fidedignos de los rasgos técnicos de todas estas máquinas. Sabemos sí que entre ellas había un par de imprentas de cilindros, del tipo perfeccionado por el alemán Friedrich Koenig en las primeras décadas del siglo. Sabemos que ya en 1848, se instaló en Santiago una imprenta activada por medios mecánicos, con características modernas para la época. Se trata de la Imprenta Belin. El señor Julio Belin «ha importado –decía Sarmiento– máquinas que, facilitando el tirado de las prensas, bajan el costo de la producción, y pueden dar trabajo a cien cajistas continuamente empleados»[9].

Un artículo publicado en *La Tribuna*, Santiago, 18 de septiembre, 1850, decía lo siguiente:

«Los diarios *El Araucano* y *La Tribuna* hace más de un mes que se imprimen en una prensa mecánica en término de un cuarto de hora para la edición de cada número, que es considerable. Esta máquina –de la imprenta Belin– hace por sí sola todo lo que es necesario para extender la tinta y colocarla sobre las formas; recibe el papel blanco por un extremo y lo da impreso por ambos lados en el extremo opuesto... El libro *Argirópolis* (164 páginas y dos mil ejemplares) que no mucho ha salido de la imprenta, fue compuesto e impreso en la mecánica en el término de ocho días».

En 1859, Guillermo Helfmann, que había llegado de Alemania al comienzo de la década, instaló una casa comercial dedicada a la importación de máquinas impresoras y materiales de tipografía. También una imprenta especializada en encuadernación, en litografías y en la fabricación de platos de cartón. En 1872, en un periódico inglés de su propiedad –*The Chilean Times*–,

---

7 En 1856 Sarmiento decía «todas las tentativas de fundar imprentas en Chile han sido abortivas, habiendo en Valparaíso y Santiago arruinándose más de diez en estos últimos años». *Educación Común*, Santiago, 1856. En 1876 la Librería de *El Mercurio* de Valparaíso, de la familia Tornero, ofrecía textos de estudio que había hecho imprimir en Europa «bajo condiciones por demás favorables... lo que le permitía ofrecerlos a los comerciantes y directores de Colegio a precios excepcionales». ¿Por qué se imprimía en Europa, habiendo una capacidad instalada en Chile? Probablemente el precio del papel y la tinta importados y algún adelanto técnico de la industria impresora europea –que abarataba los costos– contribuye a explicar este tipo de operaciones.

8 Datos obtenidos de la distribución de tipógrafos en Censos Nacionales de 1845 y 1875.

9 D. F. Sarmiento «Biblioteca Americana: su necesidad en Chile», *Crónica*, Santiago, 16–XII–1849.

Helfmann introdujó el sistema de heliograbado (antecedente de la fotomecánica), para reproducir dibujos e ilustraciones. Federico Shrebler, imprentero alemán, que se estableció como tal en 1862, diez años más tarde, buscaba socios y fondos para instalar «un establecimiento tipográfico en grande, con 6 máquinas para imprimir, prensas para litografías y máquinas para encuadernar», se proponía incluso traer personal especializado de Alemania[10].

Paralelamente al incremento en el número de imprentas, aumentó también el número de trabajadores especializados en el rubro, sobre todo en Santiago y Valparaíso.

Cuadro 4: **Tipógrafos y litógrafos**

Año	Tipógrafos Chilenos	Extranjeros	Litógrafos Chilenos	Extranjeros
1845	194	16	6	5
1865	364	16		
1875	639	11	39	14

Fuente: Censos 1845; 1865 y 1875.

Según el censo industrial de 1875 en todo el país funcionaban 66 imprentas, de las cuales entre 5 y 7 operaban en Valparaíso. Sin embargo, según el censo de profesiones de ese mismo año, en Valparaíso trabajaban 210 tipógrafos y 18 litógrafos, es decir casi el 33 % del total de los tipógrafos del país. Este dato, indica que ese año, las imprentas de Valparaíso tenían entre 30 y 35 trabajadores por establecimiento. Algunas correspondían, entonces, ya no a simples talleres, sino a imprentas capaces de una producción mayor.

Podemos afirmar, por lo tanto, que en el período que estamos examinando se estableció en Chile un parque impresor con algunas imprentas relativamente modernas, con una capacidad instalada que estaba por encima de la demanda, y con un personal que se fue especializando y adquirió experiencia en el rubro. En cuanto a insumos, a pesar de que no se producía papel en el país, éste se importaba libre de gravámenes. Hacia 1880, había imprentas a lo largo de todo Chile, ubicándose los establecimientos más importantes en Santiago y Valparaíso. En cuanto a la propiedad de estas imprentas un

10 Federico Shrebler, *Proyecto para plantear un Establecimiento Tipográfico en grande Escala*, (folleto), Santiago, 1873.

porcentaje significativo estuvo en manos de extranjeros, otro porcentaje –fundamentalmente las que imprimían periódicos– en manos de políticos liberales, radicales, nacionales o conservadores y también de la Iglesia o de congregaciones.

Un factor importante en este cuadro fue la participación de imprenteros y editores extranjeros. Ya hemos mencionado a dos imprenteros alemanes, que introdujeron adelantos técnicos, formaron personal especializado y establecieron contactos con la industria impresora europea. También al imprentero francés Julio Belin, que se instaló en Chile en la década del cuarenta y que fue impresor de varios periódicos. Tal vez el aporte más significativo fue, sin embargo, el de algunos imprenteros españoles, quienes además de ser imprenteros fueron los primeros editores –si así pudiera llamárseles– que hubo en el país. Se trata de Manuel Rivadeneyra, Santos Tornero y Rafael Jover.

Manuel Rivadeneyra (1805–72), «famoso tipógrafo español», originario de Cataluña, llegó a Chile en 1839, y en 1840 se hizo cargo de la imprenta La opinión, de Santiago. Editó el diario del mismo nombre y también *El araucano*, periódico de gobierno. A comienzos de 1841 adquirió la imprenta y el diario *El Mercurio* de Valparaíso. En junio de ese mismo año anunciaba el propósito de publicar libros, con el objeto de «dar a conocer las obras fundamentales que en materia de conocimientos científicos, artísticos y literarios necesitaba el país». «Esperamos que los buenos ciudadanos –escribía Rivadeneyra– contribuyan con sus esfuerzos a la feliz realización de nuestras miras, justificando nuestro concepto de que ya es llegado el momento de dar en el país un grande y nuevo impulso a la prensa, saliendo del limitado y efímero círculo del folleto o el periódico»[11].

Sin desanimarse por las dificultades que encontró, Rivadeneyra escribía poco después: «provista esta imprenta de abundantes y selectos medios se propone rivalizar con las impresiones europeas y dar esta muestra de los progresos que el arte de la tipografía hace en nuestro país, y es así como los hombres que se sienten interesados en el progreso de Chile contribuyen por parte a realizar una de las primeras publicaciones que de alguna extensión se han dado a luz[12]. Convencido de que los libros en castellano necesitaban un mercado más amplio, Rivadeneyra traspasó en 1842 sus derechos de

---

11 Citado por Roberto Hernández C., *Los primeros pasos del arte tipográfico en Chile y especialmente en Valparaíso*, Valparaíso, 1930; el destacado es nuestro. Manuel Rivadeneyra antes de llegar a Chile había dirigido el diario *El Vapor*.

12 Roberto Hernández C., op. cit.

El Mercurio a Santos Tornero y regresó a España. Allá inició la célebre *Biblioteca de Autores Españoles*, conocida también como *Colección Rivadeneyra*[13].

Originario de Logroño, España, Santos Tornero (1808–1896) llegó a Chile en 1834, estableciéndose en Valparaíso, donde instaló el primer comercio de libros que hubo en el país. En 1842 adquirió la imprenta y el diario *El Mercurio*, el cual, con una línea independiente y comercial, se transformó en uno de los periódicos mas importantes de la época. Colaboraron en él, entre otros, Sarmiento, Lastarria, Vicuña Mackenna y los Amunátegui. Santos Tornero editó también libros y organizó librerías en Santiago, Copiapó, La Serena y San Felipe. Fue el patriarca de una familia de imprenteros, libreros y editores, en una época en que estas funciones no estaban todavía bien diferenciadas. Poco antes de morir, publicó *Reminiscencias de un viejo editor* (1889), libro en el que «rememora un pasado en que le ha cabido contribuir al progreso de su patria adoptiva en las nobles industrias de la imprenta y la librería»[14].

Rafael Jover llegó a Chile en 1871, e instaló en Santiago, como socio, una sucursal de la casa de libros Simón y Montaner de Barcelona. Fundó tambien la Casa Editorial de Libros Ilustrados, que más tarde se llamó La Joya literaria. Permaneció en Chile hasta 1876, viajando luego a Perú por negocios de libros. A fines de la década regresó a Chile y creó la Imprenta Cervantes, que editó, entre otros, a Benjamín Vicuña Mackenna, a Alberto Blest Gana y a los hermanos Amunátegui. En la década del ochenta editó la *Historia General de Chile*, de Barros Arana. También creó la revista *La lectura*, destinada a los jóvenes. Escribió además un tratado sobre *La corrección de pruebas* (1888) con el propósito de uniformar este procedimiento en las imprentas chilenas. Fue el editor–imprentero más importante del país hasta su muerte en 1896.

En síntesis, si los imprenteros alemanes y franceses fueron fundamentales en el adelanto técnico y en la instalación de la infraestructura de imprenta, los españoles lo fueron para la producción y el comercio de libros.

b) El producto

¿Qué se producía? ¿Quiénes y cómo se decidía lo que se publicaba? La capacidad instalada fue ocupada en un alto porcentaje –como ya hemos señalado– en la publicación de diarios, hojas, opúsculos y memorias. La mayoría

13 Virgilio Figueroa, *Diccionario Histórico y Bibliográfico de Chile*, Tomo IV y V, Santiago, 1931.

14 Santos Tornero, *Reminiscencias de un viejo editor*, Valparaíso, 1889.

de los periódicos tenían su propia imprenta, y conformaban una sola unidad empresarial. El número de diarios aumentó desde cinco a comienzos de la década del cuarenta a más de cien en la década del ochenta.

Algunos periódicos desempeñaron un rol importante en la producción y difusión de libros. Sobre todo el diarismo independiente o de tendencia liberal. *El Mercurio* de Valparaíso, por ejemplo, difundía folletines románticos a los pocos años que estos aparecían en Europa. También en 1863 creó la *Biblioteca de Amena Lectura*, con libritos de 48 páginas que obsequiaba a sus suscriptores o vendía a 20 centavos el ejemplar. Utilizaba los folletines y los libros como gancho para aumentar la circulación del periódico. Este tipo de prácticas contribuyó a fomentar la lectura y fue perfilando un determinado gusto literario.

En cuanto a los libros propiamente tales, algunos datos dispersos permiten formarse una imagen del tipo de producto y de la cantidad que se producía. Según J. V. Lastarria, entre 1855 y 1860 se publicó un promedio de 72 títulos anuales, de los cuales 13 correspondían a obras originales de autores chilenos o residentes en el país; 8 a textos de estudios; 33 a folletos o libros religiosos y 18 a reimpresiones y traducciones de obras europeas (desde poesía y libretos de opera hasta novelas y folletines)[15]. Diez años más tarde, entre 1865 y 1869, se editaban un promedio de 112 títulos por año. De éstos, 17 correspondían a libros de asuntos religiosos, y los 95 restantes a textos de estudios, obras originales y reimpresiones o traducciones europeas[16].

Los textos educativos se publicaban con algún subsidio y con la aprobación de la Universidad de Chile. Alcanzaban los tirajes más altos, a veces por sobre los 20.000 ejemplares. Las imprentas contratadas prestaban servicio, o también adquirían la propiedad de los «textos adoptados», reimprimiéndolos por su cuenta cada cierto tiempo[17]. Con respecto a las «obras originales» es muy probable que algunas de ellas fueran financiadas por los propios autores; otras, en cambio, recibieron apoyo del gobierno, de la Universidad de Chile o parcialmente de imprentas privadas. Santos Tornero, Belin y Jover, por ejemplo, editaron a varios autores liberales de renombre. Los libros religiosos (hageografías, devocionarios, oraciones, cantos, etc.) eran financiados por la Iglesia Católica y las distintas congregaciones.

---

15 Datos proporcionados por José Victorino Lastarria, *Recuerdos literarios*, Santiago 1885.

16 J. V. Lastarria, op. cit. Lastarria entregaba estos datos con el objeto de realzar la influencia ultramontana en el decenio de Montt.

17 El sistema de educación tuvo desde sus inicios, y de modo creciente, un marcado carácter estatal; «textos adoptados» quería decir «textos aprobados como oficiales por el Estado». Es muy posible, empero, que en las escuelas religiosas particulares algunas congregaciones editaran sus propios textos.

El rol más activo de las imprentas –en una perspectiva editorial– fue sin embargo en el área de las traducciones o reimpresiones de autores europeos. Hay que distinguir, en este sentido, entre la edición de obras ya traducidas en España o de autores españoles, en las cuales las imprentas no pagaban derecho y se limitaban simplemente a reimprimir; y las versiones realizadas en el propio país, que implicaban una inversión previa por concepto de traducción. Con respecto al primer grupo sabemos que ya en 1844 «se imprimían en Valparaíso poesías de Zorrilla y Espronceda, pirateadas y tan admirablemente hechas como trabajos de imprenta, que de ningún modo resultaban inferiores a las ediciones de origen»[18]. En este grupo hay que incluir también las reimpresiones de novelas y folletines franceses e ingleses, traducidos en España.

Con respecto a las versiones de obras extranjeras efectuadas en el propio país, entre 1840 y 1850, se realizaron 74 traducciones (obras de Eugenio Sue, Alejandro Dumas, Carlos Saint–Foix, entre otras); entre 1850 y 1860, 96 traducciones (de Alejandro Dumas, Lamartine y el Abate Drioux); entre 1860 y 1870, 88 traducciones (de Alejandro Dumas, Eugenio Scribe, Victor Duruy, Enrique Conscience y el economista Courcelle Seneuil, entre otras) y entre 1870 y 1880, 110 traducciones (de Charles Dickens, Julio Verne, Alejandro Dumas (hijo) y H. Barrau, entre otras)[19]. Más del 75 % de las obras traducidas corresponden a autores franceses. Muchas de estas traducciones fueron realizadas por Bello, Sarmiento, Lastarria, los hermanos Amunátegui, Miguel de la Barra y Francisco Solano Astaburuaga. Al final del período que estamos examinando, se llegó a un promedio de casi 10 traducciones anuales.

A juzgar por las casas impresoras de estas traducciones (imprentas privadas, librerías, imprentas de periódicos e imprentas de Iglesia) las decisiones editoriales con respecto a estas obras obedecían por lo menos a dos criterios. Un sector (novelas y folletines) fue financiado por imprentas privadas, con criterio comercial, con el propósito de abastecer la demanda interna. Por otra parte, el hecho que de las 368 obras traducidas, 97 correspondan a obras religiosas y 271 a obras laicas o arreligiosas, indica que el canon de los libros traducidos fue también, de alguna manera, un subproducto de la pugna de ideas prevaleciente en la época.

---

18 Testimonio citado por Tomás Lago, «Los derechos de autor y el porvenir del libro chileno», *Anales U. de Chile*, 14, Santiago, 1934.

19 José Toribio Medina, «Biblioteca Chilena de traductores», *Anales U. de Chile*, Santiago, 1925, 1926, 1927.

c) Circulación y lectura

Factor fundamental en la variedad de títulos que ingresaron al país en el período que estamos examinando, fue la instalación, desde 1840, de un comercio especializado en libros. Ese año Santos Tornero fundó la primera librería del país: la Librería Española de Valparaíso. En 1842 creo otra, con el mismo nombre, en Santiago, a cargo del agente consular y librero español Pedro Yuste. En 1845, siendo propietario de la imprenta y del periódico *El Mercurio*, Santos Tornero organizó, a partir de las dos librerías iniciales, las Librerías de *El Mercurio*, agregando más tarde sucursales en Copiapó, La Serena y San Felipe[20].

En 1849 funcionaban en Valparaíso por lo menos 5 librerías: dos propiedad de españoles (la de Santos Tornero y la de Ezquerra Gil); dos de franceses (de José Desplangues y de Fernando Floury) y una de chilenos (de los hermanos Cueto). Ese mismo año había 6 boticas, 10 baratillos, cerca de 100 tiendas y almacenes, 21 bodegas, 10 hoteles y cafés, 2 pastelerías, 7 modistas, 14 sastrerías y 9 imprentas[21]. ¿Cómo se explica esta verdadera eclosión de librerías, en circunstancias que diez años atrás los libros importados eran escasos y se vendían en almacenes?

La librería de los hermanos Jacinto y Narciso Cueto, creada en 1847 en Santiago y con sucursales en Valparaíso y La Serena, ofrecía en 1849, según su catálogo, un total de 2.741 títulos. De «Jurisprudencia» 272 obras; de «Historia» 384 obras; de «Literatura» 620 obras; de «Ciencias Exactas y Naturales» 271 obras; de «Filosofía mental, moral y Educación» 271 obras; de «Ciencias Sociales (Legislación Teórica, Derecho Público y de Gente, Administración, Penitenciaría, Política y Estadística)» 192 obras; de «Artes, Industrias y Comercio» 57 obras; de «Ciencias Religiosas y Literatura Sagrada» 534 obras; de «Publicaciones Periódicas y Misceláneas» 52 obras y de «Lenguas, Diccionarios e instrucción Primaria» 88 obras.

La mayoría de los títulos procedían de Francia, Bruselas, Madrid, Barcelona y Leipzig, los editados en el país no llegaban al 1%[22]. No cabe duda que la variedad de «libros útiles» que ofrecía la Librería Cueto, obedeció al

---

20 Santos Tornero, *Reminiscencias de un viejo editor*, Valparaíso, 1889; Pedro Pablo Figueroa, *La librería en Chile*, París, 1896.

21 *Repertorio formado por Oficina de Estadística*, Santiago, 1850. El dato de las imprentas es nuestro.

22 Jacinto Cueto (1808–1889) fue un matemático y agrimensor, elegido miembro de la Facultad de Matemáticas de la U. de Chile en 1852. Su hermano Narciso fue abogado. La librería de los hermanos Cueto llegó a tener sucursales en Europa y América.

despertar político e intelectual de la década. Respondía a la demanda de una elite que se sentía llamada a participar activamente en la organización de la vida política e institucional del país. Tiene razón, en esta perspectiva, Pedro Pablo Figueroa cuando en su libro *La librería en Chile* (1896) postula un paralelismo entre el desenvolvimiento intelectual de 1842 y la institucionalización de las librerías.

El comercio librero de títulos importados tuvo entre 1840–80 un desarrollo y profesionalización importante. Prueba de ello es que ya en 1867 se creó en Santiago la primera «librería de viejo». «Ayer se ha abierto –informaba un diario del 2 de julio– un establecimiento enteramente desconocido entre nosotros: una librería en que se compra y se vende toda clase de libros usados»[23]. En 1875 la librería de Julio Real y Prado, de Santiago, sucursal de la gran librería madrileña del mismo nombre, distribuía gratuitamente, dos veces al mes, un boletín bibliográfico con un listado de 4.000 títulos. Ofrecía además un servicio de suscripciones a todo tipo de revistas extranjeras. Gracias a estas sucursales de librerías europeas, como la de Julio Real y Prado, las librerías locales se apropiaron rápidamente del modelo.

En 1876–77 la Librería de *El Mercurio* de Valparaíso, con sucursales en La Serena y Santiago y representantes desde Antofagasta a Ancud, ofrecía «un surtido de libros renovados constantemente por todos los vapores del estrecho», proveniente del «fondo de las casas editoras Garnier, Hachette, Bouret y Bailly Bailliere de París; López y Guijarro de Madrid y Appleton de Nueva York». El *Boletín Mensual* de la librería agrupaba títulos en «Biblioteca de la Juventud», «Biblioteca de las Maravillas o de vulgarización de las ciencias», «Libros varios para premios en los Colegios», «Bibliotecas de los Novelistas», «Textos de estudio», «Obras de medicina» y «Diccionarios». Ofrecía también un servicio de encargos a Europa.

Dicho boletín nos entrega un perfil del público lector de la época, un perfil en que el impacto del crecimiento de la educación es evidente. Hay un aspecto que sin embargo llama poderosamente la atención en los catálogos y boletines de las librerías: la escasa y casi nula presencia –con la excepción de los textos de estudio– de autores nacionales y libros editados en el propio país.

Las explicaciones posibles son varias. Por una parte la presencia creciente del diarismo, y de un diarismo de tipo doctrinario o de ideas más que de noticias, explica el hecho de que muchos de los libros que se editaban ya habían sido publicados parcialmente o a veces por completo en periódicos, dejaban de ser, por ende, en sentido estricto libros «originales».

23 Citado por Sergio Martínez Baeza, *El libro en Chile*, Santiago, 1982.

Otro factor fue el hecho de que los miembros de la elite intelectual de la época formaban parte de un mismo «vecindario decente». Todos o casi todos habían estudiado en el Instituto Nacional y estaban vinculados a la Universidad de Chile. Se conocían entre sí y por lo tanto se obsequiaban o prestaban libros mutuamente. Este tipo de práctica le restaba mercado a ediciones que rara vez sobrepasaban los 500 ejemplares. Otro factor importante fue el prestigio y la legitimidad social de que gozaba «lo europeo» y la tradición consagratoria de las casas editoras de ese continente, particularmente las francesas. En 1878, además, por insistencia de Diego Barros Arana, el gobierno suprimió las Juntas de Censura (que databan de 1813), eliminando así un trámite –que por entonces era puramente burocrático– para la internación de libros o impresos.

Todos estos factores contribuyen a explicar el reducido mercado que tuvo el libro nacional y la ausencia en el país de empresas editoriales en sentido moderno. También el aumento considerable, por lo menos en variedad de títulos, del comercio de libros importados.

Otro espacio de circulación y lectura de libros fue el de las bibliotecas. En Santiago, hacia 1870, la Biblioteca Nacional tenía ya un fondo de 50.000 volúmenes y una concurrencia promedio de casi 5.000 lectores anuales. Funcionaban también la Biblioteca del Instituto Nacional, la de la Universidad de Chile y la de los Tribunales de Justicia. Se podía acceder, además, a algunas bibliotecas privadas: la Biblioteca del Seminario, la de la Recoleta Dominica, la de la Merced y la de la Recoleta Franciscana. En Valparaíso, en 1873, se creó la Biblioteca Pública Santiago Severín. El crecimiento y la institucionalización de las bibliotecas permitió el acceso a libros que circulaban en el comercio a precios relativamente altos.

Podemos concluir que los datos y antecedentes examinados revelan, categóricamente, que entre 1840 y 1880 se establecen, en todo su ciclo, las bases de la industria impresora (producción, circulación, consumo y lectura). También que las cifras que dan cuenta de la expansión que experimenta el sector del libro durante ese período, no sólo son importantes desde un punto de vista empírico–cuantitativo; son sobre todo antecedentes de valor cualitativo, puesto que en cada uno de los aspectos examinados –parque impresor, imprenteros, tipógrafos, librerías, bibliotecas, lectores– se fue creando una tradición; una tradición que en algunos casos se prolonga hasta hoy día.

III. Ampliación de circuitos culturales y lectores

1. Cambio de escenario y diversificación cultural

Evocando el Santiago de 1875, Horace Rumbord, diplomático británico, lo describía así: «era –decía– una ciudad monótona, diseñada en paralelógramos o en cuadras; las casas, de un piso, de adobe y con patio interior, ocupaban tanto terreno que la ciudad parecía demasiado extensa para las 170.000 personas que albergaba. No estaba preparado para encontrar una capital de esas proporciones en un lugar tan remoto, con mansiones bien puestas y paseos anchos y cuidados. Menos aún esperaba encontrarme con el aire aristocrático y de opulencia que permeaba la ciudad: calles largas y quietas, con casas alineadas al estilo del Petit Hotel de París; calles adormecidas, cuyo reposo era interrumpido únicamente por el ruido de calesas o birlochos, por carruajes que en nada desmerecían a los del Bois de Boulogne o de Hyde Park; mujeres elegantes y refinadas, que se desplazaban con sigilo por el pavimento recién barrido; conventos con paredes blancas y bajas, numerosas iglesias y no pocos sacerdotes y frailes; además una ausencia total de bullicio y ajetreo, puesto que el comercio y las tiendas se agrupaban en un par de pasajes centrales. Rasgos todos que contribuían a darle a Santiago de esa época el aspecto no de una metrópolis moderna con comercio y progreso, sino más bien el de sede de alguna lujuriosa y somnoliente Corte Ultramontana»[1].

Aun cuando se trata de una imagen exagerada –e incongruente con una ciudad que ya desde 1867 tenía una «librería de viejo»– la visión del diplomático inglés resulta útil como punto de referencia para el cambio que se produjo a fin de siglo.

En efecto, a partir de 1880, y después del triunfo en la Guerra del Pacífico, Chile experimentó un acelerado proceso de modernización en el plano económico, político–administrativo y social[2]. De ese proceso, y de la inserción

---

1 Horace Rumbold, ***Further recollection of a diplomatist***, London, 1903. La traducción es nuestra.

2 Véase Bernardo Subercaseaux, *Fin de siglo. La época de Balmaceda*, Santiago, 1989.

de la economía local en la expansión mundial del mercado, emergió un nuevo escenario. Un escenario en que ya se vislumbran con claridad los principales actores y conflictos del siglo veinte.

En 1900, Santiago es una ciudad con más de 250 calles, por las que transitan carruajes, tranvías de tracción eléctrica y animal. Tiene también 20 plazas, 7 parques, alrededor de 1.500 teléfonos, servicio de agua potable y sobre 200 kilómetros de cañería. Con alrededor de 300.000 habitantes es ya un cosmos completo. Un mundo en que coexisten la oligarquía afrancesada (la aristocracia de pergaminos y la plutocracia criolla); las capas medias (empleados del sector privado y del Estado, profesionales, comerciantes y artesanos) y sectores populares (aprendices de artesanos, obreros, sirvientes, jornaleros y gañanes). Son años en que la capital adquiere un perfil urbano más o menos definitivo, con espacios y obras públicas que intermedian entre los distintos sectores. De esa época son muchas de las plazas y parques, también los flujos de tránsito, las estructuras metálicas prefabricadas, los puentes, los mercados y las estaciones de ferrocarril, incluso la Estación Central, diseñada por Eiffel.

En el Santiago de fin de siglo concurren elementos urbanos y actividades de esparcimiento que expresan a los distintos sectores sociales de la época. La ópera en el Teatro Municipal; la zarzuela o el género chico en el Politeama; la lira popular y las cocinerías o fondas en el mercado y la Estación, manifiestan expresiones artísticas y sensibilidades diferentes. La ciudad alberga una diversidad social que en cierta medida corresponde a una diversidad cultural. La ópera, la zarzuela y la lira o el canto popular son expresiones de tres circuitos culturales paralelos, cada uno con un perfil propio y con públicos también distintos; circuitos que coexisten pero que no se mezclan. Vale la pena entonces detenernos en cada uno de estos circuitos, puesto que los mismos inciden en el mundo del libro.

a) El circuito cultural de elite

A fin de siglo la ópera era un evento artístico –el más selecto del circuito de arte culto–, pero también un evento social. Por lo general las temporadas se realizaban durante el segundo semestre de cada año en el teatro Municipal. Con capacidad para 612 palcos, 482 plateas, 280 anfiteatros y 600 galerías, el teatro estaba siempre lleno y vendido de antemano. El derecho a llave de los palcos se remataba, alcanzando en ocasiones precios que superaban el valor de una casa[3]. Los abonos para platea y lunetas, e incluso las galerías, también

3 Salvador A. Ribera y Luis A. Águila, *La ópera*, Santiago, 1895.

se vendían a precios altos, condicionando así la exclusividad social de los asistentes. Entre 1892 y 1900 más de una veintena de compañías extranjeras vinieron a Chile, algunas de ellas de categoría internacional[4]. Se montaron autores difíciles como Wagner (1893–95) e incluso se estrenó –con el apoyo del gobierno– una ópera chilena: *La florista de Lugarno* (1895) de Eleodoro Ortiz de Zárate.

La temporada de ópera en el Municipal ofrecía oportunidades para estrenarse en sociedad, para compartir el modo de ser aristocrático y los ademanes de la distinción social. Según la revista *La escena* (6–10–1893), el «Municipal fue el teatro del *gran monde*, de la *high life* y de la *jeunese doréé*», ser visto allí era «existir». Fue el corazón de la sociabilidad de la época, un lugar donde todo podía (o debía) ocurrir: desde el amor a primera vista hasta el negocio bursátil y el crimen pasional. El Municipal fue en este sentido un verdadero teatro dentro del teatro: los primeros actores ocupaban los palcos, los actores secundarios se desplazaban por la platea, o entraban con retraso y se retiraban antes de tiempo para hacerse notar.

La elegancia, la opulencia y el afrancesamiento fueron las notas predominantes del público del Municipal, de esa aristocracia en que se fundían dinero y pergaminos. Cierta ostentación y el cosmopolitismo exagerado son, sin embargo, hacia 1890, aspectos que distan bastante de la fisonomía tradicionalista, austera y patriarcal de la vieja aristocracia criolla. Ahora se trata de una aristocracia urbana, que se deslumbra con las corbatas de Doucet y los trajes de Pinaud; una plutocracia cuyo estatus proviene no de la hacienda, sino del palacio o de la casa de dos pisos con frente estucado en Santiago, del palco en el teatro Municipal y del coche arrastrado por caballos Cleveland.

La antigua casona de adobe y estirpe española, con patios anchos y balcones enrejados, está, por esos años, en retirada, y la suplantan estilos europeos u orientales, y hasta palacios de corte neoclásico o moriscos. La gran ciudad, con sus calles, mansiones y paseos, es el lugar donde la *belle époque* criolla practica su ceremonial mundano y su farándula del buen tono. Un ritual que requiere de barrios suntuosos, de palacios más que de casas, de teatros y de clubes. Dentro de esta nueva aristocracia hay sectores hedonistas y otros ilustrados. Algunos que acuden a las carreras de caballos y al Club, y otros a las tertulias literarias. Todos ellos han viajado a Europa y leen en francés, asisten al teatro, a la ópera y recuerdan con fruición la visita que en 1886 hiciera Sarah Bernhard al país.

---

[4] En 1890 y 1891 no hubo género lírico, como consecuencia de la guerra civil y de la división que ella acarreó.

La distinción social es para esta constelación, un ideal de vida. Los parámetros del mundo chic abarcan desde la moda hasta el gusto literario. En esa perspectiva, este sector constituye un circuito cultural con características diferenciadas, y un público lector en que el teatro francés y la ópera italiana ocupan las primeras preferencias. Preferencias que son satisfechas por las librerías o sistema de encargos de libros importados, por compañías líricas y dramáticas extranjeras, y también por las temporadas en el teatro Municipal o –en verano– del Victoria de Valparaíso.

b) Circuito cultural de masas y capas medias

Sólo a fin de siglo las capas medias urbanas –en cierne ya desde 1850– experimentan un cambio significativo, aportando una impronta propia al escenario político y cultural. Desde 1880, gracias a los excedentes salitreros, el Estado aumenta considerablemente su participación en la vida nacional. Ese año el Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción tenía apenas 867 funcionarios, en 1900 llegó a tener, en cambio, cerca de 6.000. En un período en que la población del país creció en menos de 25%, el número de empleados de esa repartición aumentó en casi un 700%. Son años en que también aumenta considerablemente la población urbana y la matrícula estudiantil: en 1895 los estudiantes de todo el país suman 150.000, de los cuales más del 80% asiste a establecimientos fiscales. En los liceos femeninos un número pequeño de mujeres sigue carreras profesionales.

Cuadro 5: **Ocupaciones, oficios y profesiones**

	1865	1895
Comerciantes	15.185	51.612
Sastres	3.422	4.558
Sombrereros	1.875	2.586
Tapiceros	204	1.399
Tipógrafos	364	1.223
Empleados (particulares y públicos)	10.770	45.413
Abogados	435	1.159
Dentistas	24	189
Farmacéuticos	206	596
Ingenieros	191	940
Médicos	239	842

Fuente: Censo 1865 – 1895.

El cuadro anterior revela un crecimiento promedio de 334% de las capas medias, tanto de empleados, profesionales y comerciantes como de artesanos calificados. Se trata de capas urbanas letradas, que no viven en mansiones, sino en los cités o manzanas próximas al eje central de la ciudad. Sectores que hacia fin de siglo van conformando un nuevo público, tanto para el teatro como para el libro. El acceso a la educación y a la política –fundamentalmente a través de los partidos Radical (1867) y Demócrata (1887)–, las nuevas profesiones y la incipiente industrialización son factores que contribuyeron a fomentar entre estos sectores la demanda por libros educativos, técnicos o funcionales. Por otro lado, en términos de esparcimiento y entretención, las capas medias, con sus familias, constituyeron un público urbano para la zarzuela y el género chico, para las novelas y folletines. La «mujer lectora» es en esos años ya una realidad.

Son también artistas e intelectuales de origen mesocrático, los primeros que de manera programática asumen –apropiándose de corrientes europeas en boga– una concepción secular y moderna de la actividad artística, que los lleva a separar a ésta de esferas como la política y la religión. Pensamos, entre otros, en los poetas Pedro Antonio González (1863–1903), Antonio Bórquez Solar (1874–1938), Diego Dublé Urrutia (1877–1967), Francisco Contreras (1877–1933) y Carlos Pezoa Véliz (1879–1908). También en el pintor Juan Francisco González (1853–1933).

Son los primeros que se transforman en artistas propiamente tales, en creadores que conciben al arte como un fin en sí. Queda atrás, de este modo, la figura tradicional del intelectual decimonónico polivalente; para quién la creación era una expresión más de una actitud cívica que se manifestaba por igual en el campo de la política, de la jurisprudencia, de la historia y de la literatura. Son también intelectuales y artistas proveniente de capas medias (o de las elites de provincias) quienes inauguran a fin de siglo la bohemia como estilo de vida, una bohemia que bebe y conversa de libros, una bohemia local que tuvo en el poeta Pedro Antonio González a su figura más destacada. Pero no es este grupo de artistas de sensibilidad más bien próxima al modernismo, el que asiste al Politeama o el que da el tono al circuito cultural de capas medias. Más bien ellos interactúan con la *belle époque* criolla o con intelectuales laicos, de tradición liberal.

El género más representativo del circuito cultural que estamos considerando –y que mayor aporte hizo al incremento del público teatral de la época– fue, sin duda, la **zarzuela**. Día a día, espectadores de capas medias acudían a los teatros Politeama, al Romea o al teatro al aire libre del Cerro Santa Lucía. La capital fue una plaza importantísima para las compañías

españolas de zarzuela que operaban desde La Habana y Buenos Aires. Atrajo a figuras como Pepe Vila, gran animador del género chico, que llegó al país, para quedarse, en 1892. Ese mismo año la zarzuela *El rey que rabió* se dio cincuenta veces, varias de ellas en el teatro del Cerro Santa Lucía, que tenía una capacidad para 2.000 espectadores. Cálculos prudentes permiten estimar que por lo menos un quinto de la población de Santiago asistió a esas funciones.

El criterio de rentabilidad con que los empresarios trabajaban el género, se tradujo en un sistema de teatro por horas o tandas, que consistía en dar una o más piezas en forma rotativa. De este modo se lograba llegar a un máximo de público, con un mismo elenco, los mismos músicos y la misma escenografía. El Politeama, un domingo cualquiera de 1893, entre las 14:30 y las 17:30 horas ofrecía –con la misma compañía– tres tandas de zarzuela o sainetes, y en la noche, a partir de las 19:00 horas, cuatro tandas más. Sobre todo en la última década del siglo hubo una verdadera zarzuelización del ambiente nacional. En 1898, según un cronista, el Politeama logró, gracias a la zarzuela, ganancias similares o superiores a las obtenidas por el Municipal con la ópera.

La crónica social consideraba al Politeama como un teatro al que acudía sólo gente «alegre» y «poco recomendable», revelando con ello la separación que existía entre los distintos circuitos culturales y el carácter estamental de los mismos. Pero ¿quiénes conformaban el público del Politeama? ¿Era realmente «gente alegre» y «poco recomendable»? Se trataba fundamentalmente de espectadores que provenían de un nuevo público urbano, constituido por comerciantes, artesanos, empleados y también por obreros letrados. La zarzuela, como género, apelaba más bien al oído y a la vista que al entendimiento; utilizaba motivos costumbristas y temas musicales pegajosos, que provenían de la tradición popular. Además, se cantaba o declamaba en español. Fue, en suma, un género adecuado para montar espectáculos atractivos y fácilmente digeribles.

Son precisamente éstos rasgos los que explican el interés que tuvieron los empresarios y agentes artísticos de la época en la zarzuela y el género chico (sainetes, juguetes y revistas), pues se trataba de productos culturales que en las condiciones de un nuevo escenario social ofrecían grandes posibilidades de negocio. La zarzuela formó parte, en esta perspectiva, de una incipiente cultura de masas.

También las obras de género chico y las novelas folletines cumplían con los requisitos fundamentales de la cultura de masas: obras posibles de ser producidas en serie, fácilmente digeribles, que divertían y «enganchaban» al espectador o al lector. Uno de los ejemplos más destacados de este circuito

masivo fue en la época *Don Lucas Gómez, o sea el huaso en Santiago,* de Mateo Martínez Quevedo. Juguete cómico en dos actos y en prosa, escrito en 1885, y basado en un relato costumbrista de Daniel Riquelme. El tema de la obra es la visita de Don Lucas, desde Curepto, a la casa de su hermano, don Genaro, en Santiago. Es una obra que presenta de modo festivo, con humor y música, las peripecias de un huaso que visita a sus familiares de la capital. El conflicto se produce porque los parientes desean esconder los orígenes campesinos de Don Lucas y transformarlo en «futre». La obra concluye con música y con una zamacueca que se baila en el escenario.

Aunque escrito en 1885, este juguete–cómico alcanzó éxito masivo en la década del 90, siendo también editado en varias oportunidades como libro. La portadilla señala que se editaron y agotaron ese año 24.000 ejempleras de Don Lucas Gómez. Una edición de 1896, ejemplifica lo que fue este incipiente circuito de masas, y documenta además uno de los primeros éxitos comerciales del teatro chileno:

c) El circo, la lira y el circuito de cultura popular

Una de las formas expresivas de mayor difusión entre las capas pobres urbanas de fin de siglo fue la poesía popular. Con el nombre genérico de poesía popular –u hojas de poesía o lira popular, cuando estaban impresas– se suele denominar a distintas formas poéticas de raigambre hispánica (la décima, el romance, la seguidilla, el corrido, el eco, las preguntas y respuestas, el coleo, el brindis, etc).

El destino de las hojas de lira o de la poesía popular, era ser cantada o voceada en público. Cabe distinguir, en este sentido, entre el poeta que escribía los «versos» (llamado también pueta, versero, poeta popular o simplemente el popular) y la persona que los difundía con un guitarrón en las fondas y calles próximas a la Estación Central: el cantor o músico. En algunos casos los poetas eran a la vez cantores de sus propias décimas. También hubo músicos que pagaban a los poetas por sus versos, adquiriendo así la propiedad literaria de los mismos. En tales casos se hablaba de «versos ocultos»[5].

La lira popular circuló en hojas y pliegos sueltos rudimentariamente impresos o en folletos y cancioneros que se cantaban, leían, recitaban o payaban. Las hojas de lira eran pregonadas por verseros y canillitas en las proximidades de la Estación Central, los «versos eran vendidos, dados y fiados» o voceados con el tradicional: «vamos comprando, vamos pagando,

[5] Rodolfo Lenz, «Sobre la poesía popular impresa en Chile», *Anales U. de Chile*, Santiago, 1919.

vamos leyendo, vamos vendiendo». Casi la totalidad de los «verseros» de Santiago fueron de origen o extracción campesina, algunos analfabetos o semi-analfabetos. Por lo general los poetas populares vivían de la venta de sus versos, lo que se tradujo en una fuerte competencia entre ellos y en la necesidad de producir décimas con cierta regularidad, por lo menos una vez al mes o cada quince días. Algunos –como veremos más adelante– llegaron a imprimir sus «versos» en miles de ejemplares.

Entre los poetas populares más destacados de fin de siglo cabe mencionar a Bernardino Guajardo, Daniel Meneses, Rosa Araneda, Nicasio García, Juan Bautista Peralta, Rómulo Larragaña, Patricio Miranda, Pancho Romero y José Hipólito Casas Cordero. Sólo de unos pocos sabemos datos más precisos. La mayoría provenían del campo. De la «pueta» Rosa Araneda se sabe que fue ferviente antibalmacedista y originaria de la zona de San Vicente de Tagua–Tagua; de Patricio Miranda que nació en 1861 en Paine, que tuvo diversos oficios, que sus amigos lo apodaban «Don Patria» y que falleció en 1940 recitando sus versos en la Quinta Normal. De Juan Bautista Peralta sabemos que nació en 1875 en Lo Cañas, zona rural próxima a Santiago. Desde muy niño empezó a cantar en fondas de la calle San Diego. También que bebía copiosamente y publicaba sus décimas en hojas que él mismo vendía en el sector de la Estación Central, hasta su muerte alrededor de 1930[6].

Las hojas de lira popular que se conservan (fundamentalmente las que coleccionó Rodolfo Lenz entre 1890 y 1894) ofrecen una gran variedad de temas y sub–géneros. Hay versos a lo divino, por fundamento bíblico, versos de velorio y angelitos y también diferentes variedades de versos a lo humano: versos por ponderación o exageración, versos por literatura, versos por astronomía, bestiarios, versos patrióticos, versos sobre acontecimientos políticos, crítica social, brindis, desafíos, contrapuntos y versos sobre crímenes, catástrofes y brujerías. Los poetas glosaban también a menudo noticias de los periódicos, recreándolas en versos, y agregándoles detalles melodramáticos, escabrosos y sensacionalistas.

¿Quiénes constituían el público de la lira popular? Sabemos que en las fondas de la calle Maruri, de la Avenida Matta con San Diego, y en las cocinerías y calles próximas a la Estacion Central estuvo el centro de operaciones de los verseros, payadores y cantores populares. Allí acudía una clientela trashumante compuesta por obreros y gañanes. A fin de siglo se produjo un flujo constante de trabajadores del campo hacia zonas urbanas y mineras del centro y norte del país. Alrededor de 1895, pululaban en Santiago miles de gañanes

---

6 Fr. Pedro Bustos «El poeta popular J. B. Peralta», *Verdad y Bien*, 360, Santiago, 1930.

y migrantes en busca de un destino mejor. Cumplían por lo general oficios esporádicos, como cargadores o limpiadores de acequias. Vestían prendas agrarias como el poncho, ojotas, chupallas y deambulaban por las plazas, mercados, y calles próximas a la Estación Central. Ellos y los trabajadores más establecidos, hombres y mujeres, conformaban la clientela de la lira popular, un público que reconocía en esos versos una elaboración de sus propias condiciones de vida, y también una multitud de usos y apropiaciones (realizadas con óptica popular) de temas tradicionales o comunes al conjunto de la sociedad.

De todo lo dicho podemos concluir que a fin de siglo operaba –al menos en Santiago y Valparaíso– lo que podríamos llamar una constelación moderna de cultura, compuesta por circuitos culturales paralelos, cada uno con sus propias lógicas de producción y de consumo, y también con productos artísticos y públicos diferentes. Un circuito de alta cultura o arte culto que ejemplificamos con la ópera y el teatro Municipal; otro de cultura de masas orientado a la entretención y a la producción en serie, que ejemplificamos con la zarzuela y el género chico; y por último, un circuito de cultura popular que ejemplificamos con las hojas de lira popular[7].

Cabe señalar, finalmente, que si nos imaginamos a la ciudad de Santiago en un día cualquiera de 1900, obtenemos –en base a los antecedentes que hemos entregado– un cuadro muy diferente a la capital somnolienta y monótona de 1875, que evocó Horace Rumbord, el diplomático inglés.

La modernización finisecular nos arroja un escenario nuevo y plural, con espacios urbanos, actitudes vitales, sensibilidades y públicos heterogéneos. Un mercado cultural en proceso de ampliación y diversificación. Un cosmos completo, con núcleos diversos de energía cultural, con circuitos que también se proyectan en el campo del libro y de la industria impresora. Cada uno de los circuitos que hemos distinguido constituyen energías sociales diferenciadas, dentro de las cuales se dan comunidades interpretativas que en la práctica de la lectura negocian sentidos con los textos. Por ejemplo, el circuito del arte culto que asiste al Municipal de Santiago o al teatro Victoria de Valparaíso, lee las obras de teatro o los libretos de ópera como escenificación de un drama (o ve las obras teatrales y las óperas como dramatización de un texto), en la perspectiva de acrecentar un saber y una cultura afrancesada que da prestigio, y que en el caso de las mujeres de elite va a incidir en su afán de emanciparse de un rol tradicional que las confinaba a lo doméstico.

---

[7] Hablamos de «constelación moderna de cultura» porque estos tres circuitos –con desplazamientos de tamaño y visibilidad– perduran hasta el día de hoy.

2. Bibliógrafos, bibliófilos y naturalistas

En las últimas décadas del siglo una nueva corriente de pensamiento, el positivismo, dominó el ámbito intelectual chileno, sirviendo –con las banderas de la ciencia, y la industria– de correlato a la modernización. Fue una doctrina y una actitud vital imbuida de cientificismo, apropiada en los libros de Comte, Spencer y Darwin, y de algunas figuras menores como Max Nordau; pero también en las novelas de Zola, y en revistas europeas e hispanoamericanas de la época. La fuerza de las ideas –absorbidas en libros– incidió, una vez más, en la valoración del libro, e incluso en la industria impresora y en la producción de libros.

En el campo de la historiografía, una de las figuras más destacadas del nuevo clima intelectual, fue José Toribio Medina (1852–1930). Su vida y su obra aportan antecedentes fundamentales para establecer la vinculación entre ese clima y el libro. Abogado, diplomático por algunos años e historiador, Medina publicó su primer artículo en 1873, (un estudio sobre *María* de J. Isaacs) cuando tenía sólo 20 años, y su primer libro, *Historia de la literatura Colonial Chilena*, en 1878, a los 26 años. Desde esa fecha hasta su muerte, en 1930, publicó más de 350 libros[1] en lo que es probablemente la obra más voluminosa que haya publicado autor chileno o hispanoamericano alguno. Guillermo Feliú Cruz, que llevó a cabo el inventario de la producción intelectual de Medina, da el siguiente cuadro[2]:

Títulos (incluyendo libros, folletos y artículos)	392
Número de páginas que escribió	81.235
Páginas originales	35.596
Páginas transcriptas, corregidas, anotadas o prologadas	45.639
Número de personajes biografiados o citados con amplias referencias	7.500
Número de impresos descritos	69.682
Medallas descritas	2.394
Monedas descritas	1.301
Mapas descritos	2.141
Ilustraciones, grabados y facsímiles reproducidos en sus libros	5.000

(Continúa en la pág. siguiente)

1 Según Virgilio Figueroa, en 1929, Medina le señaló que «mis libros, suben ya de 350». V. Figueroa, *Diccionario Histórico y Bibliográfico de Chile*, Tomo IV y V, Santiago, 1931.

2 Prólogo a *Historia de la Imprenta en los antiguos dominios españoles de América y Oceanía*, de José Toribio Medina, Tomo I, Santiago, 1958.

Documentos colectados para la historia de Chile	13.641
Documentos colectados para la historia de América	8.041
Metros lineales que ocupan sus libros	18

Durante 57 años, desde su primer artículo, en 1873, hasta su muerte, en 1930, Medina escribió un promedio de cuatro páginas diarias y publicó seis libros por año. No sin razón Virgilio Figueroa lo llamó «el grafómano chileno por excelencia», «superior –en su fecundidad inagotable– a todos los historiadores nacionales». Después de su muerte fue necesario que varios bibliotecarios «ocuparan su tiempo y una escrupulosa labor» con el propósito de «clasificar y ordenar (sus escritos) en índices que ocupan –dice Figueroa– no ya páginas, sino volúmenes enteros, nada más que en la cita de los títulos, años de impresión y materias de que tratan»[3].

Medina fue, literalmente, un erudito en varias disciplinas y campos. Escribió descripciones de monedas y medallas (numismático), de insectos (entomólogo), y de ilustraciones y mapas (cartógrafo); realizó investigaciones históricas y literarias (historiador y crítico literario) y de ascendencia o genealogía (genealogista); compiló también antecedentes sobre poblaciones prehispánicas (etnógrafo) y elaboró diccionarios o léxicos (lexicógrafo). Pero su gran obra (en volumen y aporte al conocimiento) fue la recopilación, descripción y edición de manuscritos, documentos históricos y libros, sobre los que entregó datos de autores, fecha y antecedentes de impresión (bibliógrafo), llevando a cabo innumerables repertorios e inventarios bibliográficos.

Una parte importante de sus trabajos históricos y bibliográficos están dedicados a describir y divulgar los primeros impresos iberoamericanos (proclamas, actas, calendarios, oraciones, folletos, periódicos, impresos etc). También a proporcionar antecedentes sobre los inicios de la imprenta en los antiguos dominios españoles de América y Oceanía (México, Paraguay, Guatemala, Bogotá, Quito, Caracas, Río de la Plata, Perú, Chile y Filipinas). Gran parte de los documentos o textos de la Colonia, que Medina transcribió y editó, corresponden a manuscritos provenientes de sus investigaciones en archivos; manuscritos sumamente trabajosos de descifrar, de leer y de transcribir.

Medina no sólo produjo una obra voluminosa, además se dio el trabajo de imprimir él mismo parte importante de ella. En efecto, en la década del ochenta, el bibliógrafo instaló una imprenta contigua a su casa[4] en la que se

[3] Virgilio Figueroa, op. cit.

[4] Domingo Amunátegui Solar en *José T. Medina*, Santiago, 1932, dice que el bibliógrafo instaló la imprenta en 1888; otros autores, como Virgilio Figueroa, indican que fue en 1877.

imprimió –según el inventario de Feliú Cruz– poco más de la mitad de su obra: 41.085 páginas. En esa imprenta dedicada exclusivamente a sus libros –que bautizó imprenta Ercilla– Medina inició la publicación de tres grandes colecciones Historia de la Inquisición en Lima, Documentos inéditos para la Historia de Chile, y Colección de Poemas Épicos relativos a Chile. En 1895 rebautizó la imprenta con el nombre de Elzeviriana, aludiendo así a los Elzevir, familia de libreros y editores holandeses del siglo dieciséis, cuyas ediciones son consideradas hasta hoy día obras maestras de impresión.

Medina fue también, durante toda su vida, un bibliófilo, aficionado a los libros raros y a las ediciones originales. En 1925, poco antes de morir, donó al gobierno y a la Biblioteca Nacional la totalidad de los libros e impresos que había reunido. Una colección de 40.000 volúmenes exclusivamente relacionados con iberoamérica; 500 volúmenes de manuscritos históricos, chilenos y americanos, copiados fundamentalmente en los archivos de Indias y de Simancas. Además 63 volúmenes de documentos originales, inéditos, relativos a la historia de Chile. Una parte importante de la biblioteca que donó –y tal vez la de mayor valor bibliográfico– corresponde a obras y manuscritos de la Colonia. Contiene también una mapoteca americana y varios ejemplares de libros únicos[5].

Por su obra y por su «tesón investigador» el gobierno le fijó a Medina una renta vitalicia. Los contemporáneos reconocieron su trabajo. Hubo quién lo llamó «Hércules bibliográfico», y «primer bibliógrafo de la cristiandad», aludiendo a su aporte, pero también, con algo de sorna, a su racionalismo ateo y librepensante. Medina tuvo, sin embargo, su propia religión. Así lo deja entrever Manuel Bianchi en una nota póstuma. Jose Toribio Medina –dice– «tenía verdadero afán por los incunables, por los manuscritos, por los infolios... afán de hombre enamorado del libro, un (amor) tan fuerte y pertinaz que fue el único atractivo de su vida. Llenó su amor a la imprenta a convertirse casi en manía, hasta el extremo de haber instalado en su propia casa un taller editorial», hasta ordenó «los tipos y movió la prensa...». Noble y santa manía por la imprenta (y el libro)»[6].

Cabe sin embargo preguntarse ¿qué subyace a la inquebrantable tenacidad de José Toribio Medina? ¿Cuál fue su proyecto intelectual? ¿Qué lo llevó a instalar una imprenta en su casa para su uso personal? Todos sus trabajos están imbuidos de un espíritu empírico–descriptivo, con reverencia por la minucia y la precisión del dato. De allí que recurra constantemente a las

---

5 Corresponde a descripción de Virgilio Figueroa, op. cit.

6 Manuel Bianchi, «La imprenta en Chile», *Anales de la U. de Chile*, 21, Santiago, 1936.

mismos géneros: la enumeración, la reproducción facsimilar, el inventario, el catálogo, el registro y la recopilación bibliográfica. Son investigaciones descriptivas, a veces taxonómicas, pero casi nunca analíticas o interpretativas. No es casual, entonces, que el resultado de las mismas tenga en número de páginas el enorme volumen que tiene.

Interesan los datos en sí mismos y no el juicio o la interpretación de ellos. Son investigaciones que en cierta medida continuán la tradición de las *Historias Naturales* del siglo dieciocho, en las que los naturalistas europeos centraban su atención en los aspectos externos de las varias plantas y animales, con el propósito de describirlas y clasificarlas. El modelo de conocimiento que sigue Medina proviene, sin duda, de las ciencias naturales. En el marco de la doctrina positivista este modelo y el método experimental (tomado de la fisiología) se convierten en modelos por excelencia para todo tipo de disciplinas, incluidas las humanistas.

Se trata de resaltar el camino inductivo: el tránsito de lo particular a lo general, llevando a cabo, de paso, una crítica a las formas lógico–deductivistas y metafísicas (religiosas, se decía en la época) de pensar. De manera que la recolección de datos forma parte de la gran tarea que impone el espíritu positivista del momento: el inventario de la realidad histórico–cultural, mineral, animal y vegetal del país. Dentro de este tipo de pensamiento, marcadamente organicista y filogénetico, lo antiguo estaba destinado a tener el pedigree de la semilla o del basamento que sostiene al edificio. De allí el interés por los habitantes aborígenes, por los primeros manuscritos, por los incunables, por las primeras imprentas, por el período Colonial y por el principio de toda índole de genealogías.

Resulta claro, a estas alturas, que la labor de Medina no fue una labor aislada, sino que formó parte de una tarea colectiva. Su mentalidad y su aproximación al libro (que se centra en la forma, en el objeto) es emblemática. Su obra y su proyecto intelectual se inscriben, desde este punto de vista, en la cultura laica y científica predominante en el novecientos. En un ámbito ilustrado positivista del que formaron parte algunos de los intelectuales más relevantes de la época. Entre otros, Ramón Briseño (1814 –1910); Eduardo de la Barra (1839–1904), Luis Montt (1848–1906), Valentín Letelier (1852–1919), Ramón A. Laval (1862–1929), Julio Vicuña Cifuentes (1865–1936), Alejandro Fuenzalida Grandón (1865–1942), Domingo Amunátegui Solar (1868–1938) Enrique Matta Vial (1868–1922), Virgilio Figueroa (1872–1940) y Luis Thayer Ojeda (1874–1942).También destacados científicos europeos avecindados en el país: Ignacio Domeyko (1802–1889), Rodulfo Amando Philippi (1808–1904) y Rodolfo Lenz (1863–1938).

A este grupo heterogéneo de pensadores, historiadores, lexicógrafos, folcloristas, bibliógrafos y naturalistas, los vinculó una matriz positiva e ilustrada común. Fue, más que una filosofía, una actitud mental y una creencia compartida. Se concibieron a sí mismos como continuadores de la obra fundacional del liberalismo ilustrado y de la generación de 1842. Para todos ellos el progreso, representaba el destino final de la historia, y el racionalismo laico, la ciencia, la educación y la industria: los mecanismos fundamentales para asegurar la inscripción del país en ese curso.

Fue en esta matriz que se afincó la energía cultural y el esfuerzo realizado por Medina. También el legado a que todos ellos, de una u otra manera, contribuyeron: una cantidad impresionante de anuarios, diccionarios, colecciones de documentos, catastros y repertorios bibliográficos. En este proceso de inventariar el país y de secularizar el conocimiento se fueron, además, constituyendo distintas disciplinas: la sociología, la pedagogía, el folclore, la lingüística, la paleontología y la geología. Se suele atribuir la paternidad de las dos primeras a Valentín Letelier, de la geología y la paleontología a Rodulfo Amando Phillippi y del folclore y la linguística a Rodolfo Lenz.

El tesón infatigable de Medina tuvo también antecedentes y esfuerzos paralelos en otras disciplinas. Es comparable, por ejemplo, a la labor realizada por quien fue su profesor: el naturalista Rodulfo Amando Phillippi. El estudioso alemán, con el objeto de identificar y describir especies malacológicas, minerales y plantas, realizó verdaderas hazañas en pro de la investigación. Cruzó a pie el desierto más seco y extenso del mundo (el desierto de Atacama), soportando –entre el día y la noche– diferencias de temperatura de más de 30 grados Celsius y durmiendo a la intemperie. En esa travesía de cientos de kilómetros llevó a cabo un registro de datos inigualado hasta hoy; abarcando aspectos de la geología, de la flora, de la fauna, del clima y de la geografía. Medina es parte de esa tradición: de una tradición que glorificó la ciencia y el dato desnudo como la base del edificio del conocimiento. Y que no escatimó esfuerzo para conseguir ese dato y trasladarlo al papel.

En este marco hay que situar la instalación de una imprenta en su casa. Una nota de 1923, (cuando el bibliógrafo tenía 70 años), señala que Medina poseía «métodos propios para imprimir», y solía «hacer con maestría el oficio de cajista... él es –decía la nota– autor, impresor y encuadernador» de sus propias obras[7]. En cuanto historiador de la imprenta, de cuño empirista, a Medina le interesaba conocer todos los aspectos prácticos del proceso de

[7] J. E. Bello, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Santiago, 51, 1923.

impresión. También le interesaba controlar la composición tipográfica y dar las orientaciones necesarias para la impresión y encuadernación de sus obras. Si los datos rescatados tan acuciosamente no se imprimían con exactitud todo el esfuerzo realizado se podía perder.

Esta responsabilidad casi obsesiva de Medina por el «fardo de las menudencias»[8] fue mucho mayor en el caso de los manuscritos, pues al imprimirlos –después de haberlos transcrito– éstos ingresaban a la historia y se hacían por primera vez públicos. Hemos revisado con atención algunas de las ediciones que llevó a cabo el bibliógrafo. Por ejemplo el poema histórico *Las guerras de Chile* (1888), con que inaugura la Colección de Poemas Épicos Relativos a Chile. Se trata de un poema épico de once cantos sobre la guerra de Arauco, de Juan de Mendoza Monteagudo. El manuscrito data de 1660, por lo tanto la edición que realizó Medina en la imprenta Ercilla fue, cronológicamente hablando, la primera. Incluyó además una introducción con datos biográficos, notas al texto y algunos documentos relativos al autor.

En cuanto a tipografía, la edición es sumamente cuidada. Va acompañada de viñetas e ilustraciones. La encuadernación es sobria pero elegante y adecuada al texto y a la época. De alguna manera el libro está intencionalmente «envejecido». Incluso lo único que la edición descuida es el corte, precisamente el aspecto más descuidado en los libros del siglo XVII. No es casual que Medina rebautice su imprenta con el nombre de los famosos impresores holandeses Elzevir. Revela un afán por realizar –en el terreno de los libros «envejecidos»– impresiones maestras y fidedignas a cada época.

La biblioteca personal que Medina donó al Gobierno y que se encuentra en la Sala Medina de la Biblioteca Nacional, es también una muestra viva del amor por los libros que tuvo el historiador. Difícil encontrar libros mejor encuadernados e incluso libreros o estantes –son los muebles que pertenecieron en vida al bibliógrafo– más respetuosos de su contenido. De hecho, la Sala Medina produce a quien la visita hoy la sensación de encontrarse no en una biblioteca, sino en un museo del libro.

Todo lo que hemos señalado conlleva una determinada concepción y valoración del libro. Ya no se trata de la concepción instrumental, propia de los liberales, que concebían al libro como la «llave del conocimiento». Medina y muchos de los bibliógrafos de su generación, más bien concebían al libro como un documento histórico, como un vestigio del pasado, como un objeto. Lo percibían como un espacio impreso que «atesoraba» datos del universo.

8 La expresión pertenece a Alejandro Fuenzalida, «José Toribio Medina (en su jubileo de los 75 años)», *Anales U. de Chile*, 45 y 46, Santiago, 1943.

También con espíritu de coleccionista, de bibliófilos, y de anticuarios: como una reliquia y un objeto material casi sagrado.

La obra de Medina, de los bibliógrafos y naturalistas, consistió fundamentalmente –como ya hemos señalado– en anuarios, recopilaciones de documentos históricos, ediciones críticas o facsimilares, diccionarios, repertorios bibliográficos, y estudios o descripciones geológicas, botánicas y zoológicas. En términos de impresión, además de su volumen, estas obras incluían con frecuencia ilustraciones y láminas. Por otra parte, la mentalidad filológico–empirista de los autores, se manifestó en una preocupación por el detalle de la impresión y por las características finales del producto.

En este contexto las imprentas debieron optimizar la composición tipográfica, el proceso de corrección de originales o pruebas y también el empastado y la encuadernación.

En el caso de los libros de ciencias naturales, la reproducción de láminas o dibujos –muchas veces realizados por el propio autor– acarreaba un verdadero desafío técnico. No era lo mismo confeccionar un libro para un autor con espíritu doctrinario, que concebía a los libros como instrumentos en la batalla de las ideas, que confeccionar un libro para un autor con mentalidad de bibliófilo, para autores exigentes y conocedores de todos los aspectos materiales del libro.

En cuanto a la tipografía y a la composición un sector del positivismo chileno –el grupo de los «neógrafos», con Carlos Newton a la cabeza– les creó a las imprentas demandas difíciles y casi imposibles de satisfacer. Los «neógrafos» propiciaban una ortografía racional, un español «científico» en que las palabras debían escribirse con apego estricto a su sonido. Postulaban, por ejemplo, que debía escribirse «ke» en vez de «que». Editaron varios libros y numerosas reediciones con esta nueva grafía, entre ellos *El Kuervo* (1895) de Edgar Allan Poe. Se trataba, entonces, en todo el espectro del positivismo cientificista, de clientes «controladores» , capaces incluso de instalar, como lo hizo Medina, una imprenta contigua a su propia casa.

No es casual que el editor Rafael Jover haya publicado en 1888 *La corrección de pruebas*, un tratado destinado a uniformar los signos empleados en la correción de pruebas de imprenta. O que se haya empezado a utilizar el huecograbado. O que a fin de siglo se crearan numerosos talleres especializados en encuadernación, que ofrecían distintas alternativas de empaste y de tapas.

En cuanto al comercio de libros el interés bibliográfico y el espíritu bibliófilo promovió las librerías de viejo. Varias de ellas se instalaron en Santiago, en la calle Bandera. En 1884, por ejemplo, Roberto Miranda creó la librería

El Anticuario, que más tarde denominó Librería Antigua y Moderna, y que el público conocía como Librería Miranda. La librería Miranda fue fundamental para la bibliografía chilena, pues estableció un sistema de canjes y búsqueda de libros antiguos a nivel internacional. Entre 1890 y 1892, su propietario realizó una «gira bibliográfica» por Europa, iniciando intercambios. Además de vender y encargar libros, encuadernaba y hacía empastes especiales a pedido.

Debido a que en las librerías de viejo los clientes «se instalaban» horas y horas a buscar, algunas de ellas no tardaron en convertirse en espacios de tertulia. La librería Miranda lo fue por más de veinte años. Allí iban José Toribio Medina, Enrique Matta Vial, Domingo Amunátegui Solar y Ramón Laval, entre otros. Incluso se realizaban disertaciones. En esas tertulias nació la *Revista Chilena* y la imprenta Universitaria.

El comercio y la demanda de libros antiguos subió los precios de los mismos, especialmente de los ejemplares únicos de temas americanos o de impresos considerados «incunables». Debido a la demanda y al interés por libros o manuscritos de este tipo, su intercambio se activó y personas individuales los empezaron a vender. Por lo general estos impresos llegaban finalmente a manos de bibliófilos y coleccionistas, varios de los cuales –como Medina– terminaron por donar sus bibliotecas al Estado. Los bibliófilos también adquirieron o rescataron libros y documentos relativos a Chile que estaban en otros países. Gracias a este proceso de interés y demanda por los impresos antiguos, se fue enriqueciendo el patrimonio histórico del libro chileno. Lamentablemente, sin embargo, hubo unos pocos casos –como el de la biblioteca del ex director de la Biblioteca Nacional y bibliógrafo Luis Montt– en que las colecciones fueron adquiridas íntegramente por Universidades extranjeras[9].

Los bibliógrafos de fin de siglo realizaron un aporte fundamental a la historia de la imprenta y del libro. José Toribio Medina llevó a cabo una *Bibliografía de la Imprenta en Santiago de Chile desde sus origenes hasta febrero de 1817* (1891), en la que reproduce varios de los primeros impresos del país. También publicó diversos trabajos sobre las primeras imprentas en los dominios coloniales españoles y recopiló datos utilísimos, como la lista de traducciones realizadas e impresas en Chile, entre 1820 y 1900. Ramón Briseño llevó a cabo un registro sistemático de la bibliografía chilena, de los libros y folletos publicados en el país entre 1812 y 1876. Ramón A. Laval, una bibliografía de las bibliografías chilenas y Luis Montt una *Bibliografía Chilena precedida de un bosquejo histórico sobre los primeros años de la prensa en el país* (1904).

---

9 Adquirida por la Universidad de Harvard, se encuentra actualmente en la biblioteca Widener de esa Universidad.

Son trabajos que se inscriben en un campo específico de estudios históricos frecuente en el mundo hispanoparlante de la época, un campo que se conoce como «historia de la imprenta»[10]. Se trata de un género de trabajos eruditos, sobre la base de datos relativos al ¿qué?, al ¿cómo? y al ¿cuándo? de la impresión y la imprenta. Trabajos empírico–descriptivos y de registro, llevados a cabo con espíritu filológico y que abarcan desde la Conquista hasta el siglo diecinueve. Sin la recuperación y relevamiento de datos que realizaron los historiadores o biliógrafos en este género de la «historia de la imprenta» (por muy tediosos que algunos de esos trabajos hoy día nos parezcan), la moderna historia del libro sería imposible.

Los bibliógrafos y naturalistas de fin de siglo también incidieron en la institucionalización de la investigación y del registro bibliográfico. Varios de ellos ocuparon cargos administrativos o fueron directores de bibliotecas y museos. Ramón Briseño y Luis Montt, por ejemplo, siendo directores de la Biblioteca Nacional, promovieron investigaciones bibliográficas que realizaron en gran medida ellos mismos[11]. Otro tanto puede decirse de Rodulfo Amando Philippi con respecto al Museo de Historia Natural. Un eslabón que solidificó esta tradición hacia el siglo veinte, fue el ex director de la Biblioteca Nacional y gran difusor de la obra de Medina, Guillermo Feliú Cruz (1900–1973). De esta manera –a partir de los bibliógrafos y naturalistas del siglo diecinueve– se fue creando toda una tradición de compilación y registro de obras impresas, y una cultura del libro que en cierta medida aunó su alma (tan realzada por ilustrados y liberales) con su cuerpo (el libro en sí mismo, sobre todo en su carácter de reliquia o vestigio del pasado).

Por último, cabe referirse a un aspecto que estuvo ostensiblemente ausente, y no formó parte –a pesar de su amor por el libro– de las preocupaciones de bibliógrafos y bibliófilos. Estamos pensando en la industria y la comercialización y el mercado de libros y en la modernización de estas instancias. Para la mentalidad positivista la industria y su desarrollo eran temas fundamentales, y constituían una de las vías –junto con la ciencia– que permitirían inscribir al país en la senda del progreso. Curiosamente, sin embargo,

---

10 En España pueden mencionarse, entre otros, de Cristóbal Pérez Pastor, *La imprenta en Medina del Campo* (1895); y de Francisco Vindel, *Origen de la imprenta en España* (1935); en México, de Manuel de Olaguible, *Impresiones célebres y libros raros* (1884); y de José Gestoso, *Documentos para la historia de la primitiva tipografía mexicana* (1908); en Argentina, de Manuel Figuerero, *Bibliografía de la imprenta del Estado en Corrientes* (1919); y en Uruguay, de Dardo Estrada, *Historia y Bibliografía de la Imprenta en Montevideo* (1912).

11 Ramón Briseño fue director de la Biblioteca Nacional entre 1868 y 1886; Luis Montt lo fue entre 1886 y 1906, y creó un Museo Bibliográfico.

los bibliógrafos jamás pensaron al libro en esta perspectiva, tampoco se interesaron por involucrarse personalmente en empresas o actividades que pudiesen contribuir a la modernización de la industria o el comercio del libro.

Muy probablemente ello se explica por su marcado interés por los libros antiguos, y por una concepción que privilegiaba al libro en función de reliquia y documento histórico.

3. Logros y desafío editorial

La modernización de fin de siglo se manifestó en diversos ámbitos de la industria impresora y el libro, desde los insumos y la producción, hasta la circulación, el comercio y la lectura.

Papel y otros insumos

En 1900 funcionaban por lo menos cuatro fábricas de papel, una en Peumo, que producía cartón para encuadernación, papel para envolver y papel secante. Las otras en la Hacienda Las Palmas de Ocoa, Puente Alto y Buin. Estas tres últimas usaban como materia prima la estraza, y fabricaban sacos de papel, papel para envolver y sólo una pequeña cantidad de papel blanco. Prácticamente la totalidad del papel para imprimir continuaba siendo importado, libre de impuestos. Algunas de estas fábricas constituyeron, sin embargo, el antecedente directo de la fabricación moderna de papel en el país[1]. Además de producirse cartón para encuadernar, en Santiago funcionó una fábrica de pasta para libros, y en 1913, tres fábricas de tintas gráficas. Desde 1930 la producción de papel local comenzó a desplazar paulatinamente al papel importado.

Parque impresor y encuadernación

En cuanto a imprentas, la Guía comercial de 1895–96, menciona un total de 29 en Santiago, 22 en Valparaíso y 7 en Concepción, un aumento de casi un 300% con respecto a la década de 1870. Las 29 imprentas de la capital constan de un total aproximado de 290 máquinas impresoras (incluidas las litográficas). De acuerdo con la orientación de su actividad hay, entre estas

[1] Un folleto de la compañía Chilena de Papeles y Cartones menciona como antecedente a la fábrica de Victoria de Puente Alto (1899).

imprentas, tres tipos de establecimientos: imprentas–periódicos, imprentas-editoras e imprentas-comerciales múltiples.

Las imprentas-periódicos se dedicaban fundamentalmente a imprimir el diario «de la casa» y a veces una revista u otro periódico, también almanaques, novelas y folletines. Las imprentas-editoras se dedicaban casi exclusivamente a la impresión de libros y textos de estudios. Las imprentas comerciales o múltiples operaban, básicamente, con criterio mercantil y por lo tanto atendían cualquier demanda, desde folletos y hojas periódicas hasta guías, sobres, almanaques comerciales y libros.

Al primer tipo pertenecían las imprentas de los diarios *La Libertad Electoral; La República; La Ley; El Ferrocarril; El Porvenir*; la imprenta de Manuel Barros (que imprimía *El Constitucional*); la imprenta de Nicolás Ugalde (que imprimía *La Democracia*); y las imprentas de Donato Millán y Pedro Allende, que imprimían los periódicos del partido demócrata. Los establecimientos que se especializaron en libros fueron las imprentas Barcelona (de Barros y Balcells); Cervantes (de Rafael Jover), la imprenta y librería Americana (de Carlos Segundo Lathrop) y la imprenta Elzeviriana (de José Toribio Medina). En cuanto a las 16 imprentas netamente comerciales, la mayoría eran de propiedad de franceses o alemanes avecindados en el país.

En 1900, según la estadística industrial, funcionaban en Santiago 12 establecimientos dedicados a la encuadernación de libros, 6 establecimientos mixtos que imprimían y encuadernaban a la vez; y 19 que se dedicaban exclusivamente a imprimir. Además 7 litografías y 1 fábrica de estereotipos y fotograbado. Son datos que desde el punto de vista técnico indican que a fin de siglo se utilizaba ya la linotipia y el clisé, y también la composición mecánica. Se puede hablar, entonces, con propiedad, para esos años, de un parque impresor.

Otro indicio de la actividad impresora de libros fue la cantidad de establecimientos que se dedicaban a la encuadernación. En Santiago un total de 18, en Valparaíso otros tantos, y en Concepción 4. Algunos de estos talleres pertenecían a librerías. La librería e imprenta Americana de Carlos Segundo Lathrop y la librería Miranda ofrecían, en 1895, libros con varias posibilidades de encuadernación: en rústica, en tela, en tafilete o marroquín (cuero bruñido) y en badana (piel curtida de oveja).

Producción y productos

Todos los índices relativos a la producción experimentan, a fin de siglo, un salto. Mientras en 1875, por ejemplo, hay en todo el país 703 tipógrafos, en

1895 ellos suman 1.422. Mientras en la década del setenta se traducen y publican 110 obras, en las dos décadas finales se traducen y publican un total de 341 obras[2]. Mientras en 1875 funcionaban en Valparaíso sólo 5 imprentas, en 1895 la Estadística Industrial menciona más de 20.

El aumento de la actividad impresora se refleja también en la cantidad de libros, folletos y publicaciones periódicas que se imprimían en el país.

Cuadro 6: **libros, folletos, periódicos**

Años	Libros y folletos	Publicaciones periódicas
1868	123	–
1888	692	193
1890	652	235
1892	859	211
1894	1.006	310
1896	955	312
1898	871	288
1900	1.058	368
1902	1.279	406

Fuentes: J. V. Lastarria, *Recuerdos Literarios*, 1885; y Ramón A. Laval, *Bibliografía de Bibliografías*, 1915.

Como revela el cuadro anterior, entre la década del sesenta y la del noventa hubo un aumento considerable en la producción anual de libros y folletos. El promedio, en 1900, de sobre 1.000 títulos por año, no es muy diferente al promedio de títulos de libros (sin incluir folletos) que se publican anualmente desde 1950 hasta 1990.

¿Pero, qué se publica a fin de siglo? ¿Qué tipo de libros y títulos se encuentran, por ejemplo, entre los 911 libros y folletos que –según el *Anuario de la Prensa Chilena*– se editaron el año 1895?

Un número significativo de estos títulos corresponde a textos funcionales y administrativos (alegatos y juicios; memorias; estatutos; proyectos de ley; catálogos de librerías y bibliotecas; boletines comerciales e informes al gobierno). Otro sector corresponde a textos escolares (cartillas de lectura, ejercicios, «nociones de»...etc.). Otro sector al género de almanaques o guías (guías comerciales, almanaques populares, almanaques pintorescos, almanaques

[2] Censos 1875 y 1895. José T. Medina, «Biblioteca chilena de traductores», op. cit.

burlescos). Y un cuarto sector corresponde a textos de obras teatrales o musicales que se presentaban en la época (óperas como *Mefistófeles* o *La Florista de Lugarno*; dramas y comedias como las obras de D' Aubigny, y también sainetes, juguetes–cómicos, zarzuelas y revistas como *La Gran Vía Mapocho*. Este sector nos permite establecer una relación directa entre la presencia (hacia 1900) de distintos circuitos culturales y teatrales y la ampliación del público lector.

Un quinto sector es el de las obras religiosas (devocionarios, novenas, hagiografías etc). Otro sector, también numéricamente significativo, corresponde a novelas, romances y folletines, fundamentalmente de autores europeos (desde novelas de Victor Hugo, Jorge Isaacs, Alejandro Dumas y Edgar Allan Poe hasta folletines de Jorge Bizet, Pedro Mael, Jorge Ohnet y Manuel Ivo Alfaro). Finalmente algunos títulos de poesias, poesia culta pero también cancioneros y colecciones de poesía popular, como por ejemplo los varios volúmenes de décimas de Rosa Araneda.

La mayoría de las obras publicadas en 1895 fueron impresas en Santiago y Valparaíso, pero también en provincias, en ciudades como Concepción, Talca, La Serena o pueblos como Vallenar. Incluso en Punta Arenas, donde en 1894 se editó el primer libro impreso en esa región: *Estatutos y Reglamentos de la Sociedad Cosmopolita de Socorros Mutuos*.

Tal vez la más relevante de las hazañas editoriales que se acometieron en la época fue la impresión de la *Historia General de Chile*, de Diego Barros Arana. Esta obra, que consta de 16 volúmenes y más de 9.000 páginas, fue impresa por la Imprenta Cervantes, de Rafael Jover, entre 1884 y 1902. La edición original, financiada en parte por Jover y en parte por el autor[3], fue impresa en excelente papel, con un tamaño de letra adecuado, con ilustraciones y viñetas.

Las imprentas Cervantes y Barcelona, en manos de dos catalanes (Rafael Jover e Ignacio Ballcells), fueron sin duda las imprentas más modernas e importantes de la época. Atendían al Gobierno. Sus productos, en cuanto a impresión y encuadernación, tenían una calidad similar y a veces superior a las ediciones europeas. Son imprentas en que la litografía dejó de ser una instancia de creación artística (con dibujantes), para convertirse en un medio de reproducción gráfica. Gracias a los adelantos técnicos estas imprentas sustituyeron a «artistas» de alto costo, por obreros calificados, pero intercambiables. Esta innovación les permitió bajar los costos y transformarse

[3] Sergio Martínez Baeza, *El libro en Chile*, Santiago, 1982.

en «industria gráfica», en los momentos precisos en que se vivía un auge de la ilustración y la fotografía.

Expresividad editorial

El aspecto más interesante y nuevo de la producción de impresos fue, sin embargo, la expresividad editorial. Con este término nos referimos al hecho de que entre 1880 y 1900 la diversificación social y cultural –o si se quiere, la sociedad civil– se proyectó ampliamente en la edición de libros e impresos. El libro fue un medio de expresión y de constitución de identidad de los distintos sectores socio–culturales de la época. Lo fue en el circuito de alta cultura o de élite, en el circuito de capas medias o de incipiente industria cultural y en el circuito de cultura popular.

En la última década se imprimieron como libro, un número significativo de óperas y dramas. Entre otros, se editaron, por ejemplo, –en versión en español– los argumentos de La africana, Lucía de Lamermoor, Aida, Carmen, El Barbero de Sevilla, I Pagliaci, El Trovador, Otello, Hernani, Fausto, y también La florista de Lugarno, la primera ópera nacional. Además, obras teatrales de Shakespeare, Racine, Benito Pérez Galdos y Victor Sardou, entre otros. Estas obras se vendían en los teatros y en librerías. Con frecuencia quienes promovían y financiaban las ediciones eran los mismos empresarios de las compañias líricas o dramáticas que visitaban el país.

Como actividad editorial, fue entonces, claramente, un subproducto del género lírico y del teatro de elite. Libros que en definitiva estaban destinados al mismo público y que cumplían, con respecto a la ópera y el teatro, una función complementaria. Fueron obras que se comercializaban tanto en el foyer de los teatros como en las librerías. Si se tiene en cuenta que el Municipal de Santiago y el Victoria de Valparaíso, tenían capacidad para 3.600 espectadores, se visualizan las enormes posibilidades editoriales que ofrecía este circuito.

El proceso editorial que se produjo en torno a las capas medias y al circuito cultural de masas, fue en términos de ejemplares y títulos, tanto más significativo que el anterior. Sus ejes dinamizadores fueron el teatro (sobre todo la zarzuela), el periódico y algunas imprentas. Con la zarzuela y con las expresiones más socorridas del género chico (sainetes, los juguetes–cómicos o dramáticos, y revistas), sucedió lo mismo que con la ópera: las de mayor éxito se editaban en formato libro. En las boleterías del teatro Odeón de Valparaíso, del Santa Lucía y del Politeama de Santiago se vendían los libretos

y las canciones de zarzuelas españolas como *La Verbena de la Paloma, El Rey que Rabió, La Leyenda del Monje y Al Agua Patos.*

Según señala la portadilla de una edición de 1896, de *Don Lucas Gómez o sea el Huaso en Santiago*, de esa obra se editaron cuatro ediciones con un total de más de 30.000 ejemplares. Estas ediciones, sumadas a las representaciones del juguete–cómico, proporcionaron a los empresarios –según la mencionada portadilla– «pingües ganancias». Se trata, a juzgar por el ejemplar de 1896, de ediciones muy rústicas, financiadas por los propios empresarios teatrales. Considerando la cifra de 30.000 ejemplares vendidos estaríamos, sin duda, ante el primer best–seller del país. También ante la fabricacion de libros con un mercado probado, destinados a un público masivo y con propósitos netamente comerciales.

Con el aumento de los capas medias urbanas el folletín y la novela experimentaron un auge considerable. Los periódicos jugaron en esta perspectiva un rol dinamizador. El diario *La Nueva República*, del partido liberal–democrático o balmacedista, creó en 1894 una serie titulada Biblioteca de la Nueva República, con novelas especialmente traducidas para la colección. Los suscriptores anuales recibían, a modo de promoción, la serie completa de novelas o folletines. Varios diarios llevaron a cabo –con propósitos promocionales– una intensa actividad editorial en torno a este tipo de obras. Un caso significativo, que revela hasta qué punto se recurrió a esta práctica, fue el de el periódico católico *El Chileno*[4].

El Chileno era un diario orientado hacia las capas medias y populares (se le apodaba «el diario de las cocineras»), que perteneció hasta 1892 al Arzobispado de Santiago y más tarde a miembros prominentes del partido conservador. *El Chileno* editó una extensa colección de novelas y folletines con el título Biblioteca de El Chileno. En 1896 la serie incluía, entre otras obras, al *Capitán Veneno*, de P. A. Alarcón; *Felipe Derblay*, de Jorge Ohnet; *Historia de Sibila* de Octavio Feuillet; esta última traducida especialmente para la colección por el ensayista y político conservador, Zorobabel Rodríguez. También fueron traducidas, especialmente, *El prisionero de guerra* de M. G. de la Tour y *El Cisne* de Jorge Ohnet.

¿Qué llevó a un periódico católico a embarcarse en esta tarea editorial? *El Chileno* tenía en esos años una circulación aproximada de 20.000 ejemplares y se promocionaba con los folletines. La entrega del diario se hacía mediante una persona que servía de distribuidor para cada grupo de diez clientes, a

4 A mediados de siglo la *Revista Católica* y los sectores ultramontanos habían atacado duramente a Sarmiento por favorecer la publicación de folletines y novelas románticas.

cambio de su labor este recibía una suscripción rebajada y varios libros de la serie. Además todo nuevo suscriptor tenía derecho a participar en un sorteo semanal de 20 tomos de la Biblioteca de El Chileno.

Resulta interesante comprobar que muy pocas de las obras publicadas por este periódico (vinculado a la Iglesia y al partido conservador) tuvieron carácter religioso o moralizante, tampoco eran obras de alta cultura. La mayor parte de ellas correspondían más bien a novelas francesas y españolas tardo–románticas o melodramáticas, orientadas al gusto masivo y popular.

El obsequio, uso promocional o venta a precios muy bajos de libros, por parte de los periódicos, fue a fin de siglo una práctica sumamente difundida, tanto en Santiago como en provincias. A consecuencia de ello los autores más publicados y leídos en la época fueron una serie de escritores franceses y españoles de segundo y tercer orden: Javier de Montepin, Charles Merouvel, Vizconde Ponson de Tenail, Octavio Feuillet, Imbert de Saint Arnand, Jorge Ohnet y Manuel Ibo–Alfaro. De *Felipe Derblay*, novela de Ohnet, circularon en pocos años por lo menos cuatro ediciones, y de *Malditas sean las mujeres*, del español Ibo–Alfaro, siete. Aprovechando el mercado creado por los diarios, también algunas imprentas incursionaron en la publicación de este tipo de obras.

Podemos presumir que el lector de folletines y novelas era el mismo que asistía a la zarzuela y a los juguetes–cómicos: un público de capas medias (hombres y mujeres) y artesanos, que en 1900 se había convertido ya en el público letrado más numeroso del país. Una clientela que empezaba a ser disputada por los partidos políticos y por la incipiente industria cultural.

El circuito de cultura popular fue otro sector que se expresó en el campo editorial. Gran parte de la poesía popular de las últimas décadas circuló impresa, tanto en hojas de lira como en colecciones de décimas. El tamaño de estas «hojas» era aproximadamente de un cuarto de mercurio, algunas de ellas, además de los versos, incluían una ilustración y grabados en madera realizadas ex profeso. Rodolfo Lenz, que coleccionó más de 1.000 de estas hojas, señala, citando a José Hipólito Cordero, «que los poetas más aplicados» publicaban cada quince días una hoja de lira «y que la edición» solía ser «de 3.000 ejemplares... que Rosa Araneda publicaba a veces 8.000 y aun hasta 10.000 ejemplares»[5].

Los verseros funcionaban como editores y empresarios de su propia obra. Rosa Araneda se daba el lujo, en 1895, de imprimir una colección de sus poesías en la Imprenta Cervantes, la misma que editó la *Historia General de*

5 Rodolfo Lenz, *Sobre la poesía popular impresa de Santiago de Chile*, Santiago, 1919. Lenz sospecha que los datos de Cordero son exagerados.

Chile, de Barros Arana. Los poetas financiaban sus creaciones y luego las vendían voceándolas en las calles aledañas a la Estación Central, en posadas, fondas y mercados o en lugares públicos. Los poetas populares consiguieron, entonces, lo que no habían conseguido los poetas cultos: vivir de su producción. Son sus propios empresarios. Mientras los escritores de la ciudad letrada, debido a que no hay todavía industria editorial, viven del periodismo o del Estado.

El libro, en definitiva, fue un un medio al interior del circuito culto de elite, pero también en el circuito de capas medias y en el popular. Podemos decir, entonces, que el proceso de ampliación y diversificación de mercados culturales que originó la modernización finisecular, fue un factor que dinamizó el campo del libro a lo largo de todo el espectro social. También, que los mensajes culturales provenientes de los distintos sectores encontraron en el libro y en las hojas impresas un canal expresivo.

El texto escolar

En las últimas décadas hubo una discusión pública sobre métodos y textos de enseñanza, que fue particularmente activa después de 1891. Esta discusión acompañó al proceso de racionalización y modernización de la enseñanza que concluyó con la adopción, en la década del 90, del currículum concéntrico[6]. En abril de 1893 el Gobierno convocó a un concurso «para proveer a las escuelas de silabarios, libros de lectura, grado medio y superior y otros textos». La convocatoria planteaba exigencias metodológicas, de lenguaje y de objetivos.

El gobierno «se proponía adquirir el derecho de imprimir por cinco años los libros recomendados, pagando a sus autores medio centavo por cada pliego impreso, asegurándoles una edición anual de veinte mil ejemplares[7]. Se presentaron ocho textos al concurso, entre los cuales la comisión seleccionó el de Claudio Matte «Nuevo método (fonético, analítico–sintético) para la enseñanza simultánea de la lectura y escritura». Se trata del célebre Silabario Matte, que sirvió como texto a varias generaciones de alumnos.

Mediante este concurso se institucionalizó, desde el Estado, un sistema con respecto al libro escolar: el sistema de concursos públicos con pautas y normas, requisitos metodológicos y objetivos. Un sistema que perdura hasta hoy, con la diferencia que actualmente se convoca a una licitación de libros

---

6 Véase modernización de la enseñanza en Amanda Labarca, *Historia de la enseñanza en Chile*, Santiago, 1939.

7 Manuel Antonio Ponce, *Reseña histórica de la enseñanza de la lectura*, Santiago, 1905.

completos (con especificación de colores, ilustración, tipo de letra, papel, encuadernación, etc) y por lo tanto concursan editoriales y no autores individuales.

Circulación y comercio

Con respecto a la circulación y comercio de libros hay tres aspectos destacables a fin de siglo: la modernización y especialización de algunas librerías; el interés del Estado en la circulación de libros y el surgimiento de nuevos puntos de venta.

Aun cuando carecemos de datos fidedignos sobre el número de librerías que funcionaron en las dos últimas décadas, los catálogos indican la presencia de nuevas librerías especializadas. Por ejemplo, la librería La Economía de Santiago, anunciaba, en 1895, títulos de jurisprudencia, derecho y economía. La Librería de la Sociedad Bibliográfica, en 1890, ofrecía exclusivamente obras religiosas: devocionarios, breviarios en latín, historias y vidas de santos, etc. La Librería Inglesa, también de Santiago, vendía, en 1894, textos y libros en inglés, casi todos vinculados a la enseñanza técnica y profesional.

La Librería Miranda, la más completa en esos años, promovía, con catálogos o listados especiales, libros sobre construcción, metalurgia, mineralogía, fabricación de licores, astronomía, fotografía, topografía, electricidad, matemáticas y ciencias naturales, todos importados. Se trata obviamente de una proyección, en el comercio de libros, de la modernización finisecular y del ambiente cientificista prevaleciente[8].

El comercio de libros se especializó además en la medida que fue orientándose hacia los nuevos públicos. Monsieur Chopis, un comerciante francés, que tenía una tienda de ropa para caballeros en el pasaje Matte, traía o encargaba desde París los libros de Armand Silvestre, Baudelaire, Catulle Mendes, Leconte de Lisle, Maurice Rollinat y Pierre Loti. Sus clientes eran los modernistas y amigos del hijo del Presidente Balmaceda. La Librería Americana, de Santiago, de Carlos Segundo Lathrop, se orientó, en cambio, hacia las capas medias. Ofrecía zarzuelas, sainetes y folletines. También las obras completas de Juan Rafael Allende[9] y una serie que llamaba «ediciones de la casa» : *Silabario o método de lectura gradual* de Sarmiento, *Devocionarios de Ánimas*

---

8 Respecto a proceso de urbanización, industrialización, aumento de matrícula estudiantil y transformaciones políticas y comunicativas, véase Bernardo Subercaseaux, *Historia de las ideas y la cultura en Chile*, Tomo II, op. cit.

9 Periodista y escritor chileno vinculado al partido democrático.

y *La Dama de las Camelias* de Alejandro Dumas. La diversidad de públicos (y de capacidad adquisitiva) se proyectó además en la encuadernación: la Librería de *El Mercurio* de Valparaíso, ofrecía en 1896: «libros en rústica con y sin cubierta impresa, en pasta de cartón, en media pasta con lomo cuero y en pasta entera de cuero o tela».

El Estado, en las últimas décadas, se interesó por fomentar la circulación y el canje de obras chilenas en el exterior. En 1890, el gobierno de Balmaceda envió a Europa al librero y bibliógrafo Roberto Miranda. «Comisiónase –decía el decreto– a don R. Miranda para que se traslade a Europa con el objeto de que estudie la manera de fomentar la circulación de las obras literarias chilenas en las naciones europeas». Se le entregó, además, un pasaje en primera clase, Valparaíso–Burdeos–Valparaíso[10]. Gracias a esta gestión circularon cientos de ejemplares del *Diccionario de Chilenismos*,de Zorobabel Rodríguez, en lugares tan exóticos como Leipzig o Curazao.

El Estado, a través del Ministerio de Relaciones Exteriores, promovió y suscribió también una serie de tratados y convenios internacionales destinados a «fomentar el canje de publicaciones útiles científicas y literarias». En 1879 con Guatemala, en 1882 con México, en 1884 con Uruguay, en 1894 con Argentina, Venezuela y Ecuador. Suscribió además en 1889 el Tratado de Montevideo sobre propiedad literaria y artística, junto con Argentina, Brasil, Bolivia, Paraguay, Perú y Uruguay[11]. El fomento al canje de publicaciones que llevó a cabo el Estado tuvo, sin embargo, un carácter eminentemente cultural, desprovisto, por ende, de perspectiva e interés comercial.

El tercer aspecto destacable fue la circulación de libros e impresos en nuevos puntos de venta. Nos referimos a los libros que se comercializaban en las boleterías o en el foyer de los teatros, a las novelas o folletines que se obsequiaban o vendían con los periódicos, a las hojas de lira, cancioneros y colecciones de poesías que los propios autores o canillitas voceaban en lugares de aglomeración popular. Gracias a estos nuevos puntos de venta fue posible que el libro llegara a sectores y personas ajenas al circuito de librerías.

La lectura

Benjamín Vicuña Mackenna, se refirió –en dos artículos publicados en la década del 80– al tema de la lectura y los lectores en el país:

---

10 Pedro Pablo Figueroa, *La librería en Chile*, París, 1896.

11 Para detalles de estos tratados y convenios véase Antonio M. Alcover, *Los libros de producción Latino–americana*, La Habana, 1912.

«Se constata –decía– una falta de verdadero interés y afición por la lectura», sobre todo en el pueblo. «Son poquísimos –agregaba– tomando el tanto por ciento de la población, los que leen, e infinitamente menor es el número de los que hacen por leer diverso sacrificio que el de sus ojos y el de una vela». «Un amigo nuestro ha hecho la estadística prolija de varias manzanas centrales de la capital en las cuales, contando (cada manzana) diez o doce casas de ladrillo y de gente acomodada, no sería posible reunir libros suficientes para ocupar la tabla superior de un armario de regular tamaño»[12].

Este diagnóstico pesimista lo efectuó Vicuña Mackenna a comienzos de la década del ochenta. Pero entre ese momento, cuando el país venía recién saliendo de la Guerra del Pacífico, y 1900, hubo un cambio considerable. De partida, ya no era necesario leer con vela, por lo menos en Santiago y Valparaíso, u otras ciudades, en las que ya había luz eléctrica o lámparas. El año 1900 la población estudiantil del país llegó a los 182.708, con un ingreso creciente de alumnas al sistema escolar (la mujer lectora era una realidad en ascenso). Los partidos políticos populares y las organizaciones obreras y mancomunales también contribuyeron a estimular y promover la lectura.

Hay también antecedentes que apuntan a un nuevo público lector. Alguien tiene que haber leído los 30.000 ejemplares de *Don Lucas Gómez*, o las siete ediciones de *Malditas sean las mujeres*, o las varias ediciones de las obras de Alejandro Dumas y Jorge Ohnet, o los miles de ejemplares de poesía popular que editaron Rosa Araneda y Nicasio García. Por alguna razón en una ciudad de provincia como Talca –que en 1896 contaba solo con 128.000 habitantes– se editó ese año *Escenas de la vida rusa*, de Ivan Turgueniev, en versión especial preparada por J. O. Salamanca. De estos y otros datos creemos que se desprende que en las últimas dos décadas del siglo se produjo una ampliación del público lector, y que la situación de la lectura en 1900 arroja un diagnóstico bastante menos pesimista que el que realizó Vicuña Mackenna en 1883.

El gran desafío

Luego de haber recorrido aspectos relativos a la producción, comercio, circulación y lectura de libros, se puede concluir, que a fines del siglo diecinueve estamos ante un mundo abigarrado, dinámico y con perspectivas de crecimiento. Un mundo del libro que ofrece un cuadro muy distinto al de «pocos libros y pocos lectores», de las primeras décadas del siglo.

---

[12] «Problemas interesantes a propósito de un libro de actualidad», *El Mercurio*, Valparaíso, 30–5–1883; «El ideal de un editor de revistas», *La Lectura*, 1, Santiago, 1884.

Dentro de este cuadro se percibe, sin embargo, una gran carencia y, también, un gran desafío: la ausencia casi por completo de actividad editorial en un sentido moderno. Estamos pensando en una tarea diferente a la mera labor impresora. Una actividad que consiste más bien en planificar, crear y estimular formatos, colecciones y líneas de producción de libros. Una actividad que presta atención al mercado real de libros, pero también al potencial, ya que requiere siempre de tirajes masivos, que le permitan bajar los costos. Una actividad que como empresa no necesita de imprenta propia, pues en la medida que controla grandes tirajes puede contratar ediciones a precios muy bajos y darse el lujo de hacer competir entre sí a las distintas imprentas. Mientras la actividad impresora es fundamentalmente una prestación de servicios, en el rubro de impresos, la actividad editorial es la creación de hechos literarios y culturales nuevos. Ambas tienen una orientación mercantil, pero mientras una es una industria manufacturera la otra es propiamente una industria cultural. El editor y no el impresor es, en este sentido, el verdadero «entrepreneur» del mundo del libro.

En Francia, ya en la segunda mitad del siglo diecinueve, los editores lanzaban series y colecciones masivas como Le Romain Illustre, Le livre de demain o Modern Biblioteque; o existían también casas editoriales que por sí solas otorgaban prestigio y abrían un mercado, como Hachette o Garnier. También, en Estados Unidos, la casa Appleton de Nueva York, y muchas más, pues ya en 1900 se formó la American Publisher Association, que reunía a los empresarios–editores. En Inglaterra, antes del novecientos, los editores ensayaron fórmulas y géneros editoriales como «la novela de crimen» y la «novela de misterio» o idearon estrategias de mercadeo antecesoras del «penguin book»[13].

En Chile en cambio se dio una actividad editorial –si es que así puede llamársele– inorgánica, desparramada, parasitaria y discontinua. En el campo masivo, los folletines, novelas, zarzuelas, o sainetes que se editaban tenían un carácter secundario, pues vivían o morían en simbiosis con un periódico o una obra teatral. En cuanto a los libros no masivos y funcionales, sólo hubo en la práctica actividad de índole impresora. De allí el alto precio que alcanzaban estos libros y la imposibilidad de que algunos escritores obtuviesen beneficios económicos o viviesen de su obra.

Hubo imprentas modernas y con capacidad técnica, como la imprenta Cervantes o Barcelona, que estampaban los libros con sus nombres, pero que

---

13 Véase Charles A. Madison, *Book publishing in America*, New york, 1966 y M.J.Birch, «The popular fiction industry», *Journal of popular culture*, 21, USA, 1987.

no crearon con ello tradición editorial. Esta ausencia de prestigio y tradición editorial en el país, en el sentido que explicábamos, permite entender en parte el interés de los autores de elite y cultos de la época, por editar sus obras en Francia y Europa, sobre todo en casas editoras como Garnier o Hachette[14].

¿Era posible o existían acaso las condiciones para una actividad editorial en sentido moderno, en el Chile de fines del siglo diecinueve? Pensamos que alrededor de 1900 sí: pues se contaba con un parque impresor adecuado, con géneros como el folletín y la novela que tenían un mercado seguro y que ya habían sido probados (por los diarios), y además con un público lector diverso y crecientemente letrado. También con un Estado y una intelligentzia bien dispuestos –por lo menos en el plano cultural– hacia el libro.

Podría argumentarse que la tradición ilustrada, liberal y positivista, constituyó de alguna manera un peso muerto respecto a las posibilidades mercantiles del libro. Precisamente, debido a que en 1900 se daban condiciones favorables y otras que no lo eran tanto, es que la carencia que hemos apuntado va a representar el gran desafío para la actividad del libro en el siglo veinte. El desafío de hacer confluir la modernización manufacturera con la tarea editorial en sentido moderno, o si se quiere, de hilvanar plenamente el alma con el cuerpo del libro.

---

14 Véase al respecto Antonio Alcover, op. cit. El afrancesamiento y la moda incidían también en este interés.